

Pedro Martínez Rayón

*Tránsito de
Pedro y Pablo*

INDICE

	<u>Pág.</u>
PROLOGO.....	5
I. PEDRO (1931/1938)	11
II. PABLO (1895/1905)	20
III. PEDRO (1926/1930)	29
IV. PABLO (1906/1917)	38
V. PEDRO (1918/1925)	47
VI. PABLO (1918/1925)	57
VII. PEDRO (1906/1917)	67
VIII. PABLO (1926/1930)	76
IX. PEDRO (1895/1905)	85
X. PABLO (1931/1938)	94

PROLOGO

Pedro Martínez Rayón nació en Oviedo el 11 de octubre de 1926. Su lugar de nacimiento, que en principio parece un dato puramente personal y sin trascendencia alguna para el desarrollo de su vida, se convierte en algo fundamental cuando se habla de su obra literaria. Oviedo aparece, al menos como punto de referencia, en prácticamente todo lo que ha escrito hasta el momento. Un gran escritor dijo en una ocasión que para escribir bien había que hacerlo sobre aquello que se conocía a fondo, máxima que Martínez Rayón ha seguido casi al pie de la letra.

A pesar de su ya bastante extensa obra, el autor comenzó a escribir, a dedicarse realmente a la extremadamente difícil tarea de la creación literaria cuando estaba a punto de cumplir los 60 años, a mediados de los años 80. Esto no quiere decir que su vocación haya sido tardía, ni mucho menos. Durante mucho tiempo antes escribía relatos cortos, ensayos y todo aquello que, en su opinión, merecía atención por escrito. Pero, quizás llevado por una excesiva modestia, tan escasa hoy en día entre nuestros más insignes artistas, destruía casi todo lo que creaba, convencido de su escaso valor, como no fuera para su propio solaz. Por fin, cuando llegó el ansiado momento de la jubilación-liberación de su trabajo bancario, todo lo que llevaba dentro desde hacía muchos años comenzó a salir a gran velocidad.

Comenzó dedicándose a los relatos cortos, que agrupaba en volúmenes por orden cronológico. Estos relatos, casi siempre escritos en clave de humor, le proporcionaron el “calentamiento” necesario para acometer obras de mayor envergadura. De estos primeros tiempos datan sus “Reflexiones en clave de sol”, conjunto de ensayos y relatos en los que exhibió un sentido del humor compendio de sus ídolos en este terreno, Woodehouse, Fernández Flórez, Jardiel Poncela, etc. Un todo con visos que recuerdan a cada uno de estos autores, pero con un sello personal en el que no deja de traslucirse una cierta amargura de vez en cuando, quizás producto de una vida de trabajo encadenada a normativas y reglas que llegan a repugnar a una mente libre como la de cualquier creador.

Martínez Rayón siempre ha demostrado una acusada preferencia por los títulos desconcertantes e impactantes para sus obras. No tenemos más que citar su

“Antropología y lentejas”, uno de sus primeros éxitos no comerciales, puesto que, como la mayoría de los autores, difícilmente consigue llegar a publicar, sino personales y de reconocimiento, pues con esta obra llegó a ser finalista del prestigioso premio “Tigre Juan”, que se concede en Oviedo anualmente.

Otro de sus éxitos de sus primeros tiempos fue “Simphorien y el paraguas locuaz”, obra que llegó también a la final del concurso literario del Ayuntamiento de Las Rozas (Madrid), y que también sirve para ilustrar su inclinación por los títulos estrafalarios, a la vez que parece un pequeño homenaje a otro de sus ídolos, el francés Georges Simenon.

Otra de las características principales del autor es su impresionante meticulosidad en las investigaciones previas a cualquier trabajo literario. En todas sus obras salta a la vista el trabajo menos agradable para un escritor: la lectura de infinidad de periódicos, libros, artículos, etc., necesaria para conseguir que todas las referencias al mundo que rodea a los personajes sean exactas.

Martínez Rayón no escribe para el gran público. Sus novelas no se pueden comprar en los quioscos ni librerías. Sin embargo, ha llegado a inventar y perfeccionar un deporte personal: la presentación de obras a todos los concursos y premios literarios de los que tiene noticia. Apenas llega a su conocimiento la convocatoria de un premio, rebusca entre su ya extensa bibliografía alguna obra que se ajuste a las bases y la envía. No importa lo importante o lo modesto que sea el premio convocado. Con un espíritu que se podría calificar sin temor de verdaderamente deportivo, casi olímpico en el sentido Coubertainiano de la palabra, sus obras circulan por todo lo largo y ancho del país, con destino a los más diversos lugares y concursos literarios. Esto produce, principalmente, dos efectos: el mantenimiento de los puestos de trabajo en el servicio de Correos y el progresivo vaciado de su cartera. En cuanto al resultado de tan desenfrenado concursar, es más bien irregular. Es sabido que, al menos en España, la limpieza en la concesión de premios literarios es inversamente proporcional a su importancia, por lo que Pedro Martínez Rayón se ha convertido, en los últimos años, en un concursista literario al estilo del ciclista francés Raymond Poulidor que, por si el lector no lo recuerda, fue el mayor especialista de la historia en llegar el segundo en cuantas pruebas disputaba. Martínez Rayón ha conseguido en estos diez últimos años varios segundos premios, pero, precisamente en aquellos concursos a los que presentaba lo más granado salido de su pluma, siempre había un “consagrado” al que, curiosamente, se le concedía el premio tras unos días de pronósticos generalizados en tal sentido.

Pero, dejemos el no demasiado transparente y limpio mudo de la literatura de competición y volvamos a la creación, el ámbito en el que mejor se desenvuelve nuestro autor.

Tras algunas obras algo más extensas, parte de las cuales ya han sido mencionadas, llega lo que, a decir de muchos, es quizá su obra maestra: “Chatarra para los Midas”, una auténtica saga al mejor estilo “milagro americano” que se desarrolla, como casi siempre, en Oviedo y que, partiendo de un chatarrero más

pobre que las ratas, termina con un auténtico imperio financiero. En ella Martínez Rayón nos presenta una personalidad profundamente humana: la de un hombre, llamado Midas, que partiendo de la nada, llega a la cima del éxito comercial, pagando por ello el precio que siempre se paga: su vida familiar. Los personajes no aparecen en esta novela; “viven” en ella.

Superar el nivel de “Chatarra para los Midas” era prácticamente imposible. Lo lógico era ir hacia abajo. Pero la capacidad productiva de Martínez Rayón no estaba agotada ni mucho menos. Tras esta magnífica novela, el caudal no disminuyó. Después de muchos años, el autor desempolvó sus notas sobre lo que había sido el mayor atraco perpetrado en Asturias hasta el año 1979, el cometido contra el Banco Herrero, y produjo una trepidante obra: “1979: Atraco”, en la que desarrolló un original punto de vista, pocas veces plasmado en la palabra escrita, aunque sí en el cine: la preparación y ejecución de un atraco vista desde el lado de los atracadores.

Un viaje a Rumanía durante el año 1989, sólo un par de meses antes de los terribles sucesos que desembocaron en el ajusticiamiento del dictador Ceaucescu y su sanguinaria esposa por el enloquecido pueblo rumano, le inspiró “Traiasca!”, novela en la que se estudia la evolución del pensamiento de un fanático oficial de la “Securitate”, la brutal policía política de Ceaucescu, hasta convertirse en uno de sus más fieros detractores. Más tarde llegaría “Olor a especias”, relato intimista sobre la vida en una pequeña localidad del norte de Galicia, centrada en una de esas pequeñas tiendas que abundan en aquella tierra que Martínez Rayón conoce; durante varios años, pasaba allí un mes de verano, lo que le acercó al carácter y forma de actuar de las gentes que allí viven.

“Sólo en San Manfrediano” es la epopeya de un hombre que, por la conocida emigración a los núcleos urbanos procedente de los rurales, se va quedando sólo en un pequeño pueblo.

Otras de sus obras son “Viaje para viejos”, “Cosecha mil novecientos y pico” y “Tránsito de Pedro y Pablo”, ésta última la que hoy nos ocupa.

“Tránsito de Pedro y Pablo” obra de título bíblico, como bíblica es la epopeya de sus personajes, no es, en realidad, una novela. Son dos relatos entrelazados casi tan íntimamente como los hilos que componen una cuerda, dedicados a dos personas, Pedro y Pablo, procedentes de extracciones sociales muy diferentes y colocados, por obra del destino trágico de la España de los años 30, en una muy parecida situación: la de morir por sus ideas a manos de sus propios correligionarios.

Los avatares de las vidas paralelas de Pedro y Pablo se cruzan y entrecruzan en diferentes puntos del relato. Uno nace en Oviedo y hace su servicio militar en Palma de Mallorca; otro nace en ésta última ciudad y es destinado como militar profesional a Oviedo. Uno es maltratado al comienzo de su vida y luego lucha para cambiar el estado de las cosas. Otro no conoce necesidad de ninguna clase en su infancia y

luego lucha por unos principios ciertamente románticos, pero quizás al borde del anacronismo en la debacle española de los años 30.

Los mismos hechos que fueron conduciendo gradual e inexorablemente al estallido de la guerra en 1936 son analizados de forma casi idéntica por dos mentalidades tan diferentes como podían serlo las de dos habitantes de una España profundísimamente dividida como era la de aquellos tiempos, aunque, como es lógico, las conclusiones a las que llegan los protagonistas no son, ni pueden ser, las mismas.

Como todos los componentes de su generación, e incluso de las posteriores, Martínez Rayón ha visto su vida fuertemente influida por la guerra civil (a decir de muchos, la más incivil de las guerras). No en vano le tocó vivir en su adolescencia los peores años de la posguerra, los que en Asturias se denominaron, de forma harto expresiva y sin dar lugar a duda ninguna, “los años de la fame”.

La historia de Pedro, un revolucionario convencido y violento, se aborda en esta obra de una forma muy periodística; casi podríamos calificarla de corresponsalía de guerra. A medida que transcurre la acción, se va ahondando en los sentimientos y personalidad del personaje, llegando casi a convertirse en un relato de aventuras. El personaje, por su parte, es un auténtico arquetipo del producto de las capas más desfavorecidas de una sociedad profundamente injusta. Por contraste, la de Pablo es mucho más personal, más intimista. La mayoría de los datos de ésta última, incluso los referidos a su muerte, son biográficos. No se trata en este caso de la creación de un personaje procedente de la imaginación del escritor, sino de los sucesos reales acaecidos al padre del autor, lo que explica el detalle al que se llega en cuanto a las circunstancias y peripecias de su vida y los pronunciamentos más íntimos que se producen cuando el final se precipita. En cualquier caso, en ninguna de las dos historias se renuncia al “otro” campo, es decir, al personal en el caso de Pedro y al histórico en el de Pablo.

Además, Martínez Rayón se permite una licencia en la historia de Pedro. Está contada de forma muy cinematográfica, en lo que en términos del celuloide se llama “flashback”; su historia comienza por el final, y el protagonista va recordando su vida cuando ésta va a llegar a su fin. En cuanto a Pablo, dada su relación con el autor, su historia está contada en primera persona, dando lugar a una mayor identificación del lector con el personaje, cuyas opiniones, por moderadas, son más fácilmente compartibles por quien accede a estas páginas.

La lectura de esta novela proporciona una sensación parecida a la de bajar por una escalera viendo enfrente, como en un espejo, la misma escalera que sube, y sabiendo que dentro de un momento estaremos ascendiendo por sus peldaños.

Por otra parte, y como en cualquier testimonio de la barbarie desatada que supone cualquier guerra, y la civil española especialmente, su lectura llega a impresionar, no solo a quien esto escribe, cuya implicación personal puede producir un excesivo apasionamiento, sino a cualquier persona que aborde la lectura de esta obra desde un punto de vista más objetivo, sobre todo si se tiene en cuenta que el

caso de sus dos protagonistas no fue, ni mucho menos, algo aislado en nuestro país. Muchas personas fueron muertas por sus ideas a lo largo de la historia de España, pero posiblemente la mayor concentración de asesinatos de este tipo se haya dado en los años 30 y 40, con el agravante que supone el absurdo de que muchos fueron condenados y ejecutados por sus mismos “camaradas”, sin derecho a juicio ni defensa alguna. Todo ello produce una especie de desasosiego cuando se finaliza su lectura.

No me queda más que desear que al lector le interese la lectura de “Tránsito de Pedro y Pablo”, agradeciendo vivamente que se me brinde la ocasión de prologar una obra en la que, como queda dicho, me siento implicado personalmente, ya que está escrita por mi padre. También he de agradecerle al autor que la haya escrito, ya que me dio la oportunidad de aprender, aunque fuese de lejos, algunos aspectos sobre la vida de mi abuelo, al que una guerra civil, absurda como todas y cruel como pocas, me privó de conocer personalmente.

*Iván Martínez Mielgo
Abril, 1996*

I

PEDRO 1931/1938

Si la interrupción sangrienta de cualquier biografía, la más modesta o la más brillante, es por sí sola la suprema manifestación de barbarie, en la muerte de Pedro se daban cita, además, la estupidez y la arbitrariedad, pues el hecho era cometido por quienes se declaraban paladines de sus mismos ideales.

En la mañana brumosa, los disparos que segaban aquella vida, pasaron desapercibidos en medio del estruendo de los cañonazos y el tableteo de las ametralladoras.

Antes de llegar al convencimiento de que cuanto dijese para persuadir a quienes lo habían apresado sobre que él era realmente el que afirmaba ser, había razonado y amenazado sin hacer mella en la coraza de escepticismo.

— Si, de verdad, eres enlace de ese general Kleber, llevarás algún papel que lo demuestre -sugirió dedicándole una mueca sardónica el barbudo cabecilla de los hombres que lo habían sorprendido cuando se deslizaba bajo la alambrada.

— Claro que no. Precisamente no llevo documentación por si caigo en manos de los fascistas. Pero puedo probar que estoy aquí por orden del General. Por lo menos habréis oído hablar de él, ¿no? Basta con que llames por teléfono... si ya ha sido arreglada la línea... al puesto de mando y que te pongan con el Hotel Boston. Allí está el General. Pregúntale por mí.

— Claro que sé quien es el general Kleber, aunque que tú lo sepas no quiere decir nada. O, peor para ti, puede querer decir que eres un cochino espía. En estos casos lo mejor es fusilar primero y usar el teléfono después.

Con gente como aquélla era inútil la dialéctica. Rebate cada argumento con sinrazones en número suficiente para anular la más pura lógica.

Y Pedro obtuvo entonces confirmación de la premonición experimentada momentos antes, cuando, apagado por la neblina pegada al suelo, escuchó el sonido inconfundible de varios fusiles cuyos cerrojos eran amartillados.

En situaciones así el espíritu parece disponer de un especial aliento que le permite percibir lo que en condiciones normales cae fuera de la penetración habitual.

De esta forma, el emisario de Kleber, el general de las Brigadas Internacionales, supo que aquélla había sido la última incursión en la mancha boscosa poblada de

encinas y cruzada por un laberinto de estrechos caminos, llena de pequeñas depresiones en las que las fuerzas leales a la República se habían hecho fuertes, instalando ametralladoras perfectamente camufladas, contra las tropas de Asenso y Castejón.

Si el intransigente revolucionario nacido en Oviedo hubiera penetrado inadvertidamente en cualquier otro reducto de la Casa de Campo, en alguno de los guarnecidos por los voluntarios de la 1ª y la 11ª Brigadas Internacionales, nada hubiera sucedido. En estas unidades era bien conocido, y los checoslovacos, austríacos y rusos que combatían en ellas hubieran respondido por él.

Su mala estrella le había conducido al callejón sin salida que le trajo a la memoria el matadero en que su padre trabajaba.

Así, cuando el bárbaro que accidentalmente mandaba en la diminuta posición ordenó que le ataran las manos a la espalda y le vendaran los ojos, dejó de luchar abandonándose a una extraña resignación; a la mansedumbre fatalista de quien no ignora que su suerte está echada.

Y cuando, en una macabra parodia, se le preguntó cuál era su último deseo, respondió que le retiraran la venda.

Después, antes de escuchar las voces de carguen, apunten, fuego, miró a su alrededor intentando contemplar por última vez el cielo castellano, tan distinto del de su tierra, y aún tuvo tiempo para percibir una acelerada versión de los acontecimientos más significativos de su azaroso paso por el mundo.

Aquella vertiginosa revisión de su existencia comenzó por los acontecimientos más próximos en el tiempo, y terminó coincidiendo casi exactamente con los primeros recuerdos de la niñez, y con el estruendo de los disparos que segaban su vida.

El año 31 había sido crucial para cuantos anhelaban un cambio de situación. La convocatoria de elecciones y la posterior dimisión del General Berenguer como jefe del Gobierno llenaron de esperanza a los antimonárquicos. No obstante, la formación del nuevo ejecutivo, encargada por el rey al almirante Juan Bautista Aznar, y la composición de aquél con cinco nobles -un duque, dos marqueses y dos condes- además de un general, dos almirantes y tres profesionales pertenecientes a la alta burguesía, no vaticinaban nada bueno para las clases trabajadoras.

El pesimismo pareció justificarse plenamente con la celebración del consejo de guerra contra los líderes republicanos firmantes del manifiesto en apoyo de los sucesos de Jaca, si bien los condenados Albornoz, Casares Quiroga, Alcalá Zamora, Fernando de los Ríos, Maura y Largo Caballero, quedaron exentos del cumplimiento de las penas de seis meses y un día, en gracia a la suspensión de la privación de libertad durante tres años.

Especialmente gratificante había resultado para Pedro su participación en los disturbios estudiantiles iniciados en la facultad de Medicina, saldados con la colocación de una bandera roja en el centro universitario, la muerte de un Guardia Civil y numerosos heridos y contusionados.

Por fin, el 14 de abril, el presidente del Consejo de Ministros, Aznar, confesó a los periodistas que, tras las elecciones municipales del día 12, "el país se había acostado monárquico y amanecía republicano".

El Comité Revolucionario Nacional estaba listo para hacerse cargo de los puestos ministeriales adjudicados previamente. El último consejo de ministros de la monarquía decidió que Alfonso XIII se trasladara al extranjero. El rey accedió y se dirigió a Cartagena donde embarcaría hacia Marsella, en un inútil intento de evitar la guerra civil.

También con anterioridad, el infatigable "comisionista" se había desplazado a Barcelona donde tomó parte en el asalto a la Cárcel Modelo que puso en libertad a seiscientos presos.

La pastoral del Cardenal Segura previniendo a los católicos contra la República proporcionó a Pedro la oportunidad de intervenir en algo sonado. Sin el conocimiento de sus jefes y con la colaboración de media docena de exaltados miembros de la CNT, concibió la idea de volar el Palacio Arzobispal de Toledo.

Afortunadamente para el Cardenal, el gobierno interino decidió expulsar de España a Monseñor Segura cuando los dinamiteros se encontraban en aquella ciudad. La operación fue suspendida.

De vuelta a Madrid, pocos días después, participó activamente en la quema de conventos. Ni entraba ni salía en la hipótesis de la existencia de Dios; aquello era algo que le daba igual, aunque se inclinaba a pensar que, de existir, tendría que ser distinto en todo al descrito por los curas. A éstos, insensibles a las diferencias existentes entre pobres y ricos, e incluso apoyando sin empacho el poder representado por la opulencia, los odiaba.

Por esta razón, cuando rociaba con gasolina los bancos y confesionarios amontonados bajo las altas bóvedas de un templo para pegarles fuego, pensaba: "un nido de hipócritas menos".

Porque, desde hacía muchos años, creía de buena fe que aquellos testaferreros de lo establecido adoraban el becerro de oro, anclados en este mundo, mientras con lengua falsa predicaban la conformidad, la paciencia y la resignación como único medio de ganar el otro.

No ignoraba que existían sacerdotes que no sólo proclamaban la frase "Dios proveerá", sino que vivían de acuerdo con ella. pero, eran tan pocos ...

Entre éstos no se contaba, ciertamente el obispo de Barcelona, doctor Irurita, el cual en el verano de 1931 publicó una pastoral en la que afirmó que "la iglesia católica no podía ir contra los derechos legítimos de los obreros", dando así pruebas de un rechazable oportunismo.

De aquella época y de la inmediatamente cercana, Pedro conservaba una noción bastante confusa. Sus andanzas en Cuenca, Zaragoza, Sevilla, Murcia, Barcelona, Córdoba, Bilbao y Santander, atizando descontentos, enconando huelgas y organizando sabotajes, se sobreponían en el recuerdo en una mezcolanza equívoca imposible de concertar.

Por el contrario, algunos episodios de lo que semejaba una carrera contra el reloj, habían permanecido intactos en su cerebro, perfectamente individualizados y diferenciados.

A esta categoría pertenecían las condenas impuestas por el delito de auxilio a la alta traición, a los responsables de la falta de libertades propiciada por el golpe de estado de 1923. La República mostró la repulsa del país a la dictadura.

De igual modo, la participación personal en los sucesos de Casas Viejas, provincia de Cádiz -hacía cinco años- perduraba indeleble con la misma nitidez que si hubiesen acontecido la víspera.

Aún le parecía verse, acompañado de un grupo de cenetistas del pueblo, izando la bandera rojinegra en Medina Sidonia y atacando el cuartel de la guardia civil de Casas Viejas. El cerco duró hasta las cinco de la tarde, hora en que la llegada de refuerzos compuestos por nuevos números de la benemérita y guardias de asalto obligaron a abandonar el asedio después de varias horas de enérgico intercambio de disparos.

Pedro, para entonces experimentado luchador ducho en retiradas estratégicas, tuvo la dolorosa oportunidad de observar cómo Curro Cruz, alias Seisdedos, que huía acompañado de un grupo de hombres, dos mujeres y un muchacho, hostigado por la Guardia Civil, se encerraba en una cabaña.

Los repetidos intentos de la fuerza pública para desalojar a los rebeldes no dieron resultado, y cuando uno de los guardias resultó herido y un preso que había sido enviado a parlamentar se unió a los sediciosos, el director general de Seguridad envió una compañía de Asalto, al mando del capitán Rojas Feingespán.

Los refuerzos recurrieron al uso de las bombas de mano, y como tampoco este medio tuviera éxito, rociaron con gasolina la choza y la incendiaron.

De los ocupantes, únicamente una mujer y el chico lograron escapar. La otra mujer y un hombre fueron acibillados a tiros en su intento de huir de las llamas. El resto sucumbió abrasado. Desde su escondite, Pedro mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, asistió a la pesadilla, rematada poco después por un cuidadoso registro del pueblo donde se detuvo a catorce personas, bajo la sospecha de haber participado en el levantamiento. Los presuntos culpables fueron fusilados de inmediato.

Amargado y entristecido ante tanta barbarie, sintiendo irracionales deseos de venganza, había regresado a Madrid donde continuó interviniendo en cuantos episodios le ofrecieron la oportunidad de hostigar a los reaccionarios enemigos de la República.

Por aquella época se produjo su único y breve período de encarcelamiento. En realidad, en numerosísimas ocasiones había estado a punto de perder la libertad y si esto se hubiera producido el hecho no dejaría de haber sido el justo premio a un comportamiento fuera de la ley -por muy arbitraria que ésta fuese-, pero en aquella oportunidad su detención había resultado totalmente fortuita.

Cuando fue detenido en las cercanías del Teatro de la Comedia, ni siquiera iba pensando en que, precisamente, allí se estaba celebrando el acto fundacional de un nuevo partido que luego ejercería gran influencia en los acontecimientos españoles. A dos pasos del coche celular donde lo encerraron con otras personas, nacía una organización cuyo credo político propugnaba el asalto y la destrucción violenta del estado de derecho. Sería totalitaria, antiliberal y antimarxista. Se llamaría Falange Española y su líder, José Antonio Primo de Rivera, era hijo del dictador fallecido en París.

Pero en el momento de su arresto, el técnico en algaradas tenía otras cosas en que pensar. Asturias era un volcán a punto de erupción. Así que los tres días y medio que permaneció detenido en la cárcel de Alcalá de Henares -a donde fue a parar en virtud de la caprichosa decisión de uno de los juzgados de guardia- los pasó sumido en profunda meditación.

No tan profunda, no obstante, como para que se le pasasen por alto los continuos conciliábulos mantenidos por su compañero de celda y dos funcionarios de la prisión. Luego, al comprender el alcance de las conversaciones, logró, sin mucho esfuerzo ciertamente, ser incluido en la operación.

Se trataba, tan sólo, de huir de la cárcel en una fuga sencilla y espectacular al propio tiempo. Era la evasión de Juan March, acompañado de los empleados de la penitenciaría Eugenio Vargas, Hernainz y de él mismo.

La escapatoria fue algo sumamente simple. Seguir hasta la calle los pasos de los interesados guardianes y una vez al aire libre introducirse en el automóvil que se encontraba siempre frente a la prisión a la espera de acontecimientos.

El propio don Juan tuvo la amabilidad de permitir que el afortunado tráfuga agregado le hiciese compañía hasta la capital de España.

Como los aires de Madrid no eran en aquel momento los más recomendables para un evadido de la justicia como él y la situación en Asturias se deterioraba velozmente, después de permanecer oculto durante algún tiempo se trasladó a Mieres, villa asturiana entre cuyos habitantes contaba con excelentes amigos.

Allí también estuvo fuera de circulación un par de meses -aunque en ningún momento dejó de hacer planes, recibir visitas y tomar contacto con la realidad del momento.

A partir de la declaración de la huelga general revolucionaria, volvió a ponerse en marcha dejando de ocultarse. Sin grandes dificultades los mineros se hicieron dueños de toda la cuenca, desde Mieres hasta Oviedo. Unos días antes, la Ceda se había reunido en Covadonga y el hecho fue considerado como una provocación. Este suceso coincidió con la incautación del yate "Turquesa" que transportaba a Asturias un cargamento de armas adquirido por Indalecio Prieto.

Oviedo se defendió hasta la toma de la Fábrica de Armas de Trubia, en donde los sublevados consiguieron unos treinta mil fusiles y varias ametralladoras, pero en la capital aún se oponían a los huelguistas algunos focos de resistencia.

La coordinación de las operaciones y la confección de medidas urgentes, cometidos confiados al Comité Revolucionario creado en Mieres, no pasó de ser una hermosa utopía, pues el Gobierno envió a Asturias tropas de la Legión y unidades de moros al mando del General López Ochoa. Ocho días más tarde de la llegada de las fuerzas gubernamentales a Gijón, la revuelta había sido sofocada. En realidad, la pugna sólo duró catorce días y quienes habían iniciado la sublevación con tantas ilusiones hubieron de resignarse a esperar otra ocasión más propicia.

Antes de que se produjese la detención de Largo Caballero, Pedro consiguió entrevistarse con él. Luego pasó a Francia desde donde viajó a Rusia por segunda vez. Allí permaneció hasta febrero de 1936. En la Escuela de Guerra y en la Academia Política coincidió con un húngaro que, andando el tiempo, se convertiría en el General Kleber.

Su llegada a España se produjo en el momento en que fueron amnistiados los presos políticos. Esta medida que permitió la puesta en libertad de unos treinta mil penados, llevó a la calle a quienes habían tomado parte en la revolución de octubre de 1934. El perdón alcanzaba también a los que habían sido condenados en rebeldía, como era su caso. A primeros de julio de 1936 los rumores de lo inminente de un golpe militar para derribar el gobierno republicano se hicieron cada vez más insistentes. Fuentes del ejército desmintieron las noticias, afirmando que los movimientos de tropas observados en Marruecos respondían únicamente a la celebración de maniobras.

No obstante, era del dominio público que el General Mola, ya en el transcurso del mes de mayo último, había confeccionado un plan estratégico con cuya aplicación se llegaría a la implantación de un gobierno militar y apolítico. Se acusó a los carlistas, a la Falange y a Calvo Sotelo y Gil Robles de estar complicados en la conspiración, aunque el gobierno no tomó ninguna medida para desbaratarla.

Los ánimos estaban cada día más excitados y se producían hechos violentos sin solución de continuidad. El doce de julio caía asesinado el teniente de la Guardia de Asalto José Castillo. Era socialista. El trece, era asesinado el diputado José Calvo Sotelo.

Ante la pasividad de las autoridades, actitud que nadie fue capaz de comprender, los acontecimientos comenzaron a precipitarse.

El día dieciocho, a las cinco de la madrugada, en Melilla se dieron los primeros pasos de lo que luego se llamaría "Alzamiento Nacional", "Cruzada" y "Movimiento".

Luego, la sublevación se extendió a Canarias y todo el territorio de Marruecos. Después, fueron uniéndose al bando de los amotinados las ciudades de Sevilla, Cádiz, Jerez, Puerto de Santa María y San Fernando.

A partir de aquel momento la adscripción a uno u otro bando dependió de las ideas políticas de los militares que ostentaban el mando en cada zona. Desde Madrid se envió a Zaragoza al General Núñez de Prado, absolutamente leal a la República,

para tratar de convencer al General Cabanellas. A su llegada, el primero de ellos fue detenido y fusilado sin que se le juzgase.

Y así, en medio de un desconcierto absoluto, el mapa de España experimentó un nuevo trazado por el cual la República permanecía viva en el norte, sur, parte del centro y este, mientras que los rebeldes dominaban Galicia, parte del centro, Baleares -aunque no Menorca-, y parte de las provincias de Cádiz, Sevilla, Córdoba, además de la ciudad de Oviedo, la capital de Asturias y, por supuesto, las islas Canarias.

Los intentos del Gobierno republicano a favor de la suspensión de las hostilidades y la vuelta a la normalidad fueron inútiles. El propio Martínez Barrios habló por teléfono con el General Mola -a quien se identificaba como cerebro de la conjura y se le conocía por el nombre en clave de "el director"- sin obtener resultado alguno.

De esta manera, el pronunciamiento militar se convirtió en guerra civil, en la cual tomarían parte inicialmente Italia y Alemania, al lado de los rebeldes, y con posterioridad, a favor de la República, gran número de naciones que organizaron las brigadas internacionales de voluntarios formadas en el momento de mayor flujo por 10.000 franceses, 5.000 alemanes e italianos y 3.000 norteamericanos e ingleses, varios miles de latinoamericanos y un número no determinado de centroeuropeos.

Pocos días después del inicio de la rebelión, Pedro lo recordaba con nitidez, había viajado desde Madrid a Toledo. Iba en la caja de un camión acompañado por quince milicianos voluntarios ante los cuales figuraban siete mineros asturianos especialistas en voladuras. Su misión consistía en procurar a toda costa una entrada en el Alcázar, en el que se habían hecho fuertes unos 1.200 militares y alrededor de 500 civiles al mando del Coronel Moscardó, comprometido en la sublevación.

El General Riquelme, al mando de los leales a la República, ordenó a Moscardó que se rindiera, a lo que éste se negó. Entonces, aunque ya desde el principio del asedio se había sometido a bombardeos al Alcázar, comenzó un intensísimo cañoneo que logró el desmoronamiento del torreón de la izquierda. El sector norte del edificio -por donde comunicaban los sitiados con las calles colindantes- quedó reducido a escombros.

La artillería y, desde más cerca, el lanzamiento de cartuchos de dinamita por sus hombres, derribaron lo que quedaba en pie de otros dos torreones del Alcázar.

Pronto vino a sumarse el efecto destructor de los incesantes bombardeos de la aviación, reforzados por los ataques de la infantería con bombas de mano.

Las líneas defensivas exteriores preparadas por Moscardó antes de comenzar el cerco se habían visto obligadas a ceder, refugiándose sus guarniciones de guardias civiles en el edificio principal.

Muy cerca del Alcázar, el Hospital de la Santa Cruz, el Gobierno Militar, más las casas situadas en torno a la "Posada de la Sangre" -en la que Cervantes había escrito "La ilustre fregona"- habían sido tomadas al asalto y sus defensores, aquellos que no habían conseguido desalojar a tiempo, masacrados.

Al Este, existía una explanada en la que se encontraba el picadero para los ejercicios de equitación de los alumnos de la Academia. Desde esta explanada y desde el comedor de cadetes, así como desde el Oeste, las milicias populares hostigaban a los defensores desde unos veinte o treinta metros. Los rebeldes ocuparon los sótanos defendiéndose encarnizadamente. Pedro y su equipo de mineros excavaron una galería de setenta metros de longitud. Su boca principal se inició en la imprenta "El Castellano". Al final, ya bajo la fachada Este del Alcázar, se colocaron cinco mil kilogramos de trilita que se hicieron estallar pulsando el contacto eléctrico. El cielo de Toledo quedó cubierto por elevadas columnas de humo, piedras y polvo. Una amplísima brecha se abrió en el ángulo Sudoeste de la construcción.

Poco después, las baterías montadas en el Campamento de los Alijares, a unos cinco kilómetros en línea recta de la fachada Oriental, comenzaron el cañoneo que finalizaría con el lanzamiento de quinientos cincuenta obuses.

Inmediatamente, un grupo de sitiadores capitaneado por Pedro aprovechó la circunstancia de que las baterías del General Riquelme, instaladas en las lomas rojizas de la Dehesa de Pineda -a menos de tres kilómetros en línea recta del Alcázar- habían derribado la puerta principal del gran patio central de la Academia, y trepando sobre los escombros lograron acceder a uno de los pisos altos de la fachada Norte desde donde empezaron a lanzar bombas de mano. De allí fueron desalojados por el fuego cruzado de las ametralladoras.

Casi de inmediato recibió la orden de regresar a Madrid, donde se le necesitaba. Obedeció contra su voluntad.

Su llegada a la capital de España no se produjo en un momento especialmente optimista. Aunque los primeros golpes contra Madrid habían obtenido tanto éxito como el intento de toma del Alcázar, es decir, ninguno, el ambiente que se respiraba era el correspondiente a una guerra de trincheras. La ciudad entera se había convertido en un enorme parapeto cuyas avanzadillas se encontraban en la Ciudad Universitaria, la Casa de Campo, Carabanchel Bajo y el Cerro de los Angeles.

Se advertía la influencia del Coronel Rojo y el General Kleber. En última instancia se hacía presente la inspiración del General ruso Gorief y sus oficiales. Se cavaron trincheras, se fortificaron edificios y levantaron barricadas de piedra granítica, se construyeron nidos de hormigón y casamatas.

Los efectivos de Miaja eran numerosos -quince o veinte mil combatientes extranjeros con abundantes armas automáticas. Descollaban las unidades de choque mandadas por Lister, Modesto y El Campesino, a quienes Pedro había saludado más de una vez en Moscú.

Cuando se produjo la llegada a Vicálvaro de las primeras unidades de las Brigadas Internacionales -la 11ª Brigada, al mando del General Kleber, formada por belgas, franceses, alemanes y polacos- les aguardaba el dinamitero asturiano diplomado en la misma Escuela de Guerra moscovita. De allí en adelante sería su enlace con el alto mando.

Los combates por la Casa de Campo fueron una sucesión de pesadillas, una serie de acciones suicidas, un laberinto de pequeños avances y despliegues, siempre en el centro de fuegos cruzados imposibles de localizar y, por tanto, de neutralizar.

Por entonces, el gobierno se había trasladado a Valencia y al frente de Madrid quedaba un Comité de Defensa formado por fanáticos comunistas que dio la orden de evacuar la ciudad a la población civil. Esta orden no fue obedecida. La vida se reanudaba tan pronto cesaban los bombardeos.

En medio del peligroso ajeteo de las misiones que le ponían en contacto diario con los combates de la Casa de Campo, Pedro conoció la tragedia de Guernica, en la que bajo las bombas alemanas habían perecido unas mil personas y se produjo un elevado número de heridos y desaparecidos. Los hechos fueron confirmados por el cónsul británico y los corresponsales de guerra.

Allí, en Madrid, las cosas se ponían cada vez más difíciles. Concretamente, las posiciones que dominaban la zona en que se veía obligado a actuar -la Cuesta de las Perdices y el Cerro del Aguila- habían sido perdidas.

Aunque podía decirse, sin temor a incurrir en exageración, que "cada una de las encinas estaba defendida por un fusil ametrallador", las fuerzas republicanas se sentían inseguras.

II

PABLO 1895/1905

No creo haber sido nunca un niño precoz, a pesar de lo cual me consta que muy pronto fui consciente de mi buena suerte al nacer en el seno de la familia que me trajo al mundo.

Desde bien pequeño, cuando paseaba cogido de la mano de la niñera tocada con descomunal cofia almidonada, ya advertí con sorpresa las particularidades que diferenciaban a unos chicos de otros y, aunque me repetía que tan pronto llegara a casa preguntaría la causa del fenómeno, un extraño pudor me impedía hacerlo.

Y así, me hice mayor ignorando si la fortuna de mi padre, banquero, me avergonzaba y si el hecho de no ser hijo de un marinero con más parentela que dinero me obligaba a pedir perdón en algún lugar.

Con el paso de los años comprendí que esas cosas son cuestión de azar y que lo importante es la forma de soportar riqueza o penuria. A partir de entonces dejé de preocuparme por problemas que, como aquél, me sobrepasaban.

Mi casa, muy cerca del mar y de la Lonja, a dos pasos del puerto y de lo que más adelante se convertiría en el animadísimo Club Náutico de Palma de Mallorca, estaba situada en la típica calle de San Juan. Habitábamos en el primer piso. Era una vivienda enorme con diez o doce habitaciones amplias y de techos elevadísimos. Los balcones muy altos, protegidos por contraventanas de rejilla en forma de celosía, dejaban entrar el sol a raudales. Cuando se colocaban en cierto ángulo, las siluetas de los transeúntes parecían caminar grotescamente por la parte superior de la pared.

En la planta baja del mismo edificio tenía asiento la casa de banca fundada por mi padre a su regreso de Cuba, país en el que se había esforzado trabajando como un esclavo hasta conseguir ahorrar un puñado de pesos.

Con los ojos de la mente aún puedo ver el rótulo que, en grandes letras doradas, anunciaba sobre la puerta de cristal traslúcido los apellidos de mi padre y de su socio, seguidos de la palabra "Banca" en caracteres aún más visibles.

Mi madre, una mujer hermosísima con aspecto señorial y maneras sencillas, nunca pudo recobrar por completo del júbilo experimentado cuando me vio por primera vez. Yo era el quinto de sus hijos y el único varón, así que si no hubiese sido por mi padre, probablemente me hubiera malcriado, convirtiéndome en un ser odioso.

Afortunadamente para mí, la blandura y tolerancia maternas quedaban compensadas por el carácter paterno, marcadamente meticuloso en el cumplimiento de cuanto tocase, de cerca o de lejos, con el deber. El rasgo más sobresaliente de la personalidad de aquel hombre, no muy alto, dotado de penetrantes ojos azules, era la fuerza de voluntad.

La perseverancia lo había conducido desde el lugar que ocupaba en el grupo de la clase media hasta el dominado por la exclusiva y opulenta.

Para animarme a realizar algo que se me antojara lejos de mis posibilidades, solía repetirme la frase que en una ocasión, estando en La Habana, había escuchado a un chino propietario de una lavandería: "la caminata más larga empieza por un paso".

Su zancada, no muy larga pero constante, le había llevado a ocupar la alcaldía de Palma, a ser designado senador por el Rey, de cuya época conservaba un espléndido reloj de bolsillo en cuyo dorso, en relieve, figuraban las efigies de SSMM rodeadas por la leyenda: "Recuerdo de las Bodas Reales, Junio 1906. Alfonso XIII - Victoria Eugenia".

La constancia en el trabajo y un absoluto rechazo al desaliento habían permitido a mi padre hablar y escribir cuatro idiomas -inglés, alemán, francés e italiano-. Retirado de los negocios y con muchos años auestas, en el año 1928, cinco antes de fallecer, comenzó a estudiar piano. Aún le recuerdo en el transcurso de una corta visita hecha a casa. Estaba sentado al piano, arropado en una gruesa manta, y atacaba el teclado con entusiasmo, sin arredrarse ante las dificultades del solfeo y de la monotonía de los estudios.

Otra cualidad nada desdeñable destacada en el personaje que me había dado la vida era su sentido del humor. Podía, sin esfuerzo alguno, burlarse de sí mismo con absoluta ecuanimidad, tratar con perfecta seriedad los temas más chuscos y en tono de broma los más circunspectos.

Mis cuatro hermanas pasaban verdaderos apuros a la hora de decidir si nuestro padre estaba de chanza o no. Y, sin embargo, no era tan difícil acertar; al menos para mí. Yo sabía que cuando la hora de las guasas había finalizado y el cabeza de familia deseaba ser obedecido, del fondo de sus pupilas surgía un brillo acerado que parecía decir: hasta aquí hemos llegado; basta.

Cuando aquel resplandor aparecía, lo más recomendable era inclinarse y obedecer. Por esta razón, aún no puedo explicarme de dónde saqué la energía precisa para contradecirle y, sobre todo, para conseguir que se cumpliera mi deseo y no el suyo.

El había suspirado siempre por el "hereu" que le sucediese en el negocio -pensar que alguna de sus hijas se ocupase de aquello era inconcebible-, así que yo, tan pronto pude mantenerme sobre los pies sin caerme al suelo, estuve destinado a estudiar leyes y comercio.

Condenado, más bien, porque yo casi desde época tan temprana me sentí atraído por la carrera militar. No tengo ni idea de dónde me vino aquella vocación pues la

familia no contaba entonces con militares entre sus miembros. Más adelante, la situación cambiaría.

La afectuosa pelea entre las dos encontradas opiniones fue larga y dura, pero cuando mi padre comprendió que yo no sería feliz enterrado en vida entre letras de cambio y cartas de crédito, cedió con elegancia y otorgó su consentimiento.

— De todos modos -afirmó- no te vendrá mal alejarte un poco de esta casa. Aquí, terminarías estropeándote. Tu madre y tus hermanas te miman demasiado. La Academia Militar está en Toledo y allí, en invierno, hace un frío terrible. Sí, creo que la disciplina y la falta de comodidades te harán un hombre.

Claro que todo esto tendría que esperar un montón de años. Yo tenía aún que hacer el bachillerato y aprobar el ingreso en la Academia.

Lo primero, según creía erróneamente, sería cosa de coser y cantar. Para lograr el primer paso ni siquiera tendría que abandonar el "San Jaume", el colegio de jesuitas al que asistía desde pequeñito. Aquel centro escolar, esto lo supe mucho tiempo más tarde, únicamente acogía en sus aulas a los retoños de las familias distinguidas de Baleares.

Allí se respiraba un aire de comfortable placidez en el que los ecos de los apuros económicos no tenían cabida. Por supuesto, entonces el plan de estudios era relajado, sencillo y llevadero.

No obstante, a medida que se aproximaba el momento en que debíamos acudir al Instituto de Enseñanza Media para realizar las pruebas de ingreso en el bachillerato, la situación cambiaba.

Aunque los estudios los haríamos en el "San Jaume", los profesores no eran los mismos. Ahora debía esforzarme sin cesar.

El colegio ocupaba un antiquísimo caserón edificado durante el siglo anterior, que sucesivamente había hecho las veces de convento de Trinitarios y hospital para marineros necesitados. En el vasto patio interior celebrábamos reñidos partidos de fútbol contra equipos de otros colegios, pues en la faceta deportiva la dirección no mantenía sentimientos elitistas.

El Padre Roger, un suizo de dos metros de estatura, casi tan ancho como alto y dotado de abundante cabello rojizo, simultaneaba la enseñanza de las matemáticas con la menos exacta actividad deportiva. A pesar de todo, mantenía tozudamente la teoría de que todo partido de balompié podía ser ganado a condición de que se conocieran a fondo las capacidades de los jugadores rivales -y por supuesto las propias- poniendo en práctica el sistema táctico adecuado en cada caso.

Según creía, bastaba con prever los movimientos del contrario y salir al paso realizando las maniobras pertinentes para abortar aquéllos, aprovechándolos, incluso, para lograr los objetivos que se pretendían.

Cuando explicaba su hipótesis sacaba a relucir los fundamentos en que se basaban las artes marciales japonesas, el judo y el jiu-jitsu, y plantándose ante el enorme encerado -al que con su presencia convertía en pizarra de juguete-, el mismo en que a diario procuraba disipar nuestra ignorancia matemática, emprendía la espinosa tarea de imponernos lo que con posterioridad llegaría a denominarse "patrón de juego".

Al padre Roger debo la doble pasión por el fútbol y las ciencias exactas que no me abandonaría nunca. Andando el tiempo, me convertiría en ocasional enseñante de cálculo, directivo de un equipo de fútbol y profesor de gimnasia.

Por aquella época, tan pronto como me vi obligado a tomar los libros más en serio que hasta entonces, no tuve más remedio que abandonar mis tareas como monaguillo en la Catedral. No era que ayudar a misa a primera hora de la mañana y acudir un rato al final de la tarde a la Basílica, me robara excesivo tiempo, pero algo me distraía.

El ambiente que se respiraba en la Catedral, el recogimiento y el silencio me proporcionaban una paz de espíritu que, entonces, no llamaba por ese nombre y que, sin embargo, me resultaba enormemente atractiva. La contemplación de la luz del sol filtrándose a través de la gigantesca vidriera de colores, me hacía sentirme tranquilo y sosegado.

También me vi precisado a posponer indefinidamente las sesiones de remo y vela practicadas a menudo en aguas de la bahía, en el bote que mi padre alquilaba para mí en espera del que me compraría tan pronto fuese un poquito mayor.

Hube de suspender aquellas cosas que tanto me agradaban. Hasta la llegada de las vacaciones habría de pensar exclusivamente en los libros, las clases y el estudio. Si deseaba, de veras, ser militar, tendría que hacer algunos sacrificios. Soñaba con ello y estaba dispuesto a lo que fuese.

Pero, cuando llegado el verano, el colegio me devolvía la libertad hipotecada durante todo el curso, y la familia en pleno se marchaba a Son Olivet -la finca adquirida por mi padre poco antes de mi nacimiento-, en el momento en que, aprobado el curso, yo había sido autorizado a olvidarme de los libros durante dos cortos meses, me sentía tan feliz que tenía verdadero pánico a que sucediese algo que viniese a terminar con tanta dicha.

El breve viaje a la casa de campo -duraba poco más de media hora- se hacía a bordo de una bamboleante carretela tirada por dos fuertes caballos. La excursión nunca perdió del todo el tufillo a aventura de la primera vez. El vehículo nos dejaba en la finca y luego volvía a la ciudad hasta la mañana siguiente pues, a primera hora, vendría a recoger a mi padre, el cual debía atender a su negocio. Al atardecer regresaba nuevamente; venía cansado pero contento de tener la oportunidad de pasar con nosotros lo que restaba de la jornada.

El día de nuestra aparición, Tonet, el casero, o Catalina, su esposa, acudían a la verja para darnos entrada a lo que para mí venía a ser un adelanto del paraíso.

Los "amos", confusa expresión balear por la que se designa a los arrendadores, habían escuchado el tintineo de los cascabeles de los caballos mucho antes de que apareciesen ante la verja de hierro forjado.

Uno de ellos, mientras el otro ayudaba al cochero a descargar bultos y maletas, nos acompañaba hasta el pozo situado a la sombra de una antiquísima higuera para ofrecernos agua tan fresca que hacía daño en los dientes, una riquísima limonada cuyo secreto de fabricación guardaba celosamente Catalina, higos y almendras.

Después de saciar la sed, nos dirigíamos a la casa donde transcurriría nuestro descanso estival. Se trataba de un edificio muy grande levantado en el centro de un extenso terreno en el que crecían en abundancia naranjos, limoneros, almendros y algarrobos y, sobre todo, viejos olivos retorcidos, de hojas plateadas. Sus troncos encorvados y atormentados por el paso de los años y el sople del mistral constituían una fuente de inspiración y entretenimiento.

Recuerdo que cuando fui un poco mayor me divertía con mis hermanas, y ocasionalmente con mi madre, en buscar parecidos entre los olivos y personas, cosas y animales. Nuestro favorito era un torturado árbol que, contemplado desde el ángulo conveniente, ofrecía a los ojos del observador el exacto simulacro de un buque mercante con todo el velamen desplegado.

No he olvidado que mi madre solía poner fin a aquellas sesiones en las que dábamos rienda suelta a la fantasía, haciéndonos sentar a su lado, en el gran salón de la casona, para oírla interpretar con pericia casi profesional y acentos poco menos que místicos algún trozo escogido de la exquisita música de Chopin.

— Al fin y al cabo -había dicho mi padre a quien también encantaba el compositor- si hubiésemos vivido aquí varios años antes, nos veríamos obligados a tocar algo de don Federico, aunque no fuese más que para homenajearlo como casi vecino. Ya sabéis que Valldemosa no está lejos.

De mis hermanas tan sólo Concha ponía reparos a ciertos convencionalismos de la época. Dotada de un carácter fuerte y voluntarioso tenía la sinceridad de confesarlo cuando algo no le agradaba, y uno podía estar seguro de que si se daba de bruces con una situación que la enojaba no dejaría de ponerlo en claro.

Las cuatro habían sido educadas en un colegio de monjas, en la tradición que señalaba rígidamente los límites de una buena crianza. Estos incluían una sólida cultura general, francés a nivel de conversación, piano, bordado y otras labores. Como colofón, urbanidad, mucha urbanidad y, naturalmente, siempre prácticas devotas y piadosas.

En la estación veraniega, época en que Palma se quedaba vacía de quienes tenían posibilidad de huir del calor, la casa de Son Olivet constituía la materialización de nuestros sueños.

Las habitaciones amplias en las que desde primera hora de la mañana hasta la puesta del sol reinaba la penumbra, fingían un oasis de verdor y de frescura con decenas de plantas frecuentemente bajo el múltiple chorro de la regadera manejada por Catalina, la cual ni siquiera confiaba en Tonet para ejecutar tan delicada faena.

Creo que Antonia y Paquita, tercera y cuarta de mis hermanas, aún no habían terminado sus estudios. Y tengo la impresión de que Concha y Margarita sí lo habían hecho. O puede que únicamente estuviera libre de monjas, profesoras y maestras, la mayor, Concha, porque, la verdad, han sucedido muchas cosas desde aquellos tiempos lejanos y todas ellas se me juntan desordenadamente en la memoria.

Lo que sí estoy en condiciones de jurar es que jamás volveré a sentirme tan dichoso como cuando mi padre, en la víspera de nuestro traslado a la finca, nos reunía en la sala del piso de la calle de San Juan y mirándonos fijamente, estudiando detenidamente la expresión de cada uno, anunciaba solemne:

—Mañana nos vamos a Son Olivet. Como supongo que alguno de vosotros preferirá quedarse en Palma, que lo diga ahora o que se calle hasta el verano próximo.

Para entonces yo ya le había entregado las notas del curso. Eran buenas, tirando a muy buenas, y un agradable calorcillo me cosquilleaba garganta arriba tras el vuelco al corazón causado por el apretado abrazo de mi padre y la indefinible mirada con que, en silencio, me envolvía.

Por si faltara algo, mi madre se acercaba y me besaba con tal dulzura que más de una vez me he sorprendido preguntándome: "Y yo, ¿qué puedo hacer para pagar esto?" Sí, es cierto; he sido un ser afortunado. Me consta, y a medida que transcurre el tiempo, el convencimiento es más firme, que la felicidad es siempre una figura esperada y deseada. Es, en una palabra, la protagonista. Pero, de igual modo, estoy persuadido de que la dicha es tanto más necesaria y eficaz cuanto más temprano llega.

Yo he sido doblemente venturoso porque advertí que esa condición se ocupaba de mí cuando aún no había abandonado la infancia.

Allí en la finca, el tiempo transcurría sin sentir. Las mañanas, las tardes y las noches parecían deslizarse en silencio, sin un solo ruido, sobre nuestras vidas, dejándonos tal poso de serenidad que cuando llegado el mes de septiembre, a primeros, la vuelta se hacía inevitable, recogíamos lo poco que habíamos llevado con nosotros y nos íbamos calladamente, como temerosos de que una retirada ruidosa nos despojara de los recuerdos acumulados durante los dos meses estivales.

Siempre me ha dado qué pensar el hecho de que la vuelta a Palma no fuese nunca traumática. Quizás el absoluto convencimiento de que Son Olivet no se esfumaría como un sueño, de que allí aguardaría, sólido e indestructible, nuestro retorno, nos permitía el repliegue a los que no puedo calificar como cuarteles de invierno sin cometer una evidente inexactitud.

La vuelta del último verano, para iniciar el curso en que debería examinarme de ingreso en el bachillerato, fue algo más complicada que las de los que le habían precedido.

Al llegar a casa, casi nada más subir los escalones, mi madre me dijo que pasara al despacho de mi padre. Ella me acompañó. Parecía una ocasión solemne.

Tomamos asiento en dos sillones de cuero, frente a la mesa tras la que se sentaba el jefe de la familia.

— Te parecerá extraño que deseemos hablarte aquí, a solas, ¿verdad? -comenzó diciendo-. He querido hacerlo así para que comprendas que a partir de ahora tus estudios han dejado de ser cosa de niños. Si, de veras, continúas pensando hacerte militar, tendrás que estudiar de firme. Especialmente matemáticas ...

Como parecía esperar algún comentario de mi parte, me apresuré a responder que sí.

— Pues entonces, además de las clases que recibirás en el San Jaume, aquí en casa tendrás otro profesor que te echará una mano. Estoy seguro de que pondrás de tu parte cuanto puedas para tener éxito. Esmérate y no tendrás problemas.

Pronto comenzaron las clases. El Padre Roger, el gigantesco profesor suizo, hacía milagros para desvelar para nosotros los oscuros misterios de las fuerzas exactas. La suma de sus esfuerzos y los de don Antonio me permitió ir asimilando aquellos conocimientos que tenían mucho de la construcción de un edificio. Yo veía en las matemáticas la preparación de los cimientos, la elevación de las paredes robustecidas y sostenidas por vigas, el refuerzo de los muros maestros y, por fin, la cubrición con la techumbre.

Más tarde, cuando contemplaba la "obra" completa, llegué a preguntarme, "¿cómo es posible que no la haya visto antes?"

— Pablo -me dijo un día el Padre Roger- estoy verdaderamente sorprendido. Sé muy bien que tienes una cabeza bien organizada, pero nunca me figuré que fuese hasta ese punto. Comprendes los teoremas y recuerdas las fórmulas mucho mejor que tus compañeros.

Afortunadamente, me había dirigido estas palabras a solas, en el pequeño cubículo que le servía de despacho. No me había elogiado ante los demás.

Me quedé sin saber qué contestar y, en vista de que no añadió más, pedí permiso y me alejé. Aquella noche se lo conté a mi padre, añadiendo que me sentía como un estafador a punto de ser descubierto. El sonrió y me envió a la cama después de tranquilizarme diciendo que, al día siguiente, hablaría con el profesor. Ignoro como enfocó la cuestión pero lo hizo con tal acierto, que el Padre Roger no volvió a mencionar mi rara habilidad.

Mis camaradas de curso, al menos la mayor parte de ellos, habían comenzado sus estudios al mismo tiempo que yo, y puede que por esta razón les concediera escasa importancia. Eran chicos que coincidían conmigo en el colegio, y nada más.

De todos ellos, únicamente dos encerraban cierto interés. Luis Areyns y Tomás Coll compartían mi pasión por el fútbol y la navegación, pero allí se terminaba todo.

Tomás pensaba hacerse notario, como su padre, y Luis médico cirujano, como su abuelo, continuando tradiciones familiares que los llevarían a vivir ejerciendo profesiones sin ningún atractivo personal y por las que no se sentían especialmente cautivados.

Cuando los tres cumplimos los nueve años, conseguí que mi madre me permitiera invitarlos a pasar unos días con nosotros en Son Olivet.

Nunca supe si mis apasionadas alabanzas de la finca y de la clase de vida que yo llevaba en ella fueron excesivas o si la manera de ser de Luis y Tomás no era la más adecuada para disfrutar allí. El caso fue que dos días después de su llegada se les veía tan fuera de lugar, tan aburridos, que nos vimos en la necesidad de devolverlos urgentemente a Palma.

A partir de entonces, jamás volví a sentir interés por encontrarme con mis condiscípulos fuera del recinto del San Jaume y mis colegas de estudios fueron sólo eso, una colección de chicos con quienes me encontraba allí dentro, con los que me sentaba en el aula o practicaba deportes, pero con los que no tenía nada en común.

Quizás por esta razón hubieron de pasar muchos años hasta que me sacudí el yugo, la apacible dependencia, de mi familia. Dentro de ella encontraba todo lo que necesitaba.

Disponía de la seguridad de que podía recurrir a mis padres en todo momento, de que siempre que desease hablar de cuanto apeteciese, allí los encontraría dispuestos a escuchar.

Aunque mi padre fuese un hombre autoritario, también era justo. Además, nunca habían levantado la mano para pegarnos, y muy pocas veces nos habían impuesto castigos.

Sin palabras, mis hermanas y yo nos habíamos confabulado para complacer a ambos. Sospecho que porque aquella actitud nos complacía a nosotros mismos.

Por este motivo y, también, porque no me atrevía siquiera a pensar en lo que sucedería si no aprobaba el examen de ingreso, los últimos meses de aquel curso fueron un auténtico calvario.

Cuando, por fin, me metía en la cama, la cabeza me daba vueltas en un torbellino incesante. Los problemas, las lecciones y los distintos temas empezaban una danza alocada que me impedía descansar como debiera. Caminaba como un sonámbulo con los ojos rodeados por círculos violáceos.

Me dominaba el temor de que, llegado el momento de la verdad y confundiendo en la realidad unas cosas con otras, realizase un examen desastroso o la mente me quedara absolutamente en blanco.

Mi madre, que me vigilaba ansiosamente, creyó llegado el momento de llamarme al orden.

— Si continúas así, Pablo, habrá que llevarte a Son Olivet para que hagas una cura de reposo. Antes de ponerte enfermo, tendrás que dejar los libros.

Aquella fue la primera y única vez que el anuncio de un viaje a la finca despertó en mis oídos ecos amenazadores.

— Hemos estado hablando con el director del colegio- prosiguió- y nos ha dicho que no debes preocuparte tanto. Es más, nos dio seguridades no sólo de que aprobarás sino de que conseguirás una nota alta.

Estas palabras fueron suficientes para llevar a mi ánimo la tranquilidad que necesitaba. A partir de entonces, la situación recobró su verdadera perspectiva. Comencé a dormir y a comer como necesitaba hacerlo y, pocos días después, las ideas pesimistas que tanto daño me habían causado cesaron de martirizarme.

Por supuesto, no dejé de estudiar con ahínco, aunque abandonando aquel sentimiento de urgencia que no podía traerme ningún resultado práctico.

Y cuando transcurrieron unos meses y junto con el resto de los alumnos del colegio, me presenté en el Instituto de Enseñanza Media, yo debía ser uno de los pocos que acudía con ánimo sereno a enfrentarse a aquella prueba decisiva.

Ni siquiera el hecho de que los catedráticos encargados de los exámenes fueran unos perfectos desconocidos hizo mella en mi entereza.

Tenía que aprobar y aprobaría. Todo lo demás carecía de importancia. Y así fue; las largas horas de estudio dieron el fruto esperado; tal como había vaticinado el director del San Jaume, pasé la prueba y obtuve el número dos.

Nos dieron las notas a mediados de junio y el mismo día, por la tarde, nos fuimos todos a Son Olivet. Hasta primeros de octubre, aunque en septiembre regresaríamos a Palma, no estudiaría ni una línea. Mis padres me lo habían prohibido.

Aquel verano fue inolvidable. En su transcurso, aunque no de manera consciente, dije adiós a la infancia. Empezaba para mí la adolescencia, una etapa superada la cual habría de enfrentarme a otro examen de mayor trascendencia: el que podría suponer mi acceso a la Academia Militar. Entonces sí que debería devorar los libros de texto.

Pero ahora, durante un período de más de dos meses, no tendría otra preocupación que tumbarme al aire libre bajo un frondoso árbol, contemplar la veloz carrera de las nubes algodonosas en el cielo azul y escuchar la música de fondo que mi madre o mis hermanas interpretarían al piano.

III

PEDRO 1926/1930

El regreso, iniciado a mediados de año, se produjo en circunstancias completamente distintas. Durante su estancia en la URSS había sido conocido por el nombre de Ignacio, ahora descartado como una camisa usada.

Merino tenía razón al afirmar que volvería convertido en otro hombre. Cierto que retornaba Pedro, pero se trataba de un ser diferente, capaz no sólo de hablar bastante aceptablemente ruso, francés e inglés, de pronunciar una conferencia sobre economía política o sostener un debate acerca del fracaso del capitalismo y de la lucha de clases, sino también de demostrar en el terreno de la práctica cómo organizar un atentado, volar un tren, un puente o un edificio, con impresionante ahorro de material explosivo, de qué manera sacar el máximo partido de una ametralladora, cuál es la forma correcta de inutilizar tanquetas o fabricar una bomba de gran potencia con sustancias y materiales domésticos.

También había cambiado su enfoque de la solución a los males que aquejaban a la clase obrera. Antes de su marcha estaba convencido de que debería hacerse algo, pero no tenía idea de como acometer la tarea. Ahora lo sabía; y, además, era consciente de que la teoría, por sí sola, carece de valor. Si alguien se limita a elaborar hermosas hipótesis sin avanzar un solo paso por el camino de la puesta en práctica, no consigue otra cosa que perder el tiempo.

"No hay manera de hacer una tortilla si quienes tienen hambre se limitan a contemplar los huevos expuestos en el escaparate", le había dicho un francés compañero de curso.

Pedro había captado el significado de la escueta lección: si quieres comer una tortilla debes cascar huevos.

Las lecciones recibidas en el instituto técnico-político moscovita vinieron a sumarse a las impartidas previamente por sus maestros españoles y ahora, después de recorrer medio mundo en involuntaria emulación de sus ídolos Bakunin y Kropotkine, estaba listo para entregarse en cuerpo y alma a la revolución.

Durante la celebración del Congreso de Londres, en 1903, se estableció formalmente el Partido Ruso Social Democrático del Trabajo. En el transcurso de

aquel acto trascendental para el comunismo del futuro, Lenin había insistido en que los miembros del partido debían ser activos y disciplinados.

Sí, Vladimir Ilyich no se equivocaba; un cuerpo social apático o díscolo constituía la rémora que impedía todo movimiento hacia delante.

Si las condiciones reinantes en cualquier país aconsejaban la hibernación en la clandestinidad, bienvenida ésta. Cualquier cosa antes de enmohecer en la incuria; pero, tan pronto como la situación experimentase un cambio para mejor, la vigilancia de las autoridades se relajase lo más mínimo o la inquietud de las bases desaconsejara la aplicación del freno, había que lanzarse a la calle para intentar la inmediata desestabilización.

La vida del Pedro actual comenzaba bajo el signo de una ficticia independencia. Actuaría aparentemente movido por impulsos personales y, de acuerdo con lo que había sido convenido en el momento de su llegada a Madrid, caso de ser detenido en el curso de alguna de las acciones que emprendería, ni el partido, ni miembro alguno del mismo se daría por enterado. Aquella forma de proceder casaba a la perfección con la manera de ser del revolucionario ansioso de encontrarse mezclado en cualquier clase de peripecia; encajaba estupendamente con su temperamento idealista, enemigo acérrimo de la injusticia, que ardía en deseos de hacer algo por quienes vegetaban en la más abyecta miseria sin atisbos de un futuro mejor.

Lo primero que se convino fue un sistema para concertar entrevistas; algo sencillo, sin fallos y que no despertara sospechas. Después se buscó -y se encontró- un empleo tapadera que encubriera y justificara los continuos desplazamientos que el tipógrafo realizaría por todo el país e incluso al extranjero.

El propio interesado sugirió uno adecuado a los fines pretendidos. Sería viajante de artículos de imprenta. A nadie extrañaría que un expleado de aquella industria abandonase la práctica de su profesión para dedicarse a la venta de trebejos utilizados en la misma.

Y así, provisto de un surtido muestrario, tarjetas de visita y documentación que lo acreditaban como agente de ventas de una importante empresa mayorista, Pedro emprendió el primero de sus viajes a Barcelona.

En el transcurso del mismo, pasó revista al emprendido en Tallinn -el mismo puerto del Golfo de Finlandia donde había tocado cuando llegó a Rusia- que lo llevó a las Azores después de navegar por el Báltico, el Canal de la Mancha y el Atlántico. Desde las islas portuguesas, a bordo de un trasatlántico argentino, viajó a Vigo acortando en casi la mitad la travesía que, en principio, había sido prevista Mar del Plata-Galicia.

Llegado a la ciudad Condal, utilizando ciertos datos de que había sido provisto, se puso en contacto con un grupo clandestino de exaltados miembros de la CNT.

El acercamiento fue providencial para las aspiraciones del impaciente

especialista en disturbios y atentados. De igual modo, los componentes de la célula ilegal se consideraron afortunados por el hecho de recibir aquel importante refuerzo.

Muy poco tiempo después, Pedro tomó parte en la organización de un ataque contra Primo de Rivera, del que, quizás a causa de lo precipitadamente que se habían planeado las cosas, el general resultó ileso.

Sin embargo, a pesar del fracaso, la sensación de haber hecho algo que produjo tanta sensación, paliaba el lógico desencanto que les invadió. El vendedor de artículos para imprenta recordó algo escuchado repetidas veces en Moscú; en estas acciones no debe perderse de vista el lema del olimpismo que dice: lo importante es participar. Además, añadía el soviético con cara de infeliz encargado de las conferencias sobre aquel tema, es esencial sobrevivir y no ser detectado, para continuar participando.

El fiasco se convirtió en una lección inolvidable. A partir de aquel momento, cualquier operación en la que tomara parte -por insignificante que pareciera-reclamaba toda su atención. Estudiaba con el máximo cuidado cada uno de los pasos que habrían de ser dados y, de manera sistemática, volvía una y otra vez a colocarlos bajo el microscopio de la crítica.

Había algo que jamás descuidaba y que, muchas veces a lo largo de la azarosa existencia iniciada con el intento contra el automóvil en que viajaba el General, le había permitido escapar ileso y sin identificar. Proyectaba con minuciosidad de maniático el establecimiento de dos o tres rutas alternativas de retirada, tanto para el caso en que sus operaciones se realizasen con o sin éxito. El segundo acto terrorista en que tomó parte, finalizó como el primero en un estrepitoso descalabro. Entre uno y otro participó en distintos enfrentamientos entre estudiantes y policías, pero aquéllos le producían la impresión de tratarse únicamente de oberturas de zarzuela que no pasaban nunca de la categoría de prólogos.

Por esta razón, tan pronto tuvo conocimiento de que se "cocía algo gordo" en el cercano Portugal, preparó un maletín con las cosas indispensables, actualizó las existencias en el muestrario y sacó el billete de ferrocarril para Oporto.

El día uno de febrero de 1927 soplaban un viento gélido que le hacía dar diente con diente; su llegada a la estación coincidió con la caída de los primeros copos de nieve que se convertirían en la avanzadilla de una nevada descomunal.

Cuando tomó asiento en el tren pudo darse cuenta de que el vagón en que viajaría carecía de calefacción. El frío apretaba, pero la seguridad de que muy pronto entraría en acción le caldeaba el ánimo y le impedía fijarse en el vaho formado por su respiración.

En Oporto se dejó llevar por la marea humana que discurría ante la estación. Bien comenzaba su primer día de estancia, pensó. En cuanto le fue posible, abandonó la silenciosa manifestación y preguntó al primer transeúnte que parecía no interesarse por lo que sucedía dónde se encontraba la catedral.

El hermoso templo, del siglo XII, no estaba lejos. Enfrente, en un edificio casi tan vetusto como la basílica, tenía sus reales la imprenta que buscaba, la "Imprenta

Alves". En aquel momento el señor Alves estaba ausente; no regresaría hasta dos días más tarde. Fue atendido por un empleado regordete y parlanchín que, al despedirle en la puerta, le dejó en la mano una nota diciendo:

"Hospedaria Cabo Verde, rua dos Ovos, 18, habitação. Hoje, ás nove em ponto, a beira do bispado. Atende a frase: a boca não admite fiador".

El mensaje causó una penosa impresión en el destinatario del mismo. Aquello comenzaba mal. Parecía cosa de aficionados. Entendía que para no despertar las sospechas de las autoridades era totalmente innecesaria la truculencia que se transparentaba en el aviso entregado por el rollizo conspirador.

Pese al disgusto inicial, Pedro obedeció las indicaciones de sus correligionarios lusitanos y a las nueve y media de la noche, tras una interminable caminata por estrechas callejuelas pertenecientes al barrio del puerto, siempre siguiendo los pasos del individuo que se le había aproximado con cautela para recitarle casi al oído la estúpida contraseña, se encontró en compañía de quince o veinte hombres con aspecto de obreros en el interior de un almacén de frutas mal iluminado y peor ventilado.

El que parecía llevar la voz cantante, analizó, con voz tonante y encendido acento las razones que aconsejaban la inmediata puesta en marcha de un levantamiento contra el General Carmona, obstinado en conservar el poder al que había accedido merced a los sucesivos golpes de mayo y julio pasados.

— El próximo jueves, día tres -terminó diciendo el persuasivo cabecilla- es el día señalado. La víspera, por la noche, se ultimarán los detalles. Luego, os pondréis en contacto con los hombres que dependan de vosotros. De madrugada, cada uno se dirigirá al lugar que le ha sido asignado. Naturalmente, iremos armados. Nada más. Ahora, vayámonos a casa, saliendo en grupos de no más de dos.

La jornada señalada para el inicio de la insurrección, amaneció bastante tarde. La niebla obstinada y pegajosa impedía que la luz se adueñase del paisaje urbano. No obstante, a las cuatro de la mañana, Pedro ocupaba su puesto frente al edificio que albergaba los servicios telegráficos. A su lado, Brito, el orador de la reunión última, le pasó una caja de munición para el fusil recogido minutos antes de un carromato que apenas se había detenido ante el portal en que ambos se ocultaban.

Toda la calle, lo mismo que aquellas que contaban con inmuebles ocupados por organismos y corporaciones oficiales, era un hervidero de gentes armadas que, por el momento, permanecían al abrigo de miradas inoportunas.

A las ocho en punto los habitantes de la ciudad, al menos los que aún permanecían durmiendo, fueron sacados violentamente de su sueño por estruendosas explosiones y un intenso tiroteo. En los primeros momentos la sorpresa de las fuerzas leales al gobierno fue completa y los rebeldes pudieron cubrir fácilmente sus objetivos.

Sin embargo, a medida que transcurría la mañana, la situación comenzó a deteriorarse y muy pronto pudo verse que lo tan favorablemente iniciado no tardaría en cambiar de signo. Las tropas fieles a Carmona, mejor entrenadas, más disciplinadas y dotadas de medios superiores, desalojaban a los insurrectos de los puntos tomados en un derroche de valor.

El día cinco Brito, que no se había separado un instante de Pedro, dijo:

— Debemos ser realistas; aquí no tenemos nada que hacer. Deja ese cacharro ahí mismo y vámonos. En Lisboa encontraremos más.

Eran las diez y media de la noche y Oporto podía prescindir de la luz eléctrica sin quedar a oscuras. El bombardeo a que los leales sometieron a la ciudad produjo un elevado número de incendios. Muchos edificios habían sido destrozados y en las calles iluminadas por las llamas se veían enormes destrozos.

En el domicilio del lusitano, respetado hasta aquel instante por los proyectiles, los dos revolucionarios recogieron algunos víveres, y se dirigieron sin pérdida de tiempo al lugar donde otros tres hombres aguardaban su llegada.

— ¿Tenéis la camioneta? -se limitó a preguntar Brito.

— Tenemos algo mejor -respondió un individuo alto y flaco mientras abría la gran puerta de una cochera-. Podéis salir ordenó haciendo señales con ambos brazos.

— ¿De dónde habéis sacado eso? -inquirió asombrado el líder revoltoso viendo aparecer un camión del ejército.

El vehículo se detuvo manteniendo el motor en marcha. De la cabina saltaron al suelo dos hombres. Llevaban uniformes militares; probablemente del arma de ingenieros o zapadores, se dijo Pedro al observar los emblemas cosidos en las guerreras.

— Verás. Un grupo de soldados se empeñó en que nos lo quedáramos y fueron tan generosos que nos lo regalaron incluyendo esto -agregó el delgaducho levantando con ademán teatral la lona que ocultaba la parte trasera de la caja.

Ante la incrédula mirada del español apareció una ametralladora perfectamente emplazada.

— Además, hay veinte cajas de munición para ese trasto y otras diez cajas con bombas de mano -terminó el que se había apeado por el lado del conductor.

— Con eso podemos abrirnos paso hasta el Convento de los Jerónimos -bromeó el otro disfrazado de militar.

— Bueno -cortó Brito- dejémonos de hacer el payaso y vamos a lo que importa. ¿Cómo estamos de gasolina? ¿Qué tal está de motor?

— El depósito -contestó el que, aparentemente, se haría cargo del volante- lleno hasta el borde. En la caja, diez bidones de unos veinticinco litros cada uno. El motor, como una seda.

— Pues vamos a viajar como sardinas. Aparte de vosotros dos -que viajareis en la cabina a causa de vuestros uniformes- somos cinco personas, y todo el material que habéis dicho.

Pedro se reservó el comentario que pugnaba por salir de sus labios: "diez cajas de bombas de mano y doscientos cincuenta litros de gasolina no es una lata de conservas, es un auténtico volcán. Si nos disparan donde yo sé estamos listos".

— Entonces -ordenó Brito-, vámonos ya. No perdamos más tiempo; tenemos por delante una buena tirada. A propósito, ¿conoces la carretera?

— Claro. Hice el mismo trayecto un montón de veces.

— Pues, andando.

Sin más palabras, todos ocuparon sus puestos y el camión emprendió la marcha.

A la escasa luz que se filtraba por el hueco posterior, Pinto, el hombre enjuto con aspecto enfermizo, instaló hábilmente una cinta en la ametralladora.

— A quem se faz mel, moscas o comem -farfulló entre dientes.

— Tienes razón -concedió el sujeto que aún no había pronunciado palabra. Y a renglón seguido procedió a retirar la tapa de una de las cajas de bombas.

El ronroneo del motor, un suave murmullo para los oídos de Pedro tras dos días de tiros y explosiones, fue adquiriendo un carácter marcadamente hipnótico. Ni lo incómodo de la postura -tendido en el suelo con la espalda apoyada en la pared formada por los bidones de carburante- ni la incertidumbre de que una sola bala podía convertir en un infierno su medio de transporte, impidió que se sumiera poco a poco en el estado que precede al sueño.

Cada vez que sucedía esto, las bruscas paradas del vehículo y las consiguientes arrancadas lo reintegraban al mundo de la realidad. Debía estar sucediéndoles lo mismo a todos; nadie hablaba.

De pronto, procedentes de la parte delantera se escucharon golpes insistentes, la velocidad decreció sensiblemente y, por encima del ruido mecánico del motor se escuchó una voz que advertía:

— Un control... tenemos muy cerca un control; se ven tres hombres... hay una garita.

Pinto, encaramándose sobre las cajas de munición, forcejeó con el pestillo de la trampilla que comunicaba con la parte trasera.

— Haz señales con los faros y aminora la velocidad -indicó Brito al conductor-. Cuando lleguemos a su altura, para sin apagar el motor y pregúntales cuántos kilómetros faltan hasta Leiría, dónde estamos y si esto está tranquilo. Nosotros vamos a prepararles unos regalitos. Venga, coged bombas; con media docena cada uno bastará.

Al acercarse el camión a la barrera de madera que señalaba el puesto de vigilancia, un cuarto hombre salió de la casilla dejando la puerta abierta.

— Tenemos uno más -anunció el acompañante del conductor.

— Peor para él -pronosticó Brito con voz profunda.

— A ver; vuestra hoja de ruta -dijo el soldado surgido de la garita, acercándose a la ventanilla más cercana.

— ¿Nuestra hoja de qué? -preguntó con acento de extrañeza uno de los de la cabina.

— Nadie nos habló de hojas de ruta -apoyó el otro-. Nos sacaron del barracón y nos dijeron que acabábamos de presentarnos voluntarios para llevar este trasto a Leiría.

— Eso está bien -concedió con tono de guasa el que parecía mandar el grupo de soldados-. Está bien, aunque yo no lo veo así...

— Nosotros tampoco lo vemos bien. Por cierto, ¿dónde coño estamos? -interrumpió el del volante.

— Muy cerca de Pombal; a unos veintiocho kilómetros de Leiría. Pero, basta de rollos. ¿Qué lleváis ahí atrás?

— Vamos de vacío; a buscar munición.

— Bajaos y quitad la lona.

La repentina arrancada del camión cogió por sorpresa a los encargados del puesto. No esperaban semejante reacción de quienes parecían de los suyos y, cuando pasados unos instantes, intentaron utilizar los fusiles, era demasiado tarde.

Los ocupantes del fortín rodante aprovecharon con acierto el factor sorpresa lanzando sobre el desprevenido grupo un verdadero diluvio de granadas de mano. Luego, cuando se encontraban a cincuenta o sesenta metros, Pedro acribilló la caseta con insistentes ráfagas de ametralladora.

En el silencio que se hizo tras la orden de alto el fuego gritada por Brito, las palabras de éste pidiendo a José -el conductor- que diera marcha atrás, sonaron extrañamente chillonas.

— Vamos a ver si libró alguno. Y tened cuidado -recomendó saltando a la carretera, después de aprovisionarse de bombas de mano. Las precauciones tomadas por el grupo de rebeldes al dirigirse a la garita eran teóricamente aconsejables pero, en la práctica, innecesarias.

Los cuatro soldados estaban muertos. Yacían en el suelo, tumbados en posturas grotescas. En los rostros de los dos que aún conservaban reconocible aquella parte de su anatomía, podía leerse una expresión de intenso asombro.

“De manera que -pensó Pedro-, así es como parecemos a los vivos cuando dejamos de pertenecer a su mundo. Ahora son como muñecos a los que les ha saltado la cuerda. Menos aún”.

De esta reflexión vino a sacarle la voz de Brito que regresaba de echar una mirada en el interior de la garita.

— Ahí no hay nadie; sólo eran estos cuatro. Venga, todo el mundo arriba. Vámonos ya. Si es cierto lo que nos dijo ese pobre desgraciado, aún nos faltan más de ciento setenta kilómetros.

El viaje prosiguió a buen ritmo y sin nuevos controles hasta las afueras de Santarem, donde levantaron la barrera tan pronto los vieron aproximarse, indicando con gestos que continuaran sin detenerse.

Los setenta y ocho kilómetros restantes se recorrieron en poco más de una hora dando tumbos por una carretera en pésimo estado.

A las siete y media de la mañana, no mucho después del amanecer, alcanzaron los suburbios de Lisboa. Habían invertido en cubrir el trayecto desde Oporto a Lisboa -algo menos de trescientos cuarenta kilómetros- unas nueve horas, de las que debería deducirse el tiempo perdido en la refriega de Pombal.

Bastante antes de llegar al punto donde abandonaron el vehículo y los dos uniformes, pudieron escuchar fuego de cañón, intenso tiroteo y el sonido sordo de las explosiones de mortero. Luego, se lanzaron a una insensata carrera en la que la suerte tenía la última palabra. Cruzaron plazas y calles en las que silbaban las balas y las paredes de los edificios se desmoronaban levantando espesas nubes de polvo.

Tres veces tuvo que repetir Pedro su pregunta para que Brito, que parecía dotado de un fuelle admirable, le entendiera y contestara.

— Vamos al edificio de Correos.

Si llegar hasta donde se proponían resultó tarea ardua, penetrar en el centro nacional de comunicaciones aún fue más difícil, pero al fin se encontraron entre sus martirizadas paredes marcadas con infinidad de señales de impactos.

Allí dentro reinaba una actividad febril, ya que el ahora deteriorado palacio -aún bajo sitio- se había convertido en la sede provisional del gobierno revolucionario.

La presencia de Pedro y sus compañeros de camino coincidió con la recepción de un comunicado informando de la desesperada situación por la que pasaba Oporto. Cierto que aún quedaban algunos focos de resistencia, pero el triunfo de las fuerzas del General Carmona no tardaría en reducirlos.

En Lisboa las cosas tampoco marchaban de acuerdo con las aspiraciones rebeldes. Tan mal aspecto ofrecía el futuro del levantamiento que Brito creyó llegado el momento de ordenar la evacuación de Pedro, antes de que los intensos bombardeos la hicieran imposible.

— Lo lamento mucho, camarada, pero tienes que irte. Mandándote esto no hago más que obedecer órdenes recibidas antes de tu entrada en el Grupo. No te entristezcas por el descalabro. Quizás tengamos más suerte la próxima vez. Puede que nos encontremos en Madrid. Vas a marcharte ahora mismo con Pinto, que te acompañará hasta la frontera. Cruzarás entre Elvas y Badajoz. Buena suerte.

Brito se despidió con un estrecho abrazo y antes de desaparecer pasillo adelante hacia uno de los despachos hizo un ademán a Pinto que aguardaba cerca y éste se aproximó trayendo la maleta-muestrario salvoconducto del viajante de artículos para imprenta.

En la capital de España todo seguía igual y lo mismo podía decirse del resto de las provincias.

El infatigable Pedro, que últimamente se sentía más anarquista que otra cosa, participó en las revueltas de la cuenca minera asturiana, donde se estaban dando unas condiciones de vida insoportables -de 30.000 mineros que vivían en la zona, 26.000 trabajaban sólo cuatro horas a la semana-, asistió a la sesión inaugural del XII Congreso Socialista en Madrid, estuvo presente en la fracasada rebelión del Regimiento de Artillería de Guadalajara, tomó parte en los enfrentamientos con la policía que terminaron con la clausura de la Universidad madrileña, figuró activamente entre los organizadores de los actos de rebelión que, sin duda, influyeron en la dimisión de Primo de Rivera tras más de seis años de dictadura. Viajó a San Sebastián formando parte de la comisión de CNT invitada a ingresar en la plataforma de oposición a la monarquía iniciada por las fuerzas republicanas para aunar esfuerzos contra el gobierno. En septiembre de 1930 acudió al mitin celebrado en la plaza de toros de Madrid, en el que más de quince mil personas escucharon a Azaña, Lerroux, Alcalá Zamora y otros relevantes políticos.

Días más tarde mandó el grupo que realizó el asalto a una armería madrileña durante el cual se produjo un muerto y numerosos heridos.

A finales de año se vio mezclado en la sublevación de Jaca, malograda por una serie de circunstancias que le hicieron temer que su concurso era el desencadenante de la mala suerte para quienes recibían su ayuda. Así, aunque su contribución a esta última rebelión había sido de escasa importancia, achacaba a ésta el fusilamiento de los capitanes Fermín Galán y Ángel García.

Pese a todo, su ardiente deseo de ver implantada la República extinguía todos sus recelos y la mínima indicación de sus superiores bastaba para lanzarlo a la calle. Seguía creyendo, como Lenin, que los miembros del partido debían ser "disciplinados y activos".

IV

PABLO 1906/1917

El paso de la enseñanza primaria a la media probablemente habría sido bastante más duro si hubiese ido acompañado del cambio de centro de estudios, pero como el bachillerato podía seguirse en el mismo colegio, en realidad, la alteración no fue nada del otro mundo.

Tampoco me cogía de nuevas el profesor particular, el especialista en matemáticas que ya me había dado clase poco tiempo antes, el viejo don Antonio a quien apreciaba de veras y conocía a la perfección mis fallos y carencias en el terreno de los números.

Así que, con la voluntad y paciencia recomendadas por mi padre, me sometí de buen grado al estudio de las nuevas materias, algunas de las cuales me resultaban absolutamente incomprensibles.

Los años pasaron sin sentir y, de pronto, sin tener la más pequeña noción de a dónde habían ido a parar, me encontré convertido en todo un bachiller. Había terminado los estudios que me permitirían enfrentarme a la preparación para optar a la entrada en la Academia Militar, y lo había hecho con notas bastante buenas - algunas excelentes-; en especial en matemáticas, las cuales no encerraban dificultades para mí.

Aquello se lo debía a dos personas; mis profesores el Padre Roger Rogers y don Antonio Canals. Confieso que cuando me despedí de ellos, tan pronto como pude hacerlo sin quedar como un grosero, olvidé por completo los consejos que ambos vertieron en mis oídos en un verdadero chaparrón.

No fue por que no los agradeciera; no. Simplemente, mi cabeza rebotaba de buenísimas advertencias, pues cada persona mayor que me felicitaba por mi éxito en los estudios se creía en la obligación de autonombrarse guía y mentor de mis pasos en la vida que me aguardaba fuera del colegio San Jaume.

La preparación para el ingreso la haría en Palma; de momento, no sería necesario mi traslado a la península. La ciudad contaba con un buen centro especializado en

estudios para carreras técnicas entre ellas las de los diferentes cuerpos y armas militares.

El director, un coronel de artillería retirado, era un hombre que no se andaba con chiquitas en lo tocante a disciplina. Asistir a aquella escuela era conseguir un anticipo de lo que encontraría en Toledo. A cambio, el porcentaje de triunfos entre los preparados en sus aulas era elevadísimo.

Los profesores que formaban parte del cuerpo docente también eran o habían sido militares de carrera.

El ambiente que se respiraba en las instalaciones de la academia, desde las salas de clase a la de esgrima, pasando por el picadero y los terrenos para práctica del deporte -en la zona que posteriormente albergaría el Tenis Club Mallorca- era en todo momento absolutamente militar. Únicamente faltaba para su calificación como instalación castrense el uso del uniforme.

Desde el principio disfruté con las costumbres y el estilo reinante y puse de mi parte cuanto pude para no desentonar en nada del modo de hacer de los demás. De igual manera, a partir del primer día de clase me entregué al estudio con toda seriedad diciéndome que, definitivamente, recorría el camino que me llevaría directamente a Toledo. Tras el examen realizado en Madrid, recibí la noticia de que había logrado lo que deseaba desde niño y poco tiempo más tarde me encontré en la ciudad imperial.

Las estrechas y retorcidas callejuelas de la antiquísima judería mallorquina -Platería, Manteros, Cordelería, Samaritana, Vidriería, Sombreros, Alfarería, etc.- tenían sus réplicas toledanas en las de Carretas, Cordonerías, Tornerías, Azacanas, Honda, Bajada del Barco, Judería y Cuesta del Corchete. Prácticamente, el laberinto en el que podía vagabundear ahora pensando en tiempos pasados era una prolongación de la maraña de correderas que había dejado atrás al embarcar para la península.

En cambio, a pesar de que en mi dormitorio de la calle de San Juan, frente a la cama, como un ventanal abierto a los sueños, disponía de una vieja litografía que representaba el Alcázar de Toledo, no estaba preparado para soportar con ecuanimidad la impresión que me causó la primera visión de la realidad.

Su considerable mole, dominando la ciudad y el Tajo, ya debió seducir a los visigodos, los musulmanes, los hebreos y los conquistadores cristianos. Condenada y absuelta más de una vez, ha resurgido de sus cenizas como un ave fénix de piedra.

Cuando la Guerra de Sucesión, a principios del siglo XVIII, el Alcázar fue incendiado. En 1810, volvió a correr la misma suerte con ocasión de la Guerra de la Independencia.

Yo ignoraba entonces, cuando divisé el Alcázar a lo lejos, al llegar a la ciudad, que aún habría de ser casi totalmente arrasado por tercera vez en el año 1936. Y si alguien, ejerciendo de adivino, se hubiese atrevido a vaticinar semejante desatino le hubiera tomado por loco.

Recuerdo cómo, con el ánimo un poco encogido, atravesé el portón que daba acceso al gran patio central presidido por la estatua del rey Carlos V.

Lo que me rodeaba, las torres, los arcos, las columnas, todo, me causaba una profunda impresión para salir de la cual tuve que realizar un poderoso esfuerzo.

Después, a partir del día siguiente, fecha en la que comenzaba el curso, tenía tantas cosas que hacer que no precisaba tomarme molestias para huir del ambiente que me rodeaba.

Pronto empezamos a vivir en una atmósfera de apremio que nos arrastraba de un aula a otra, de la clase de gimnasia a las prácticas de tiro, de los ejercicios de equitación a las largas sesiones de estudio.

Al llegar la noche, tras escuchar el toque de silencio ejecutado por un auténtico virtuoso del cornetín de órdenes cuyo estilo -desconozco la razón- solía ponerme de punta los pelos de la nuca, caía en un sueño profundo del que a duras penas lograba arrancarme a la mañana siguiente el hombre del clarín con las notas de diana.

Los primeros días acudieron a mi memoria las palabras de mi padre al aludir a la temperatura toledana. Hacía un frío de todos los diablos. Y aún faltaba lo peor pues de noviembre a febrero era frecuente tener que recurrir al agua de las cisternas para efectuar un simulacro de aseo ya que las tuberías se congelaban durante la noche.

Más tarde, mi piel mediterránea fue habituándose a las duras condiciones de la meseta castellana y a partir del segundo año de estancia en la Academia no creo haber sufrido de forma diferente a los demás alumnos novatos.

Por aquella época comenzó a conocerse por el sobrenombre de "El Bayo", cosa que no me molestaba en absoluto. El apodo aplicado sin intención de ofender y de manera afectuosa tuvo su origen en mi pelo. Siempre había sido muy claro, de un rubio ceniciento, pero últimamente fue pasando por distintas tonalidades de gris hasta adquirir el tono blanco canoso que me acompañaría hasta el final de mi vida.

Desde el principio reconocí la sabiduría del Padre Roger y de don Antonio, dos extraordinarios maestros en la enseñanza de las matemáticas. El primero había sabido colocar los cimientos de lo que llegaría a convertirse en verdadera afición; el segundo amplió mis conocimientos. Cuanto me enseñaron me sería muy útil allí donde me encontraba.

Si he de decir la verdad, de todas las materias con las que hube de enfrentarme mientras duró mi estancia en Toledo, la única que me hizo pasar malos ratos fue la correspondiente a los bailes de salón.

Naturalmente, me veía obligado a hacer de tripas corazón y cerrar los ojos al malestar casi físico que sentía en el momento de calzar los guantes blancos y apoyar la mano en el hombro de un compañero para iniciar los estúpidos giros alrededor de la sala, a los acordes de un piano desafinado o de un viejo gramófono.

En momentos semejantes no podía sustraerme a la tentación de cerrar los oídos al sonido de la música para recrearme perversamente con la visión de un pelotón de

hombres dando saltos grotescos. Hubiera jurado entonces que la evolución de la especie no había finalizado.

Por el contrario, los ejercicios de tiro utilizando diversas armas y las largas marchas emprendidas en el período de maniobras me encantaban. Igualmente, la ejecución de evoluciones a caballo con el descenso de las peligrosas cortadas, tenían tal encanto que llegué a esperar con impaciencia las clases de hípica. Los dos primeros cursos transcurrieron en un soplo. Los veranos, que como siempre fueron pasados en Son Olivet con toda la familia, actuaban como reconstituyente. La estancia en la finca venía a representar el paso por el dique seco en el que se procedía al carenado del casco, quizás averiado por la larga singladura en tierra.

Mi madre, pretextando que me veía delgadísimo, procuraba cebarme a todas horas como si pretendiera venderme en el mercado del Terreno.

Y mis hermanas, que entonces habían sido autorizadas a invitar a alguna de sus amigas a la casona, no cesaban de darme la lata con sus bailes y cotillones. ¡A mí, que procuraba huir de todo aquello!

Mi padre con lo que yo, erróneamente, tomé por una admirable comprensión, entorpecía las maniobras de sus hijos, pero pronto se puso al descubierto que únicamente se trataba de un enorme deseo de lucirme en casa de sus amistades. ¡El que hacía pocos años parecía no conmoverse ante mis deseos de seguir la carrera militar!

De todas maneras, en muchas ocasiones, su complicidad me vino de perlas para chasquear los enredos de Paquita y Margarita, las más porfiadas en aquellos tejemanejes.

Los retornos a Toledo tras cada uno de los períodos de vacaciones -tanto en el caso de los breves, correspondientes a Semana Santa y Navidades, como los prolongados, propios del verano- resultaban particularmente agradables.

No se debía a que mi estancia en la Academia hubiera entibiado el cariño que sentía por los míos; nada de eso. De ser posible, entonces los quería mucho más que antes de la separación. Sucedió tan sólo que, aunque en mi corazón hubiera espacio suficiente para ellos, en mi cabeza se agitaba un hervidero de ideas y sensaciones que me impedía dedicarles tanta atención como antiguamente.

Por ejemplo, desde hacía algún tiempo había comenzado a sentir lo que no puedo dejar de denominar -aún a riesgo de ser tomado por cursi- la llamada de Africa.

El Alcázar disponía de biblioteca en la que figuraba una considerable colección de libros dedicados a temas africanistas. Tan pronto como terminé la lectura del primero de los tomos, y aprovechando todos los ratos de descanso, inicié la del segundo, y así continué hasta que hube devorado todas las obras referentes al tema que había despertado mi interés.

A partir de entonces, ya no tuve bastante con ser militar. Tenía que formar parte de la oficialidad del ejército y conseguir un destino en Africa. A eso me refiero al utilizar la altisonante frase "llamada de Africa".

Las descripciones de las estrelladas noches del desierto, de la salvaje belleza de los arenales, de la cambiante hermosura de las dunas, de la dignidad de los "hombres azules" y de su innato sentido de la hospitalidad, me fascinaron.

Como era de esperar, tan pronto mi madre conoció el extraño capricho que trastornaba mi escaso juicio, puso el grito en el cielo. Ni siquiera dispuso de la calma suficiente para formular sus reproches de viva voz, y en una carta de seis pliegos me puso como chupa de dómine.

“Allí el clima es insano -escribía espantada- el agua pestilente, los mosquitos tan grandes como gorriones. Si los moros no te pegan un tiro, no te librarás de las fiebres ...”

“No cometas locuras irreparables, hijo mío -terminaba la misiva-. Lo que tienes que hacer cuando finalices esa dichosa carrera, que va a llevarme a la tumba, es solicitar destino aquí, en Palma, junto a los tuyos, y no para un país de infieles en el que no se nos ha perdido nada.”

Entendía a mi madre y sabía que el procedimiento infalible para obtener su conformidad pasaba por la de mi padre. Desde entonces, con la constancia preconizada por éste, fui minando su resistencia, pues él tampoco veía con buenos ojos mi pretensión, y tranquilo por completo, pensando que llegado el momento desaparecerían los obstáculos, me sumergí de nuevo en aquel apasionante mundo de la Academia Militar.

Por otra parte, tenía la íntima convicción de que vocación militar significaba entrega a una serie de ideales y la defensa de conceptos tan elevados como Dios, patria y rey. Algo de lo que no estaba dispuesto a hablar por parecerme que las palabras empañaban sus significados más profundos y nobles, empequeñeciéndolos.

Había llegado a creer que la existencia monótona, sin riesgos ni altibajos, del militar en una guarnición urbana en tiempo de paz, era lo más indicado para apagar la llama de la afición a las armas. Y yo no deseaba correr aquel riesgo.

Si me veía obligado a realizar milagros para ser destinado a Africa, los realizaría. Uno de ellos bien podía ser la obtención de un buen número en la promoción, pues en el momento de escoger destino tenían preferencia quienes ocupaban los puestos más altos en el escalafón.

Así que, después de trazarme un minucioso plan de conducta, redoblé mis esfuerzos y comencé a estudiar aprovechando cada minuto libre, presentándome voluntario para cuantos servicios requerían la colaboración de un espontáneo.

En realidad, sin pretenderlo, puse a prueba la autenticidad de mis aspiraciones. Cuando fui capaz de poner en práctica aquel duro plan de vida dentro del rígido engranaje al que me encontraba sometido, estaba claro que me movía empujado por un genuino deseo de servir allí donde fuese más duro y difícil.

Además, como premio especial a mi -después lo supe- infrecuente manera de ver las cosas, obtuve un montón de satisfacciones. Disfrutaba con todo y de todo.

Las largas y fatigosas marchas, cargando con toda la impedimenta, caminando incesantemente por terrenos escabrosos, embarrados e incluso nevados, y realizar las maniobras de fin de curso bajo fuego real, representaban jornadas inolvidables en las que me sentía como pez en el agua.

Muchas veces, me he puesto en guardia contra mí mismo, diciéndome que no me dejara alucinar por sentimientos infantiles. Al fin y al cabo, allí debía haber un espejismo, pues no era lógico que alguien como yo, acostumbrado a una existencia fácil, cómoda y sin dificultades, disfrutase de veras haciendo cosas tan contrarias a lo que debía ser mi auténtica naturaleza.

Sin embargo, pese a mi cautela, a la desconfianza que me impedía gozar sin reparos de la vida que ocasionalmente estaba llevando, no lograba acallar la sospecha de que aquello era lo mío, de que nunca sería feliz si me alejaba totalmente del único ambiente que podía proporcionarme tales emociones.

Me asustaba la sola idea de confesar mis pensamientos y si hubiera sospechado que, como otros compañeros, podía hablar en sueños, hubiera sido capaz de amordazarme.

Un extraño pudor me impedía exteriorizar los pensamientos que albergaba mi mente. Sentía verdadero pavor a hacer el ridículo, y aunque durante los cuatro años pasados entre los muros roqueños del Alcázar hice muchos y buenos amigos, a ninguno de ellos mencioné mi obsesión por la milicia.

Tampoco me sinceré con miembro alguno de la familia, llegando, como mucho - cuando ellos sacaban a relucir el tema- a decirles que la vida militar me encantaba, aunque sin concretar los motivos que me hacían preferirla a cualquier otra.

Lo que a un observador no iniciado hubiese parecido una insoportable monotonía, colmaba todas mis aspiraciones; estaba persuadido, además, de que lo que me aguardaba en Africa no me defraudaría.

El momento de los exámenes finales me cogió prevenido y preparado. De pronto, el tiempo comenzó a deslizarse con desesperante lentitud. Pero, finalmente, todo terminó.

Como en un sueño vivido miles de veces, estuve formado entre el resto de los compañeros de promoción, en el vasto patio central de la Academia.

Para asistir a la entrega de despachos había llegado S.M. el Rey. También estuvieron presentes mis padres y los familiares de los restantes nuevos tenientes. Fue un acto emocionante cuyo recuerdo aún hoy, muchos años más tarde, igual que el sonido del cornetín en mis primeros días de cadete, hace que se me erice el pelo de la nuca.

Mi padre tenía motivos para sentirse orgulloso de su hijo: había obtenido el número dos de la promoción. Mi madre, luchando aún entre el amor y el temor, fluctuaba en medio de emociones encontradas y aunque no se oponía a que solicitase

destino en Africa, esperaba un milagro que me hiciera abandonar el disparatado proyecto.

Pero, no. Los cuarenta y cinco pasos que me separaban de la larga mesa en que Alfonso XIII, el director de la Academia y varios generales nos entregarían los documentos acreditativos de nuestra graduación -las cuarenta y cinco pisadas más pausadas que he dado en mi vida- sosteniendo el sable con la mano izquierda, observando de reojo la hilera de camaradas para llegar exactamente en el mismo instante al tablero, me permitieron recapacitar y llegar a la conclusión de que estaba haciendo lo que siempre había deseado.

Así que, después del almuerzo colectivo en el que estuvieron presentes los padres de los alumnos y las autoridades asistentes al acto de la mañana, los tres juntos nos fuimos a uno de los inmensos salones de reunión, tomamos asiento en torno a una mesa y me dispuse a rellenar el impreso de solicitud de destino.

— ¿Al África, Bayo? -inquirió uno de mis compañeros desde la mesa próxima.

— Claro -me limité a responder.

Mi madre dirigió una mirada escrutadora al que había formulado la pregunta. Luego, se disponía a hablarle, pero cambió de intención y me dijo con expresión de extrañeza y acento acusador:

— Te ha llamado bayo. ¿Por qué?

— Todos me llaman Bayo. Es por mi pelo blanco.

— Pues podían hacer como si no lo vieran -concluyó tajante.

— Mamá, eso no tiene ninguna importancia. Me aprecian y eso sí la tiene. En realidad, que a mi edad tenga la cabeza totalmente nevada es algo rarísimo.

— ¿Y no te están viendo así desde hace cuatro años? Pues ya deberían haberse acostumbrado -insistió.

Cada uno de nosotros podía pedir cinco plazas distintas, escribiéndolas por orden de preferencia. Para complacer a mi madre, escribí Palma de Mallorca en tercer lugar, inmediatamente detrás de Ceuta y Melilla. A estas alturas olvidé cuáles fueron las otras dos guarniciones elegidas, aunque tengo idea de que una de ellas, por razones de proximidad a Palma, fue Barcelona.

Confiaba en que, si no se equivocaban quienes sostenían la opinión de que el puesto en que aparecían nuestros nombres por primera vez en el escalafón tenía mucho que ver en la posibilidad de conseguir el lugar deseado, me enviaran a Africa.

Mis padres se fueron aquella misma tarde. Yo aún tuve que aguardar dos o tres días antes de emprender el viaje a Mallorca, pero el momento en que sabría si mis esfuerzos habían dado fruto, se acercaba.

La impaciencia hizo que un espacio de tiempo tan breve como el que habría de transcurrir me pareciese algo inacabable.

Cuando llegué a casa, me pareció que allí las fechas se deslizarían mucho más deprisa, y que el escrito que me dirigiría el Ministerio de la Guerra, comunicándome el regimiento y la plaza a la que debería incorporarme, obraría en mi poder mucho antes que si hubiera de esperarla en la Academia.

Pero, me engañé. Pasaban las jornadas con exasperante lentitud y aunque, sin pizca de vergüenza, había hecho saber al cartero que recibiría una buena recompensa cuando me entregara la esperada comunicación oficial, ésta se hacía de rogar.

La única diferencia existente entre un día y otro radicaba en la clase de fiesta que trataba de evitar.

Por entonces, mi padre acababa de ocupar la alcaldía de la ciudad, y aunque al principio se había manifestado contrario a tener un hijo militar, ahora, reconciliado con la idea, no vacilaba en pedirme que le acompañara a alguna de las ceremonias en que mi presencia no estuviera contraindicada.

Algo parecido sucedía con mis hermanas, confabuladas para infligirme una auténtica tortura en las continuas fiestas organizadas con el único fin de traerme de acá para allá sin concederme un momento de respiro.

Afortunadamente, mi madre comprendió que si las fiestas no me habían agradado nunca, ahora, en medio de mi impaciencia, debían resultarme insufribles. Así que, aprovechando el madrugador verano, decretó el inmediato traslado a Son Olivet.

Yo estaba encantado de poder escapar de modo tan radical a aquel exceso de atenciones. Mi padre, siempre en movimiento entre el campo y la ciudad, sería el encargado de llevarme la carta que con tanta impaciencia aguardaba.

— No te hagas la sangre gorda. Cuando lleguen los papeles yo te los traeré. Entre tanto, dedícate a disfrutar de la vida tranquila; descansa, que buena falta te hace -ordenó-. Puede que, más adelante, cuando estés en Africa, eches de menos la paz que vas a gozar ahora...

— Quisiera tener tu confianza -respondí-. ¿Cómo sabes que no me van a enviar al sitio que menos me agrade? -añadí sin darle importancia al vocablo paz.

— Pues, claro que la tengo. Y ello por varias razones. Has terminado con un número excelente, hasta el momento tienes una hoja de servicios impecable, todo el mundo conoce el hecho de que estás loco por servir en Africa y, por si esto fuera poco, estoy seguro de que no habrá muchos que lo hayan solicitado como tú. Porque, dime la verdad; ¿sabes si alguno de tus compañeros lo ha pedido?

— No, papá; no sé de ninguno. Claro que esto no quiere decir nada. Puede que haya otros y no lo anden diciendo por ahí... como he hecho yo.

— Encima, ¿vas a avergonzarte?

— No, por supuesto que no.

Aquella noche, la víspera de nuestra marcha a la finca, la conversación con mi padre quedó interrumpida en este punto. En las fechas que siguieron ninguno de los dos volvió a referirse al asunto en cuestión, a pesar de lo cual uno de los temas tocados en ella acudió a mi mente con frecuencia.

Recordaba entonces, y vuelvo a hacerlo ahora, por motivos diferentes, que mi padre había empleado de pasada la palabra paz.

¿Cuál sería mi comportamiento cuando me encontrase bajo las balas?

En la Academia nos habían dicho que la misma persona no actúa dos veces exactamente igual en el momento que se sabe blanco del fuego enemigo.

Eso era fácil de entender; no todos los días contamos con el mismo estado de ánimo, no siempre soportamos parecidas tensiones y, por ello, es lógico pensar que la reacción a los estímulos exteriores -aunque procedan de la misma fuente, representen idéntico peligro y supongan similar carga de agresividad- puede ser absolutamente distinta, aún cuando el plazo de tiempo transcurrido entre las actuaciones sea brevísimo.

Todo aquello, considerado únicamente desde un punto de vista teórico, era perfecto, pero no me aclaraba la duda que, como oficial del ejército, me carcomía. En la realidad, en el momento en que uno debe apartar de la mente la literatura, las conferencias y las hipótesis para atender las urgentes llamadas del instinto de conservación que quizás tratan de imponer una línea de conducta opuesta a todo lo que aconsejan los manuales, ¿sería lo bastante dueño de la situación? ¿mandaría lo más conveniente para mis hombres y para mí mismo?

Dicho con mayor crudeza, ¿contaría con la serenidad suficiente para sobreponerme al lógico temor que inspira el conocimiento de la proximidad de la muerte?

Esta pregunta que rondaba mi mente desde mucho tiempo atrás no tardaría en ser contestada.

Un anochecer cualquiera, dos meses después de nuestra marcha a Son Olivet, mi padre me entregó la orden de incorporación al Tercer Tabor de Regulares, acuartelado en Larache, Africa. Venía firmada por el Ministro de la Guerra, y disponía que en el plazo máximo de diez días debía tomar posesión de mi empleo de teniente.

V

PEDRO 1918/1925

Concluido el rápido viaje a Oviedo, donde le llevó la impaciencia por conocer el estado de salud de su anciano amigo, Pedro regresó a Madrid. Allí había tomado contacto con la dirección de la imprenta semiclandestina. Su sorpresa fue grande al tener noticia de que don Arturo ya les había enterado de sus pretensiones, garantizando, además, su discreción y habilidad profesional.

Prácticamente, fue admitido en el acto y sin someterle a prueba alguna. El jornal no era gran cosa pero bastaba para cubrir sus necesidades; el horario de trabajo, teniendo en cuenta que la tarea a realizar no siempre estaría dentro de la legalidad, sería flexible; se hospedaría en una fonda instalada en el piso superior del mismo edificio en que se asentaban los talleres de impresión de sus nuevos patronos.

Al día siguiente de su llegada, el encargado, un individuo altísimo, muy flaco y con gruesas gafas de miope llamado Jacinto, después de darle instrucciones acerca de la primera labor que realizaría a sus órdenes, añadió con voz de bajo profundo:

— Esta noche, a las nueve y media, pásate por aquí. Si no tienes inconveniente, vas a acompañarme a casa de unos amigos que desean hablarte.

— Muy bien -se limitó a decir Pedro-. Aquí estaré.

Tan pronto descendió los tres pisos que separaban su domicilio del despacho en que se había concertado la cita, Jacinto, que parecía montar guardia, se apresuró a preguntar:

— ¿Has cenado ya?

— No, no he cenado, pero no se preocupe por eso. No sería la primera vez que me fuese a la cama sin hacerlo.

— Está bien. Ahora, antes de irnos a la calle, he de decirte algo. En primer lugar, disculpa que no te haya advertido que comieras algo antes de bajar. Después, que si lo que te van a proponer no te agrada, nos des tu palabra de guardar silencio sobre ello. Y venga, vámonos ya. Ah, otra cosa. No vuelvas a tratarme de usted; me sienta como una patada en el estómago...

— Pero, ¿cómo voy a tratar de tú al encargado?

— A ese respecto como si no lo fuese. Si a tí te suena raro, a mí me suena peor. Así que andando.

En silencio recorrieron la corta distancia que mediaba entre la imprenta y el inmueble al que se dirigían. Pedro, por discreción, no hizo ninguna pregunta, aunque experimentaba una enorme curiosidad.

“¿Quiénes querrán verme? ¿Para qué? Si no me conocen, ¿qué irán a proponerme? ¿Por qué confían en que no me iré de la lengua si su oferta no me gusta?”

— Es aquí -informó Jacinto cogiendo por un brazo a su acompañante.

En el tercero izquierda les recibieron dos hombres por cuyo aspecto nadie sería capaz de adivinar cuál podía ser su ocupación, ni la clase de vida que llevaban. Como ellos debía haber centenares en Madrid o en cualquier otra ciudad española, pensó el más joven de los recién llegados.

La vivienda producía tal impresión de abandono que Pedro, inmediatamente, fue invadido por una inexplicable tristeza. La habitación a la que fueron invitados a pasar, cuyo único mobiliario estaba formado por una mesa destartada y media docena de sillas diferentes, no debía ser ventilada con excesiva frecuencia. Olía a cerrado y a colillas viejas.

— Te preguntarás -dijo uno de los hombres dirigiéndose a Jacinto- por qué no nos hemos puesto en contacto directo con el chico sin mezclarte a tí en esto. La respuesta es sencilla y no te la vamos a facilitar nosotros. El mismo se encargará de ello. Vamos a ver, Pedro ¿hubieras venido tú solo aquí, sin conocernos?

— Claro que no -respondió el aludido-. Y si me lo permiten, quisiera que se dejaran de misterios y que me aclararan algunas cosas. Por ejemplo, ¿cómo saben como me llamo?

— ¿Te dicen algo los nombres de Hipólito y Arturo? -inquirió el individuo que hasta aquel momento no había dicho nada.

— Naturalmente.

— Bien, pues por ellos sabemos muchas cosas de tí. Por ejemplo, que en Palma de Mallorca te has adherido al PSOE y que ahora te propones afiliarte a la UGT. También estamos al tanto de que consideras “tibia” -esas has sido tus palabras- la política del partido. Nos consta que eres de fiar y que si dices que mantendrás la boca cerrada, no la abrirás aunque te apliquen un fórceps. Por eso te hemos llamado. Necesitamos una cara nueva, la de alguien como tú, desconocido, que no llame la atención, que sepa observar para informarnos luego de lo que haya visto. Y, ahora, antes de continuar, ¿te comprometes a olvidar todo esto si no quieres hacer lo que te pidamos?

— Sí, señor. Cuando quiero tengo una memoria fatal.

— Entonces, de acuerdo. Para empezar, una orden: arrinconar definitivamente el “usted”. Se trata de lo siguiente. Nosotros pertenecemos al sector más avanzado del socialismo. Jacinto no piensa como nosotros, pero también sabe mantenerse en

silencio, a pesar de su vozarrón. Si alguno de nosotros, de los que ya somos conocidos, intentara trasladarse a Sevilla -sí, se trata de acudir allá porque la Federación Obrera Regional Andaluza ha acordado la huelga general indefinida-, nos echarían el guante en menos que canta un gallo.

El más silencioso de la pareja anfitriona tomó entonces la palabra para aclarar:

— Esa Federación que acaba de citar Navarro es de carácter anarcosindicalista. Es muy probable que con esa huelga se arme el lío padre ... y queremos estar al tanto. A tí no te conoce nadie allí. Si aceptas, alguien de confianza te esperará en la estación y tendrá preparado tu alojamiento. Ya te diríamos quién y cómo es tu enlace. El viaje correría por nuestra cuenta. En cuanto a tu ausencia del trabajo, se tomarán medidas. No sólo lo sabría Jacinto, sino también el jefazo. A todos los efectos, estarías enfermo, en la cama.

— ¿Y, si voy, qué tendría que hacer?

— Poco y mucho a la vez. Observar, mezclarte con la gente cuando se produzca alguna manifestación... ¿se te ocurre a tí, Pepe, algo más?

— Por supuesto. Desaparecer de escena si, como es de esperar estalla la violencia. No queremos que te signifiquen de ninguna manera. Serías nuestros ojos y oídos.

— Si sólo se trata de eso, estoy de acuerdo; iré.

Hacía un calor infernal cuando, una semana más tarde, a mediodía, Pedro llegó a la estación sevillana de ferrocarril. Como había sido convenido, ante el mostrador de facturación le esperaba un sujeto tocado con una gorra visera a chillones cuadros rojos y amarillos que el propio Jacinto, desprovisto de las gafas, hubiera visto a medio kilómetro.

— Llevas un cubrecabezas muy elegante -elogió Pedro plantándose ante su contacto.

— Pues a mí no acaba de llenarme -respondió el de la visera-. Soy Leonardo -añadió.

— Y yo, el Perico que esperas. ¿A dónde vamos?

— A mi casa; la policía está a la que salta. Los hoteles, fondas, pensiones y albergues están muy vigilados. A quienes no pueden demostrar inmediatamente que han venido por motivos justificados los detienen y luego los interrogan. No se andan con chiquitas.

El domicilio de Leonardo, en una calle cercana a la de las Sierpes, venía a ser la contraposición a aquél en que Pedro mantuvo las dos entrevistas celebradas con Pepe y Navarro. Era un piso diminuto, inmaculadamente limpio. Leonardo, joven y soltero, se encargaba de mantenerlo en permanente estado de revista. Su empleo como ordenanza en el Ayuntamiento, le dejaba el suficiente tiempo libre para dedicarse a la casa y a la política, se explicó el andaluz.

— Mañana es día veintiuno, el primer día de huelga. Madrugaremos para ver lo que se cuece -agregó a continuación.

— De acuerdo -accedió Perico-; pero, ¿no tienes otra cosa que hacer?

— Los de la Casa Consistorial también somos personas; estamos en huelga.

Al día siguiente, muy temprano, se lanzaron a la calle. Aún no había amanecido y el calor de agosto comenzaba a apretar en la madrugada sevillana. Ya se observaba movimiento. Grupos de hombres iban y venían, aparentemente sin rumbo fijo. Más tarde, los ojos y oídos del ala avanzada del PSOE madrileño supo que aquellos hombres formaban los piquetes que aguarían la fiesta a los operarios deseosos de romper la huelga. De momento, aquella actitud le pareció otro atropello; de parecido signo que los cometidos por el capital contra la clase trabajadora. Pensándolo detenidamente, aún estaba peor; los esquiroles no actuaban contra los intereses capitalistas sino contra su misma casta.

Se pasó la jornada pegado a los talones de su cicerone, de acá para allá, sin saber con exactitud lo que hacía allí, un poco ausente por culpa de los malditos piquetes.

Por la noche, cuando ocupó el catre cedido por Leonardo, tardó largo rato en conciliar el sueño. En su cabeza se mezclaban en confusa zarabanda los discursos de un montón de improvisados oradores. Le dolían los pies y las piernas de tanto andar, sobre todo a causa de las frenéticas carreras que se veían obligados a emprender a causa de la persecución de la policía que, porra en mano, intentaba dispersar las reuniones espontáneas nacidas en cada plaza, en cada rincón de la ciudad.

Poco antes de dormirse llegó a la conclusión de que era cierta la afirmación de don Hipólito: “los únicos métodos que no son aconsejables en la guerra son los que impiden triunfar en ella”.

Sí, era verdad. En aquella guerra habían sido utilizadas armas que le desagradaban: los piquetes. Pero, no cabía duda; gracias a su uso, impidiendo la vuelta al trabajo de los obreros de la compañía de Tranvías y los de las fábricas militares, la ciudad estuvo totalmente paralizada por la huelga. La guerra, o por lo menos aquella batalla, se había ganado.

Además, ¿quién desaprueba la actuación de los lazarillos? En circunstancias como las vividas hoy, es razonable admitir que los piquetes habían procedido a señalar el camino conveniente a quienes, por una razón u otra, son incapaces de verlo. Tres días más tarde, harto de manifestaciones, carreras y desórdenes, Pedro dijo adiós a su amigo Leonardo y regresó a Madrid. La misma noche de su llegada se reunió con Navarro y Pepe en el desastrado piso en que se había celebrado la primera entrevista. Jacinto se abstuvo de acompañarlo.

Pacientemente, fue contestando las preguntas hechas por los dos hombres y, cuando se agotaron aquéllas, dijo:

— Me gustaría añadir algunas cosas por mi cuenta. Por ejemplo, si lo que se pretendía con la huelga era paralizar una ciudad, romper un montón de cristales, obligar a la policía a mover el culo corriendo detrás de los manifestantes, que los hospitales se llenaran de cabezas abiertas y las comisarías de detenidos, aquello fue

un éxito. Pero apostaría a que, aparte de lo dicho, no se consiguió nada más. ¿Cuánto jugamos a que la patronal no da su brazo a torcer?

Ni Pepe ni Navarro se atrevieron a recoger el guante arrojado por su observador. En vista de ello, Perico se despidió pretextando un trabajo urgente.

— Tengo que terminar algo empezado cuando me enviasteis a Sevilla.

Era cierto. Aquella noche, aunque la pasase en claro, tenía que componer los moldes de un folleto en cuyo texto se invitaba a la abierta rebelión contra el régimen y su gobierno. Había leído con detenimiento la soflama -redactada por una comisión de expertos en el tema-, y debía admitir con sinceridad que toda ella no era otra cosa que un montón de palabras vacías.

No obstante, él no había sido contratado para hacer crítica política ni literaria, sino para colaborar como tipógrafo. Y eso fue lo que hizo hasta las cinco de la mañana en que, agotado pero satisfecho por haber dado fin a su labor, ascendió trabajosamente la escalera y se acostó.

Poco tiempo después, cuando se había habituado al desigual ritmo de trabajo de la imprenta -unas veces infernal y otras con tiempo suficiente para leer lo que se le antojara-, Navarro vino a verle a la fonda.

— Supuse que a estas horas estarías aquí. Abajo está cerrado -aclaró innecesariamente.

— Claro; son las diez de la noche y andamos flojos. ¿Y qué te trae por aquí?

— Pues verás, vengo a ofrecerte un cambio de trabajo. Ya sabes que en diciembre pasado comenzó a tirarse “El Soviet”, el periódico que airea las ideas de la fracción más avanzada del socialismo. En la rama izquierdista del partido creemos ver un sitio para tí. Es más, puedo adelantarte que, con independencia de tu aceptación, sería posible designarte miembro de la comisión asistente a la inauguración de la III Internacional Comunista, en Moscú. ¿Qué te parece?

— Lo de cambiar de trabajo, problemático. “El Soviet” no tiene porvenir. Verás lo que van a tardar en cerrarlo. Lo otro, lo de Moscú, me agradaría mucho. De todas formas, lo pensaré.

— De acuerdo; la semana próxima nos veremos otra vez. Piénsalo con calma.

Antes de que transcurriese el plazo señalado Pedro tuvo noticias del “ala izquierda” del partido. En esta ocasión fue Pepe el encargado de hablar con él para comunicarle que lo de la visita a Moscú había quedado en agua de borrajas. Al parecer, los más viejos consideraban que el chico era excesivamente joven para una misión como aquélla.

La imposibilidad de hacer el viaje lo disgustó. La revolución rusa estaba en la infancia y a él le hubiera gustado comprobar sobre el terreno las primeras consecuencias de un suceso de semejante magnitud.

También hubiese querido encontrarse en Asturias con ocasión de los serios conflictos surgidos entre los mineros y su patronal. Allí, tras seis días de enfrentamientos durante los cuales ni obreros ni empresarios abandonaron sus posiciones, los mineros lograron la jornada de siete horas que pretendían.

A la secretaría del PSOE llegaban noticias cada vez más alarmantes. Como la patronal había cedido a la fuerza, aceptando, además, la jornada de ocho horas para el resto de los trabajadores, ahora se mostraba agresiva y beligerante.

Se sabía que los propietarios de empresas se habían dirigido al gobierno advirtiéndole que no tolerarían la desorganización social reinante en el país. Por otra parte, se rumoreaba que la patronal estaba utilizando pistoleros para intimidar a los asalariados.

Cuando a finales de año, Navarro le hizo llegar un estudio en el que demostraba fehacientemente con toda clase de pormenores irrefutables que España era el país europeo con más bajas expectativas de vida -43 años para la mujer y 39 para el hombre-, el joven tipógrafo lamentó no haber emigrado con sus hermanos.

En la primavera del año siguiente el Comité Nacional de la Federación de Juventudes Socialistas resolvió sumarse a la III Internacional convirtiéndose en el Partido Comunista Español. Pedro, entusiasmado, se adhirió al nuevo grupo político formando parte del conjunto, aproximadamente mil quinientos correligionarios, que abandonó la Federación.

No transcurrió mucho tiempo sin que se produjese un importante cambio en la existencia del tipógrafo asturiano. Otro maestro, Merino García, Secretario General del P.C.E., después de mantener con él una larguísima conversación le propuso irse a trabajar al organismo que regentaba.

— El empleo te dará ocasión de estar en el centro de las cosas, corriendo, naturalmente, los mismos riesgos sufridos por todos los dirigentes obreros, entre los cuales se aplica indiscriminadamente la llamada “ley de fugas”. En los últimos días veinte detenidos han perdido la vida a manos de la policía, la Guardia Civil o los pistoleros de la patronal -le advirtió lealmente Merino.

Luego, tras una sonrisa de disculpa que ponía al descubierto toda la dentadura, añadió:

— El jornal, por razones distintas de las que mueven a los capitalistas, no será nada del otro mundo. Ahora, debes meditar la decisión que vas a tomar.

— No tengo nada que pensar. O mejor dicho, ya está meditado todo. Acepto. ¿Cuándo empiezo?

— Mañana mismo. Aprovecha lo que falta del día de hoy para despedirte de la gente de la imprenta. Nosotros también disponemos de una; es posible que tengas la oportunidad de ejercer tu oficio.

La última suposición del Secretario General resultó correcta, pues Pedro se vio obligado a colaborar en la impresión de pasquines, carteles y hojas sueltas invitando acaloradamente a la rebelión y al enfrentamiento en una decidida lucha de clases.

Especialmente, a partir del descubrimiento de la conspiración terrorista que tuvo lugar en Bilbao en marzo de 1922, y a la consecuente detención de la directiva del

partido comunista en pleno, unas cuarenta y cinco personas, la situación se agravó hasta extremos insostenibles.

La dimisión de Martínez Anido, Gobernador de Barcelona, junto a la explicación del Gobierno de que “le ha destituido por extralimitarse en sus funciones”, refiriéndose a la utilización de pistoleros de los sindicatos libres, pagados por la patronal, ha colmado el vaso de la paciencia originando una dura respuesta por parte de la CNT que desencadenó una intensa ola terrorista.

Poco a poco, el aprendiz de revolucionario, entusiasta admirador de Bakunin y Kropotkin, se inició en el arte de organizar actos de protesta. Todavía no había participado en ninguna acción que supusiera derramamiento de sangre, pero seguía entendiendo que la liberación de la clase trabajadora no llegaría jamás si lo único que se hacía era estallar petardos y destrozar escaparates.

Por esta razón, cuando a raíz del asesinato de Salvador Seguí (El Noi del Sucre), en Barcelona, a primeros de marzo de 1923, Merino García le comunicó que los mandos del partido lo habían elegido para realizar un viaje de estudios a Rusia, aceptó de buen grado sin preguntar siquiera qué había detrás de tan extraña proposición.

— Estoy hasta la coronilla de que nos masacren impunemente, de que no nos atrevamos a responder como debiéramos. Fíjate en el caso de Salvador; era el Secretario General de la CNT, pero todo el mundo sabía que representaba la moderación en la central anarquista. ¿De qué le ha servido la cordura? Tendríamos que ir a por ese Alcet Estrada porque, verás lo que tarda en andar por ahí tan libre como un pájaro, a pesar de que, según publican los diarios, ha sido detenido como “presunto autor del atentado que costó la vida al Noi”. Un viaje me sentará bien, sea para lo que sea.

El Secretario General del P.C.E. quiso, no obstante, que Pedro supiese a qué atenerse:

— Puede que ahora tengas la oportunidad de hacer algo de lo que pretendes. Irás a Moscú saliendo clandestinamente de España; cruzarás los Pirineos a pie, acompañado de un contrabandista de confianza que te llevará a Marsella; desde allí, en barco, irás a parar a Rusia. El viaje se las trae. El paso de los Pirineos, andando y en esta época, no es ninguna ganga; la travesía, en un barco de carga, cruzando el estrecho de Gibraltar, bordeando España, Portugal y Francia hasta el Canal de la Mancha, navegando luego por el Mar Báltico y el Golfo de Finlandia para desembarcar en Tallinn, tampoco va a ser un crucero de placer. Por cierto, ¿te mareas?

— No lo sé -respondió el interrogado-. En barco no viajé más que de Barcelona a Palma y viceversa. Total, nada.

— Pronto te enterarás -sentenció Merino-. Desde Tallinn, donde te esperarán, irás a Moscú en tren. En la capital soviética asistirás a un instituto técnico político en el que aprenderás, además del idioma ruso, un montón de materias que te serán útiles más adelante, cuando vuelvas a ser Pedro. Porque cuando viajes serás otro, llevarás

documentación distinta a la tuya. Aquí, contando con tu aprobación, has dejado de figurar entre quienes han estado afiliados al PSOE, a la UGT o al PCE. Ni siquiera has trabajado nunca en la imprenta en la que lo hiciste cuando llegaste a Madrid. Al partido le interesa que tu regreso se produzca desde Puerto Rico y no desde Rusia. Pero, te has quedado mudo. ¿No tienes nada que decir?

— Tengo tantas cosas que decir que no sé por donde empezar. Ahí van unas cuantas preguntas. ¿Por qué yo? ¿Para qué estudiar ruso y lo demás? ¿Quién se va a beneficiar de todo eso? ¿Cuánto tiempo voy a estar fuera? Espera, antes de que respondas, quiero asegurarte que estoy muy contento de que me hayáis escogido y que trataré de dejaros bien. Si he dicho eso ha sido por curiosidad; creo que es comprensible. ¿No?

— Bien, intentaré contestarte en pocas palabras. Tú, porque reúnes las condiciones necesarias: edad, temple, seriedad, ganas de hacer algo y conciencia política. Aprenderás ruso para servir de enlace entre los rusos y nosotros cuando llegue el momento que llegará, no te quepa duda-, y para estar en condiciones de actuar con conocimiento de causa en las circunstancias apropiadas. Se beneficiará el partido y, por extensión, el pueblo. Estarás fuera unos dos años.

— De acuerdo; ¿cuándo me voy?

— Dentro de muy poco. Hoy mismo te trasladarás a otra fonda. En la que estás ahora les dices que te vas a Barcelona, donde te ha salido un trabajo muy bien pagado. Cuando te vayas de la que te hospedarás desde hoy no tienes nada que decir. Te vas y se acabó. Son de los nuestros.

— Está bien, ¿tienes algo más que decirme?

— Por ahora, no. Debes esperar sin impaciencia y, por supuesto, no hablar de esto con nadie. Cuando regreses serás el mismo Pedro que se va y, al mismo tiempo, un hombre completamente distinto.

Un par de años después de aquel coloquio Pedro lo recordaba con tanta nitidez y lujo de detalles como si hubiera tenido lugar la víspera. Por el contrario, las jornadas que le siguieron parecían haberse borrado de su memoria.

Especialmente el viaje al fin del cual, siguiendo punto por punto las instrucciones recibidas, había tomado contacto con Carlos que aguardaba su llegada en Benasque - Alto Aragón-, constituía una especie de examen de geografía borrado por arte de magia de la hoja en que había sido escrito. Su paso por Zaragoza, Huesca, Sabiñánigo y Castejón de Sos le producía la impresión de haber sido realizado en pleno sueño.

Pero, a partir de allí, con el paso subrepticio del Pirineo, como había vaticinado Merino, no fue cosa de juego. Hasta llegar a Bagnères de Luchon, primer pueblo francés en que entraron, había caminado de manera automática tras Carlos que movía las piernas como impulsado por un oculto motor. La fortaleza de aquel hombrecillo que se desplazaba con igual seguridad durante el día que en la obscuridad nocturna, le

tenía asombrado. No le vio dar un paso en falso durante las tres jornadas que tardaron en cruzar la raya.

Producía la impresión de disponer del vigor de un muchacho de veinte años y, sin embargo, por su aspecto no debía estar lejos de los setenta.

Gastaba pocas palabras y las pocas que decía estaban teñidas de un fuerte acento francés. Luego, cuando atravesada la comarca del Languedoc, alcanzaron Montpellier y Marsella, al escucharle hablar el idioma del país para sacar los billetes de ferrocarril o pedir el almuerzo en el restaurante, creyó comprender la razón.

— Así que eres francés -le dijo Pedro cuando intentaban localizar el barco ruso que buscaban entre los cientos atracados en los muelles marseleses.

— No, soy un español que ha vivido más tiempo de este lado que del otro -respondió Carlos-. Ven, vamos a preguntar ahí añadió señalando las oficinas de un consignatario.

El mercante soviético Narod -el Pueblo-, un buque viejo y destartado, estaba fondeado no muy lejos de allí. Carlos dejó a Pedro en compañía del capitán Fedorenko y se despidió con un cálido apretón de manos y un escueto “buena suerte”. Sergei Fedorenko, en un español lleno de sonidos aspirados y sibilantes de procedencia irreconocible, condujo a su camarote al único pasajero de la bañera que mandaba.

— Esta noche zarpamos -informó al dejarle solo-. Si quieres algo, búscame en el camarote de enfrente. Es el mío. Si no estoy allí, sube al puente. Alguien vendrá por tí a la hora de la cena.

El tipógrafo aspirante a revolucionario cerró la puerta y tomó asiento en la yacija. Después, tornó a levantarse y se acercó al ojo de buey a través del cual, pese a no ser más de las tres y media de la tarde, apenas penetraba una tenue claridad. La perspectiva resultaba muy poco prometedora. Únicamente vislumbraba el casco oscuro, casi negro, de otro barco de mayor tonelaje que el Narod.

Así vería desde Moscú, donde llegaría tras una larguísima travesía y un monótono viaje en tren, los sucesos acaecidos en su patria: el pronunciamiento de Primo de Rivera; la represión de los sindicatos obreros; el robo en la Basílica de Covadonga; la detención de los más destacados cenetistas; el intento de levantamiento organizado por la CNT en Vera de Bidasoa; la publicación de la carta de Blasco Ibáñez, quien, desde París, acusaba al país de la dictadura represiva, falta de libertad, caos financiero, crisis económica, paro obrero, escasez de alimentos, militarismo, etc. y culpaba a Alfonso XIII de la protección dispensada a las clases privilegiadas y a los militares y, finalmente, la muerte de Pablo Iglesias.

VI

PABLO 1918/1925

El viaje desde Palma a Barcelona, a bordo de uno de los buques que hacen a diario la travesía, después en tren a Algeciras, a continuación cruzando el estrecho hasta Ceuta y de aquí en ferrocarril a Larache, pasando por Tetuán, fue cualquier cosa menos una excursión de placer, y estuvo a punto de hacerme llegar con retraso a mi destino.

La despedida de mi familia, especialmente en lo que se refiere a mi madre, tuvo visos de tragedia. A última hora comenzó a hablar de la inminencia de su muerte, y nuestros esfuerzos para apartar de su pensamiento aquellos negros presagios fueron vanos. Abandoné Palma bajo una ola de tristeza que sólo se mitigó cuando me encontré sumergido en el ajetreo de mis nuevas responsabilidades.

En el momento de mi llegada, Larache era una pequeña ciudad de poco más de veinte mil habitantes, situada en la costa atlántica, cuya única riqueza, si se puede denominar así, estaba constituida por los cultivos de arroz y una no muy importante cabaña de ganado bovino.

La vida de guarnición estaba presidida por el aburrimiento, del que nos libran ocasionalmente las maniobras y las patrullas realizadas siempre en dirección a Arcila y Xauen, hacia el norte.

A la preocupación sentida en la península en relación con mi eventual conducta en combate, había venido a sumarse la que me acometía cuando pensaba en la de las tropas indígenas entre las que fui a parar. Hasta finales de 1919 no tuve ocasión de comprobar si mi inquietud era fundada o se trataba únicamente de una obsesión carente de bases sólidas.

Escuché los primeros silbidos de las balas casi un año después de mi incorporación a la unidad de Regulares en la que mandaba una sección de ametralladoras. Armas y cajas de municiones se transportaban a lomos de mulos.

Realizábamos una incursión contra la cábila de Wad-Ras que llevaba algún tiempo hostigando los puestos avanzados instalados a lo largo de la ruta del norte.

Los cabileños utilizaban el sistema de atacar y escapar aprovechando a la perfección lo quebrado del terreno. Rehuían la pelea declarada, prefiriendo la práctica del mosquito, el picotazo y la huída que terminaba por enloquecer a sus víctimas.

En aquellas circunstancias, dejarse llevar por la ira conducía al desastre. No convenía, de ninguna manera, caer en el lazo que nos tendían. Había que armarse de paciencia, esperar el momento oportuno y, cuando se presentase éste, atacar sin vacilaciones.

Así, en el momento en que se inició el tiroteo y los proyectiles pasaban muy cerca con un aullido estremecedor, procuré hacer oídos sordos y mantener la cabeza serena ordenando el emplazamiento de las máquinas automáticas en los lugares más adecuados, formando un perímetro protector.

Recuerdo que en mi bautismo de fuego ninguno de mis hombres me produjo la sensación de estar ni más ni menos preocupado que yo mismo. Aquello debió proporcionarme una gran dosis de serenidad y contribuyó en buena medida a aclararme las ideas.

La operación de castigo, en realidad se trataba de esto, finalizó con un éxito total. Hicimos varios prisioneros -dos de ellos lograron evadirse durante el retorno a Larache- que resultarían muy útiles para conocer las intenciones futuras de los rifeños; permitimos luego la fuga de otros dos en posesión de información falsa acerca de las nuestras.

A partir de aquel momento las operaciones se multiplicaron y me vi envuelto en las acciones de Regel, Tafersit y Sidi-Talha, moviéndome incesantemente entre Larache, Xauen, Ceuta, Tetuán y Melilla.

En especial, la ocupación de Tafersit, punto estratégico muy interesante, favoreció el avance de nuestras tropas que, con posterioridad, nos permitió dar al traste con los proyectos de las cábilas de Beni-Urriaguel, Beny-Tuhu y Ten-Saman-Beni-Ulichec, las cuales llevaban algún tiempo fraguando la incursión generalizada contra aldeas leales. También proyectaban un ataque masivo contra las posiciones Hamidas.

No podía quejarme. De acuerdo con lo que siempre había soñado, estaba haciendo la vida que deseaba y que, además, me permitía moverme en los grandes espacios. Era una existencia dura, llena de incomodidades, algunas veces no exenta de peligros, debía admitirlo, pero me entusiasmaba.

Por otra parte, con igual sinceridad que admití mis dudas antes de entrar en fuego la primera vez, cuando hube tomado parte en un elevado número de escaramuzas, refriegas, encuentros y acciones de distinta envergadura, en las cuales resultaban habituales los muertos y heridos, confieso con idéntica ingenuidad y sin asomo de jactancia que no sentía temor, o por lo menos que el miedo que pudiera experimentar era un sentimiento racional insuficiente para impedir el normal ejercicio de mis funciones.

En todo momento fui consciente de que era un profesional por inclinación que, además, percibía unos emolumentos por hacer lo que hacía y, por si esto fuese poco,

se me había confiado la misión de velar por la integridad de cierto número de hombres.

Nunca fui partidario, consciente o inconscientemente, de refugiarme en la reconfortante y ficticia serenidad que presta el sentimiento de inmortalidad a quienes combaten. Probablemente resultará muy cómodo pensar en que las bajas se producirían, indefectiblemente, entre ese ente abstracto denominado prójimo, y que uno mismo no será objeto de la llamada del destino. Es ésta una creencia muy extendida; ignoro a qué otra causa se debe la expresión de sorpresa que lucen en el rostro la mayor parte de los cadáveres de quienes mueren en la guerra.

Sabía demasiado bien que la máquina de piel y huesos soporte de mi espíritu era tan frágil y delicada como la de todo ser humano, y que un día, cualquier día, la bala, el trozo de metralla, la bayoneta o la enfermedad marcada con mi nombre me alcanzaría. Entonces, si Dios lo tenía dispuesto para aquel segundo, de nada servirían cuantas precauciones tomase.

Por supuesto, mi manera de pensar poco tenía que ver con el fatalismo; al contrario, yo me conducía de acuerdo con aquello de “a Dios rogando y con el mazo dando”, lo cual en cuestiones de diferencias dirimidas a tiros quiere decir que por mucha prudencia con que actúes, si te toca el chinazo te tocó, pero, de todos modos y por si acaso, procura no colocar el cuello sobre el tajo antes de que suene tu hora.

Dicho con mayor brevedad: la supervivencia es el resultado de la mezcla del arrojo y la sensatez, en las dosis apropiadas para cada circunstancia y lugar.

En tal estado de ánimo formé parte de una de las unidades que, al mando del General Berenguer, tomó la ciudad marroquí de Xauen, al sur de Tetuán. Después, ya de vuelta en Larache y tras unos breves días de descanso para reorganizar las compañías y acoplar los relevos que sustitúan a las numerosas bajas, participé en los ataques a las lomas de Addams y Púa. El Comandante General de Larache dirigía las operaciones y, pese a sus esfuerzos intentando hacer las cosas de manera que se ahorraran vidas humanas, no consiguió ganar aquellos estratégicos puntos sin que se produjesen importantes pérdidas.

En la primera de las dos alturas, la ascensión de las empinadas laderas, prácticamente sin disponer de accidentes naturales que nos protegiesen del nutrido tiroteo de los rifeños fue una auténtica pesadilla. Cada matojo de retama, cada repliegue del terreno, por diminuto que fuese, podía representar la diferencia entre la vida y la muerte.

A media mañana, con un calor asfixiante, sin agua ni la esperanza de conseguirla en un plazo breve, las primeras ametralladoras subidas a hombros, a costa de bajas y esfuerzos ímprobos, supusieron la posibilidad de desalojar a los tiradores escogidos que nos estaban haciendo muchísimo daño.

A las cinco de la tarde, tras retroceder dos veces perdiendo lo que habíamos ganado, conseguimos consolidar nuestra presencia en la meseta mientras los marroquíes huían a la desbandada.

Su actitud no nos producía excesiva alegría; sabíamos a nuestra costa que, acostumbrados al combate de guerrillas -el avance y retroceso continuos en una eterna refriega- no harían otra cosa que reorganizarse de nuevo en el llano y acudir a acosarnos allí donde menos lo esperásemos.

Además, incluso entre los altos mandos comenzaba a decirse que aquella guerra estaba costando demasiada sangre. ¿Todo para qué?, se preguntaban algunos. Se había iniciado el conflicto sin contar con la adecuada preparación, con armamento inapropiado e incluso defectuoso.

Yo, entonces, era demasiado joven y estaba excesivamente enamorado de mi profesión para atreverme a opinar de semejante manera. No obstante, pensé que sería conveniente planificar las cosas de un modo distinto, en especial cuando supe que en los durísimos combates que tuvieron lugar en Beni-Arós, habíamos tenido ochenta bajas.

En el año 1921, en pleno verano, nuestras tropas sufrieron uno de los peores reveses de toda la campaña. Se perdió todo el territorio ganado durante el año pasado a costa de tantos sacrificios. Lo que se había logrado avanzar en dirección a Alhucemas, todo el terreno dominado entre el río Ameqrán y Melilla, se nos fue de las manos.

Hacía cierto tiempo que se venían observando señales de turbulencias entre los indígenas, cuando el General Fernández Silvestre decidió cruzar el río y ocupar Abarrán. La operación terminó con la derrota de nuestras tropas ante el ataque sorpresa montado por los cábiles.

Pese a los indicios que aconsejaban a los menos expertos un período de reflexión, los generales Silvestre y Berenguer creyeron que aquello no había sido más que una minucia sin la menor importancia en el curso de las operaciones.

Los acontecimientos posteriores se encargaron de desmentir su opinión, pues los rifeños hicieron coincidir la construcción del fortín español en Iguariben, al sur de Annual y Suroeste de Melilla, con una enérgica ofensiva mandada por Abd-el-Krim.

A partir de aquel momento el General Silvestre comenzó a comprender lo comprometido de la situación, aunque no alcanzó a reaccionar acertando con las disposiciones que podrían lograr un cambio de signo.

Muy pronto se produjo el desbarajuste. Ante la imposibilidad de levantar el sitio de Annual, cercada por las cábilas, el General Silvestre ordenó el repliegue.

Lo peor aún estaba por llegar. La retirada precipitada, sin puntos de apoyo, en un territorio inmenso, se convirtió en una desbandada en la que las tropas coloniales se pasaban al enemigo o desertaban marchándose sencillamente a sus casas.

La desmoralización se apoderó de casi todo el mundo. Quienes habían tenido la suerte de permanecer vivos hasta aquel momento y lograron conservar la serenidad

huyeron bajo un verdadero diluvio de proyectiles, a la carrera entre barrancos. Al que caía no se le hacía prisionero; se le acuchillaba en el santo suelo.

Las unidades que aún conservaban cierta apariencia de disciplina se dirigían hacia Melilla, que se había convertido en el lugar de reunión de los supervivientes de Ben-Tielo, Nador, Biumentan, Buháfora, Zeluan y otros puntos.

Ninguno de nosotros nos explicábamos cuál era la razón de que los indígenas no asaltaran Melilla ya que, seguramente, hubiera caído en su poder a causa de la escasa moral de quienes habían acudido a refugiarse en la ciudad.

Se decía entonces que el número de muertos rondaba los trece mil. El material perdido también alcanzaba una cifra de consideración: unos veinte mil fusiles, ciento veinte cañones, cuatrocientas ametralladoras, alimentos, medicinas y depósitos de municiones.

Lo que no he podido creer nunca fue el rumor muy extendido de que el General Silvestre inició las operaciones para demostrar al rey su valentía y que S.M. le jaleó con un telegrama que decía: “vivan los hombres valientes”. Don Alfonso XIII ha sido siempre un monarca sensato, incapaz de manifestaciones tan poco cuerdas.

Yo me encontraba por aquella época en el punto avanzado denominado Monte Arruit. Era el mes de julio; a finales. El calor apretaba de firme. Tampoco allí nos sobraba el agua y cuando los rifeños pusieron cerco a la posición la sed pareció aumentar, como el ardor del sol, en varios grados.

Los sitiadores estaban empeñados en desalojarnos de allí. El general Navarro que mandaba la posición concertó una tregua con los cabileños para tratar de conseguir el líquido elemento sin el cual era imposible resistir.

Aprovechándose del alto el fuego momentáneo varios indígenas lograron penetrar en la posición con la intención de posibilitar la entrada de sus fuerzas. A costa de muchos esfuerzos, conseguimos reducirlos, para lo cual no quedó otro remedio que utilizar las bayonetas en un cuerpo a cuerpo que nos costó tres bajas.

Pero esto no sería nada cuando después de trece días de asedio el general Navarro se vio obligado a rendir el fuerte y a todos sus hombres. En el momento en que se iniciaba la capitulación, los cabileños comenzaron a disparar sobre los primeros hombres que abandonaban las instalaciones esperando ser hechos prisioneros y tratados con algún respeto.

Aquello fue el inicio de una auténtica carnicería que no respetaba ni a las mujeres ni a los niños que intentaban huir.

Yo he tenido la fortuna de encontrarme entre los pocos oficiales y soldados que consiguieron hacer contacto, ya lejos de Monte Arruit, con una unidad que mantenía la operatividad para el combate. Estaba ileso pero no me encontraba bien. Desde hacía unos días sentía escalofríos y me notaba febril y débil. Hacía tiempo que habíamos agotado las reservas de quinina y los continuos choques con los rifeños

habían cortado nuestras líneas de abastecimiento por lo que no disponíamos de medios para reaprovisionarnos.

Durante mi estancia en el país había visto demasiados casos de paludismo para no reconocer en mí mismo los síntomas de la enfermedad. Un enfermero me vio cuando sufría uno de los accesos de fiebre y estuvo conforme con mi diagnóstico.

No mucho más tarde, y casi coincidiendo con la declaración de Abd-el-Krim proclamando la independencia de la república del Rif, fui evacuado al hospital de Tetuán y posteriormente al de Ceuta, plaza que disponía de un centro médico más adecuado para el tratamiento de aquel tipo de enfermedades, además de estar situada en la costa, en Punta Almina que gozaba de un clima más fresco y sano que el del interior.

Allí terminé de curarme la herida de bala que me había ganado en la huída del fuerte de Monte Arruit, la cual, por falta de atención, se había infectado y presentaba un feo aspecto y me impedía el movimiento del hombro y brazo derechos.

Permanecí en el hospital cerca de dos meses, recibiendo el alta a tiempo para incorporarme a las tropas cuya misión consistía en recuperar Monte Arruit. La operación me causaba gran alegría. Aunque en la guerra es conveniente conservar la cabeza fría y no dejarse llevar por apasionamientos inútiles, deseaba borrar la penosa impresión causada por la evacuación y la inmediata secuela de atrocidades cometidas contra inocentes.

Tres columnas mandadas por Berenguer, Sanjurjo y Cabanellas, en un avance simultáneo por tres frentes distintos, lograron apoderarse del fuerte sin encontrar demasiada oposición. Allí finalizaban nuestras esperanzas. Al penetrar en el patio del fortín nos dimos de bruces con un montón de cadáveres tirados por el suelo y con huellas de haber sido torturados por el fuego y armas blancas.

Se calculó que el número de muertos insepultos se elevaba a unos tres mil.

El desbarajuste de Monte Arruit así como el anterior de Annual ha tenido como consecuencia el intento de modernizar el armamento que hasta ahora nos era enviado. Hemos recibido noticias de que muy pronto contaremos con aviones y lanzallamas.

Pronto se iban a establecer negociaciones para llegar a un acuerdo sobre devolución de prisioneros. Sin embargo, las delegaciones española y rifeña no avanzaban en sus conversaciones pues Abd-el-Krim no mantenía criterios fijos. Hoy pedía una cifra y mañana exigía otra mucho más elevada, además de la devolución de todos los moros presos en cárceles españolas y el pago de cuatro millones como rescate de nuestros cautivos.

En mayo de 1922 volví a la península a bordo de la cañonera Laya, a cuya tripulación se concedió la Medalla Naval por su actuación en Africa. La travesía desde Melilla a Málaga y el viaje a Palma, donde pasaría dos meses de permiso, después de las experiencias vividas del lado de allá del Estrecho, fue un agradable paseo.

Cuando llegué a mi casa en Palma me encontré con una triste novedad de la que nada me habían comunicado. Mi madre se encontraba gravemente enferma y se había convertido en una pobre caricatura de la mujer que fue.

Antes de que se agotara el plazo de mi permiso recibí una comunicación del Ministerio de la Guerra. En ella se me daba a conocer que había sido trasladado al norte de España, con destino al Regimiento Príncipe número 3, de guarnición en Oviedo.

La noticia tuvo un sorprendente efecto sobre la salud de mi madre que, durante un corto espacio de tiempo, pareció recuperarse un tanto.

No obstante, cuando inicié el viaje hacia mi nuevo puesto en Asturias, me di cuenta del esfuerzo que tenía que realizar para expresar su alegría porque había logrado escapar de “aquella tierra de infieles, a salvo de balas y fiebres”.

También ella ignoraba lo que me había sucedido durante mi ausencia; en aquellos momentos hubiera sido un error imperdonable disipar su ignorancia. Así que me alejé de casa sin decir una palabra y temiéndome lo peor. Mi padre no pudo hacer otra cosa que confirmar mis temores.

Llegué a Oviedo una mañana de julio en la que la niebla me hizo preguntarme si me habría equivocado de tren yendo a parar a Londres.

La humedad teñía de negro los edificios que podía vislumbrar a través de la fina lluvia -más adelante supe que se llamaba “orbayu”- y experimenté tales escalofríos que temí una recaída de la malaria.

Afortunadamente, no había tal cosa, aunque los médicos que me habían tratado en Ceuta me habían advertido de la posibilidad de ocasionales ataques que solían convertirse en crónicos. En aquella ocasión se trataba sencillamente de la consecuencia de las largas e incómodas jornadas en el tren.

Dejando en la estación el escaso equipaje que me acompañaba, a aquellas alturas había aprendido a viajar con poca impedimenta, pregunté donde se encontraba el Gobierno Militar y acudí a presentarme.

Dos horas más tarde, cumplidos los trámites de rigor, aprovechando el desplazamiento de un incómodo camión militar, me dirigí al acuartelamiento del Regimiento Príncipe número 3, situado en las afueras de la población.

Había dejado de lloviznar y mi paso por las calles de la ciudad no me permitió ver nada que me llamara especialmente la atención.

El coronel del Regimiento me acogió con una deferencia que iba bastante más allá de lo que exigía la etiqueta militar y de lo que podía esperar un simple teniente.

Aquella noche cené y dormí en la residencia de oficiales donde pronto habría de hacer unos cuantos amigos con la rapidez nacida de encontrarse en la misma situación de soledad.

Casi no había tenido tiempo para habituarme al nuevo ambiente cuando mi padre me comunicó el fallecimiento de mi madre. Había sucedido hacía ocho días; prefirió no decirme nada antes ya que, de todos modos, no hubiera podido llegar a tiempo para encontrarla con vida. Podía estar tranquilo, afirmaba, no había sufrido. La muerte la sorprendió mientras dormía.

La noticia me causó un extraño estupor. Yo conocía la gravedad de su mal y muchas veces había intentado fortalecer mi resistencia ante el inevitable momento de su desaparición. Pero, cuando se produjo ésta, mis precauciones no sirvieron de nada; fue como si me hubiesen despojado de una parte de mí mismo.

No sé si la pérdida de mi madre tuvo algo que ver con las ideas y deseos que comenzaron a pasar por mi cerebro a partir de entonces. Lo cierto era que, hasta aquel preciso momento, no había vuelto a pensar en Africa, por lo menos a meditar en un posible regreso. Pero, la recepción de la carta de mi padre junto con las informaciones acerca de la liberación de los cautivos de Marruecos y el nombramiento del General Burguete como Alto Comisario de España, comenzaron a ejercer una nueva atracción, muy difícil de resistir.

Sin embargo, mis compañeros -aquellos dos o tres con quienes comenté lo que pensaba- me desaconsejaron la vuelta. En realidad hicieron algo más que tratar de persuadirme hablando conmigo; también lo hicieron con uno de los médicos militares, el doctor Cortés. Este me prohibió formalmente intentarlo siquiera. Aseguró que exponerme, otra vez, al clima y las picaduras del mosquito propagador de la malaria sería tentar al diablo.

— Como responsable de su salud, teniente, me opongo a darle de paso para cometer semejante barbaridad -dijo enarcando las cejas formidables.

Y así se zanjó definitivamente mi intento de volver a Africa.

Luego, los acontecimientos comenzaron a precipitarse, tomando un cariz poco apropiado para las especulaciones de tipo personal.

En Asturias, región muy politizada, con un pobladísimo censo laboral, se incrementó el descontento y la inquietud, siempre a flor de piel, declarándose la huelga entre los obreros metalúrgicos de la Sociedad Duro Felguera.

Con el natural malestar los militares supimos que en el Senado se había discutido un suplicatorio para procesar al General Berenguer, procediéndose al nombramiento de una comisión parlamentaria de veintiún miembros para investigar las responsabilidades derivadas del desastre de Marruecos.

Los malintencionados suponían a S.M. interesado en que no se pusiese en claro el verdadero culpable, diciendo que los generales Berenguer, Navarro y Silvestre se limitaron a seguir órdenes más o menos directas de propio rey. Cualquier persona con dos dedos de frente debería haber comprendido que en esos rumores no hubo el mínimo poso de verdad. Se trataba de una odiosa calumnia.

Por aquellas fechas finalizaron las maniobras anuales. Resultaron agotadoras aunque muy convenientes para poner a punto a la tropa. El acuartelamiento quedó prácticamente vacío, únicamente ocupado por una Compañía, mientras el resto de las

unidades del Regimiento orilló el Monte Naranco hasta llegar a la carreterilla que, haciendo eses, lleva a la cumbre después de dejar atrás los monumentos prerrománicos de Santa María y San Miguel de Lillo.

Allá arriba, utilizando la zona previamente acotada, hicimos ejercicios con fuego real, y descendimos luego por la vertiente norte hasta cerca de Lugones para regresar al cuartel. Antes de comenzar la larga caminata de bajada, pudimos ver como se encendían las primeras luces de Oviedo en un atardecer excepcionalmente despejado.

Si primero fueron los metalúrgicos, más tarde les siguieron los mineros de las cuencas carboníferas asturianas quienes rehusaron ir al trabajo, con la consiguiente intranquilidad de los ciudadanos.

En septiembre de 1923 se produjo, por fin, el pronunciamiento que esperábamos. El General Primo de Rivera decidió constituir un Directorio Militar que se hiciera cargo de la salvación del país, en peligro por la desastrosa actuación de los políticos. Su manifiesto suprimió los gobiernos civiles, y los asuntos que llevaban éstos pasaron a la jurisdicción militar.

La actuación del Capitán General de Cataluña era esperada por el ejército y temida por la clase política, aunque para los militares de guarnición en una población como Oviedo carecería de significado práctico inmediato.

Mi vida continuó desarrollándose con igual placidez y serenidad, con asistencia a conciertos, teatro y espectáculos deportivos, aparte de la regulada existencia castrense que yo había preferido a cualquier otra. La malaria parecía tratarme con cierta consideración pues únicamente se ponía de manifiesto de tarde en tarde, si bien cuando lo hacía me dejaba hecho unos zorros.

Un día, cuando ya me había integrado por completo en la vida local, conocí a una chica. Era morena y tenía unos espléndidos ojos negros. La vi por primera vez desde una platea que ocupaba en el Teatro Campoamor con otros oficiales del Regimiento. Ella se sentaba en el patio de butacas junto a sus padres y escuchaba con expresión complacida la música de no recuerdo qué zarzuela.

Uno de mis compañeros, Víctor, la conocía. Mejor aún, era pariente cercano. No transcurrió mucho tiempo sin que consiguiera que me la presentase y, exactamente seis meses más tarde, el capellán general de la Región Militar nos casaba en la Cueva de Covadonga, a los pies de la Santina.

El viaje de novios, no podía ser de otra manera, tuvo como destino Palma de Mallorca. Así mi mujer conocería a su suegro quien, a causa de una inoportuna enfermedad, no había podido asistir a la boda; de paso, tendría la oportunidad de trabar conocimiento con Son Olivet.

En un plazo muy breve tras la celebración de mi matrimonio, tuvo lugar el desembarco de las tropas españolas en Alhucemas, operación con la que se iniciaba el

éxito de la alianza con los franceses y se convertiría en el principio del fin del sangriento problema marroquí.

VII

PEDRO 1906/1917

El individuo de la pelliza no se tomó la molestia de esperar la respuesta, en realidad innecesaria. ¿Quién diablos iba a ser aquel chico? ¿Quién en sus cabales iba a estar sentado ante la puerta a aquellas horas? Y con semejante frío.

Así que, sin detenerse en la búsqueda, palpándose incesantemente los bolsillos, encadenó:

— Si siempre eres tan puntual no tendrás problemas; lo que más jode al patrón es que lleguemos tarde al tajo. Yo soy Teo, la segunda mula de carga; la primera es ésta. Se llama Rosina y no es mala persona, aunque a veces muerde y suelta coces... Ah, aquí la tengo. Creí que la había perdido -añadió introduciendo una llave de forma antiquísima en la descomunal cerradura-. Espera, espera que pasemos yo y Rosina -dijo abriendo las dos hojas del portón-. Ahora, pasa y no te acerques demasiado por popa, no vaya a darle un arrechucho y te sacuda un par de patadas. ¿Y tú, cómo te llamas?

Como si la réplica del chico no le importara un rábano Teo se volvió hacia la mula y le propinó un par de enérgicos fustazos con el extremo de las riendas y haciéndola marchar hacia atrás la situó entre las varas de un carro de reducido tamaño situado entre dos altas pilas de carbón en medio del amplio patio.

— Yo soy Pedro -logró articular el nuevo empleado que hasta aquel momento no había conseguido pronunciar palabra.

— Supongo que ya te habrán dicho lo que tienes que hacer. Por si las moscas, te diré algo más. El amo es el amo, pero tú vas a estar más tiempo conmigo que con él, así que si sabes lo que te conviene no te apartes del rumbo que yo te marque. No muerdo ni doy coces, pero hice la mili en la marina y aprendí algunos trucos. Que nos llevemos bien y tengamos calma chicha depende de ti. Y ya está bien por hoy. Además, ahí tienes al patrón -terminó Teo señalando a un hombrecillo gordo y un sí es no es jorobado, que cruzaba el dintel del portón.

— Buenos días -saludó alegremente el recién llegado-. Debes ser el hijo de Homobono. Tu padre me dijo cómo te llamas, pero lo olvidé -manifestó en tono de disculpa.

— Me llamo Pedro -repitió el aludido.

— Eso es, Pedro. Bueno, ya veo que conoces a Teo. Espero que hagais buenas migas; él te enseñará todo lo que necesites aprender. Ayúdale en lo que puedas y todo marchará bien. No te fíes un pelo de Rosina. Y, algo importantísimo: no admito faltas de puntualidad. La entrada es a las ocho en punto de la mañana, la salida a las cinco de la tarde, con una hora de descanso para la comida -de doce a una-. Esta, la comida o el almuerzo, si te sientes finolis, la hacemos aquí, todos juntos. Comemos lo que baja de casa mi costilla, que no cocina nada mal, como puede certificar Teo. Respetamos tanto la hora de entrada como la de la salida. Así que ya sabes, de ocho a cinco. El jornal, de acuerdo con lo que exigió Homobono, se lo entregaré a él cada sábado. Integro. Si él quiere darte algo, es cosa suya. A mí no me agrada el arreglo, pero al fin y al cabo eres menor de edad y él manda. ¿Estás al cabo de la calle?

— Sí, señor -admitió Pedro, pensando en que desde las seis o seis y media podría pasar las tardes en compañía de don Hipólito.

— Pues, venga; adelante. ¡Ah!, esperad un momento. ¿Sabes leer?

— Sí, señor -replicó el muchacho.

— Formidable. No todos los chicos de tu edad pueden decir otro tanto. Toma, Teo. Ahí tienes los encargos para hoy. Tal como te dije ayer, Pedro barrerá el patio y la oficina, te ayudará a llenar los sacos, a subirlos al carro, y mientras tú vas haciendo los repartos él seguirá llenando talegos.

Aquello parecía cosa fácil. No obstante, a la hora en que don José señaló el fin de la jornada desde el cuchitril denominado pomposa e indistintamente despacho y oficina, el bisoño empleado advirtió que estaba deslomado. Aunque estaba muy desarrollado para su edad, el incesante manejo de la pesada pala utilizada para acomodar cincuenta kilos de relucientes piedras negras en cada saco le había dejado brazos, manos, hombros y espalda hechos un puro dolor.

Teo, mientras él observaba con atención, relleno el primero, colocado previamente sobre la báscula. Parecía hacerlo sin esfuerzo alguno.

— Es la costumbre -se disculpó con modestia al observar las miradas admirativas de su compañero-. Enseguida lo harás como yo; ya verás.

Con don José y Teo, procurando esquivar las repentinas manifestaciones de veleidad de Rosina, Pedro pasó cerca de un año. El duro trabajo físico junto con la nutritiva y sabrosa comida cocinada por doña Margarita, la esposa del patrón, convirtieron al muchacho en un individuo fuerte y resistente.

Más de una vez había confesado a Teo, con el que inició una sincera amistad, que jamás había comido tanto y tan bien. En realidad, en casa de su patrón encontró una auténtica familia. Especialmente, la esposa muy pronto sintió por el pinche verdadero cariño. Tanto que habiendo advertido muestras de acusada inteligencia decidió que sería una pena malgastarla en un trabajo físico como aquel, rudo y con tan escasas

perspectivas, y por ello, arriesgando el enfado de su marido fue a ver a sus primos, propietarios de una imprenta en la calle Alvarez Lorenzana.

Doña Margarita era buena, estaba animada de excelentes intenciones y, sobre todo, derrochaba tozudez. Su esposo decía a este respecto que si a su mujer se le metía entre ceja y ceja hacer hablar a Rosina, la mula acabaría pronunciando el sermón de la novena de San Salvador.

De momento, la buena señora no comunicó a nadie sus intenciones, salvo a sus desprevenidos parientes a los que puso insistente cerco. Y un buen día, los dueños de la imprenta no pudieron resistir por más tiempo la enloquecedora presión y accedieron a sus pretensiones.

La primera noticia que tuvo Pedro sobre el cambio que se avecinaba fue la llamada de don José. A gritos requería su presencia en la oficina.

— A partir del jueves próximo dejas de trabajar aquí -le dijo.

— Pero ¿yo que hice?. Mi padre me va a matar.

— Tu padre se va a poner más contento que unas pascuas. El día uno empiezas a trabajar en la imprenta de mis primos. Bueno, primos de Margarita que fue la que maquinó todo esto. Con los parientes ganarás más dinero, la tarea será más descansada y podrás aprender un oficio. Eres un tío con suerte.

Cuando Pedro cambió el negro del carbón por el de la tinta estaba a punto de cumplir once años, poseía una cultura infinitamente superior a la común para su edad, dependía de un padre embrutecido por la bebida y disponía del apoyo de tres personas: el maestro don Hipólito, y don José y doña Margarita.

A aquéllas pronto se unirían otras dos: Alvaro y Enrique, primos de la mujer de su primer patrón y propietarios de la imprenta en que trabajaría hasta su llamada a filas.

Pedro “cayó de pie” en la pequeña empresa familiar. Casi desde el primer momento, fue considerado como de la casa. Su disposición para el trabajo en general y en particular para el que, andando el tiempo, realizaría allí, le granjearon la simpatía primero y la admiración de quienes lo trataban, después.

Al principio, se le encargaron las tareas más humildes; debía barrer, hacer desaparecer la basura que se producía en cantidades ingentes, limpiar los tipos una vez recuperados de la galera, redistribuir en los cajetines las letras y signos tipográficos cuidándose de separarlos para que el tipógrafo, a la hora de componer, encontrase en la parte superior izquierda las mayúsculas y en la parte inferior las minúsculas, los números, los signos de puntuación y los espacios.

Para conseguir la impresión adecuada -y en aquella imprenta nada que no estuviese perfectamente estampado salía a la calle- era preciso que los tipos, aparte de no estar excesivamente usados, reluciesen de puro limpios. Y así, Pedro invertía la mayor parte de su jornada laboral frotándolos con un cepillo especial empapado en

gasolina, hasta dejarlos brillantes como una patena. Pronto fue un maestro en la utilización de la “bruza” fabricada con cerdas ásperas y gruesas.

Allí también tuvo la fortuna de que se le facilitase el almuerzo, el importe del cual probablemente le sería descontado del jornal. Este último detalle no le preocupaba en absoluto ya que, como le sucedió en su primera ocupación, ni siquiera llegó a conocer a cuánto se elevaba. Homobono, con igual persistencia que un recaudador de impuestos, se presentaba en el negocio todos los sábados a media mañana, era introducido en la trastienda que hacía las veces de oficina y volvía a marcharse sin decir palabra.

Invariablemente, Alvaro, habitual encargado de los pagos, después de cada una de estas escenas, se acercaba a Pedro, enarcaba las cejas y decía con acento de auténtico pesar:

— Lo siento. Es una vergüenza, pero hasta que encontremos la forma de dársela con queso ...

El futuro tipógrafo, con una sonrisa de oreja a oreja, respondía:

— Peor para él. Va a gastárselo en el chigre. Yo estoy muy contento con ustedes.

Y era cierto. Pedro había salido ganando con el inesperado cambio. La calle Alvarez Lorenzana le pillaba más cerca de casa que la carbonería de la calle Santo Domingo y el trabajo era más llevadero y limpio. Cuando, alrededor de las siete y media, llegaba a casa de don Hipólito no tenía que luchar, como antes del traslado, con la fatiga y el sueño que le impedían aprovechar al máximo las lecciones del maestro.

Si hubiera dispuesto de suficientes elementos de comparación -y carecía de ellos por ser aún jovencísimo- hubiera jurado que aquella época era la más feliz de su vida. Y si lo hubiera hecho debería respondersele que su afirmación era inexacta, pues lo mismo podría haber afirmado de la que transcurrió junto a Teo, Rosina y sus primeros patronos.

De aquella errónea manera de pensar podría colegirse que la felicidad de aquel aprendiz de todo dependía de la mayor o menor distancia que le separase de su padre.

Una cosa echaba de menos en su nuevo empleo. El pan. No, no era que en casa de los amos actuales no se consumiera pan. Claro que se comía. Pero no era igual, al menos no le sabía lo mismo. El pan que iba a comprar, por encargo de doña Margarita, a la panadería “El Relámpago”, olía y sabía de manera distinta.

Ya cuando se acercaba a la tahona, faltando aún treinta o cuarenta metros para llegar a los escalones de piedra que daban acceso a la puerta, la fragancia procedente del horno tenía invadida la calle y el ambiente parecía trascendido de un gozoso humor festivo.

Luego, al ascender la pendiente que le reintegraría a los dominios de Teo y Rosina, cada cinco o seis pasos retiraba un extremo del paño en que llevaba envuelta la hogaza y aspiraba voluptuosamente su dulce aroma.

Pronto cayó en la cuenta, sin embargo, de que si el pan comprado en “El Relámpago” le había dejado un regusto inolvidable e irrepetible no era por su calidad

-por cierto, indiscutible-, sino porque había sido saboreado, por primera vez en su corta existencia, en cantidad suficiente y en compañía de personas de las que nada tenía que temer.

Los responsables del negocio comprendieron muy pronto que su prima Margarita ni se había ni les había engañado. El muchacho producía la impresión de estar animado por un sentimiento que le espoleaba a hacer las cosas bien, a aprender mucho y deprisa.

Los años que el hijo del matarife pasó en la imprenta, ejercitándose en el oficio que llegó a dominar como un verdadero artista, le proporcionaron la posibilidad de continuar aprendiendo de don Hipólito, que había llegado a experimentar por el alumno un cariño paternal.

Por eso, cuando a los diecisiete años Pedro se quedó huérfano -Homobono perdió la vida al ser repetidamente pisoteado por una res enloquecida- y el anciano maestro rogó que se trasladase a su casa, el alumno aceptó agradecido.

El nuevo domicilio, en la calle Jovellanos, junto al Convento de Santa Clara, estaba a dos pasos de la de Alvarez Lorenzana. En él, aparte de don Hipólito y la profusión de ratones que medraban a costa de los abundantes libros que llenaban el piso, no había nadie más. El inquilino había estado casado hacía muchísimos años, pero cuando ingresó en la cárcel su mujer lo había abandonado. Nunca más supo de ella. El matrimonio no tuvo hijos.

La incorporación de Pedro a su nuevo hogar estuvo señalada por el aditamento de un desgachado minino -previa solicitud del necesario consentimiento a quien tenía la potestad para concederlo. Tres meses más tarde el gato resultaba prácticamente irreconocible. Su piel relucía y había dejado de ser transparente. Los ratones desaparecieron como convocados por otro flautista de Hamelin y los libros no sufrieron posteriores depredaciones.

El pupilo de don Hipólito, observador por naturaleza, advirtió un día que aquél había dejado de parecerle un gigante. El paso de los años causaba efectos contrarios; el maestro disminuía de tamaño mientras él aumentaba.

A sus hermanos los veía muy de tarde en tarde. Uno de ellos continuaba trabajando en la tienda de comestibles; el otro, el que, contra su voluntad, se había visto obligado a iniciarse en la profesión de su padre, al desaparecer éste había ingresado en la Fábrica de Armas.

Sin embargo, a pesar de lo superficial de la relación que los unía, no menos despegada que cuando vivían juntos, le constaba que el fin de Homobono había representado para todos una auténtica liberación. Estaba completamente convencido de que para sus hermanos, también, la certeza de que la mano de aquél bárbaro desalmado no volvería a alzarse manejando la correa significaba el nacimiento a una nueva vida.

En 1915, cuando el oficio de tipógrafo ya no guardaba secretos para él, Pedro se vio obligado a realizar un viaje a Palma de Mallorca, dejando atrás cuanto había constituido su existencia hasta entonces. Al ejército no se le dan largas con disculpas sentimentales y el recluta, de muy mala gana, hubo de despedirse de Alvaro y Enrique, así como de don José, doña Margarita, Teo y Rosina.

El adiós que más trabajo le costó pronunciar fue el dirigido a don Hipólito. Se iba dejándole viejo y enfermo, aunque decidido a no demostrar cuanto le dolía la separación.

Le servía de consuelo el convencimiento de que el tiempo que habían pasado juntos sería decisivo en la formación de Perico, como gustaba llamar a su protegido en la intimidad.

Juntos habían leído mucho. Allí donde no alcanzaban los conocimientos del discípulo acudía el saber del maestro. Uno al lado del otro habían releído una y otra vez los capítulos más interesantes de “La conquista del pan”, “Ayuda mutua” y “La gran revolución francesa”, tres obras de Kropotkin que don Hipólito juzgaba especialmente pedagógicas.

La ayuda del entusiasta profesor fue inestimable cuando comenzaron la lectura de “El Capital”, de Karl Marx. En primer lugar, porque la edición de que disponían estaba en francés, y Pedro, aunque había recibido lecciones de este idioma, aún no estaba en condiciones de leerlo corrientemente. Después, porque los complicados conceptos que el autor utiliza al desarrollar su teoría económica quedaban fuera de su esfera de conocimiento.

De todas maneras, poco a poco, con muchas repeticiones y vueltas atrás, el antiguo aprendiz de carbonero llegó a comprender y a asimilar que “la riqueza de la sociedad moderna, cualquiera que sea su forma, es producto del trabajo, y puede ser medida en labor-tiempo humano. El proletariado se ve obligado a vender su trabajo por un salario que representa los medios escasamente necesarios para mantener la capacidad de trabajo. La labor del proletariado, cuando es utilizado y organizado por los capitalistas, produce la plusvalía del trabajo con un valor superior a los salarios pagados por su prestación. Esta es la plusvalía del trabajo; el crecimiento del capitalismo depende de la apropiación y acumulación de esta plusvalía en manos de los poseedores del capital únicamente. Así, la historia de la sociedad moderna es la historia de la lucha entre dos clases, la capitalista que absorbe las plusvalías, y el proletariado que las produce”.

Aquello era terrible, pensaba Pedro, pero absolutamente cierto. Cuando se marchó a Barcelona, primera escala de su éxodo a las Baleares, entendía que el servicio militar que estaba a punto de prestar no tenía otro objeto que engrosar las filas de un grupo cuyo fin último consistía en la defensa de las prerrogativas del capitalismo, pese a la autoproclamación de paladín de la unidad patria y guardián de la integridad territorial.

— Me parece -comentó con don Hipólito en una de sus últimas conversaciones- que todo eso no son más que palabras. ¿No le parece?

— Más o menos -respondió aquél.

La noche anterior al día de la partida, Perico recibió de manos de su padre espiritual una carta -muy extensa a juzgar por el volumen- dirigida a un viejo amigo y correligionario desterrado en Palma. — Tan pronto como te sea posible, vete a visitarlo y entrégale esto. Estoy seguro de que congeniareis; además puede serte útil. Lleva allí un montón de años.

La incorporación a filas le resultó traumática; no porque lo que se ordenaba fuese especialmente difícil, peligroso o extenuante, sino a causa de todo lo contrario. Le parecía imposible que le hubieran obligado a trasladarse desde Oviedo hasta Palma de Mallorca para colocarlo en una fila, entre otros chicos de su edad, y hacerlo pasar el día obedeciendo mandatos tan estúpidos como “media vuelta, derecha, alto, descansen”.

Aquello carecía de sentido. Era más propio de alocados chiquillos que de bigotudos y condecorados oficiales. ¿Es que no se le ocurría a nadie que lo que estaban haciendo allí podían hacerlo todos en sus lugares de origen?

Así que cuando, pasados tres meses en el campamento situado en plena Sierra de Alfaba, en el centro del triángulo formado por los jardines de Alfaba, Soller y Orient, fue destinado al Gobierno militar, muy cerca de la Catedral, aprovechó la primera oportunidad ofrecida por un permiso de fin de semana, y acudió a entrevistarse con el amigo de don Hipólito.

Preguntando aquí y allá dio con el número doce de la calle de la Cordelería -en pleno barrio judío- y allí, en una casa que debía amenazar ruina cuando Jaime I conquistó la isla, con don Arturo.

El destinatario de la carta leyó detenidamente la extensa misiva -tras preguntar al visitante si tenía prisa-, y luego de descabargar de la bulbosa nariz los gruesos lentes con montura de acero, se interesó por el estado de salud de su colega.

Se preguntaba Pedro si sería posible que entre tanta escritura no hubiera dado don Hipólito noticias de algo tan importante, cuando el mallorquín de adopción pareció adivinarle el pensamiento diciendo:

— Aquí, prácticamente, no se habla más que de tí; así que dime, ¿cómo está mi amigo?

Perico obedeció y respondió lo mejor que pudo. Luego, contestando a las preguntas de don Arturo, confesó su desconcierto ante la aparente inutilidad de su vida en el ejército.

— Me parece todo una soberana idiotez -concluyó diciendo.

— Tienes razón. Sin embargo, no lo tomes tan por la tremenda. Sopórtalo con calma y aprovecha esta oportunidad que te brinda la nación para conocer esto. Te aseguro que merece la pena. Por otra parte, ahora ya sabes donde vivo. Siempre que puedas y quieras, me tienes a mí y a mis libros a tu disposición. Además, cuando lo

desees, te puedo llevar a ciertas reuniones restringidas en las que se habla de temas que, de acuerdo con la opinión de don Hipólito, te interesan.

De esta manera casual, Pedro realizó sus primeros contactos con el PSOE, fundado por Pablo Iglesias en 1888 y que contaba en Baleares con un pequeño grupo de simpatizantes y afiliados. Durante los dos años que permaneció en filas, y por ello en el provisional exilio, el vástago del matarife asistió a varios encuentros celebrados casi siempre en domicilios particulares.

De aquellas reuniones solía salir poco menos que defraudado, y así se lo hacía saber a don Arturo.

— Creo que esta gente es muy tibia; de esta forma, pensando así, nunca llegaremos a ninguna parte -se lamentaba.

— Tienes que armarte de paciencia -le aconsejaba aquél-. Las cosas no deben precipitarse; todo se andará, pero por ahora es preciso tener calma y no poner el carro delante de los bueyes. Mira lo que nos ha pasado a nosotros por actuar con sinceridad. Además, ¿tú qué pretendes hacer?

— Yo quisiera -respondía invariablemente Pedro- acabar con tanta injusticia y tanta miseria como hay en el mundo. Unos trabajan como esclavos y se mueren de hambre para que otros -los menos- vivan a lo grande y no tengan más problema que evitar ponerse como cerdos cebados.

— Hay que tener cachaza -repetía el deportado frotando las manos gordezuelas de dorsos manchados por grandes pecas color tabaco-. Ya llegará nuestro momento.

Entretanto, indiferente a los problemas que podía acarrearle en aquel momento su decisión, Pedro se adhirió al PSOE, y al llegar a Madrid -a donde se proponía dirigirse tan pronto recibiese la licencia-, se afiliaría a la UGT.

En la capital de España esperaba encontrar acomodo en una imprenta que, además de encargos absolutamente legales, realizaba trabajos prohibidos por las autoridades. Don Arturo, al conocer su dominio de la tipografía, le había facilitado la dirección y el nombre del responsable, prometiendo, además, que en el momento oportuno se pondría en contacto con aquella gente para simplificar las cosas.

Sólo cuando navegaba a bordo del barco que lo devolvía a la península comprendió que había tenido la oportunidad de formar parte de paisajes diametralmente opuestos a los de Asturias, y de contemplar las quietas aguas de aquel mar azul distinto en todo al agitado Cantábrico.

Y viendo desaparecer a lo lejos la silueta de la Catedral, dejando atrás la bahía en la que se miraba la hermosa ciudad de Palma, se sintió empeñado en una lucha que, probablemente, no cesaría nunca; un combate en el que estaba llamado a sucumbir porque su conciencia se encontraba presente y dividida en dos bandos irreconciliables. Aunque no lo pretendiera, algo le impelía a lanzarse a la búsqueda de soluciones, a no permitir que la arbitraria situación, oculta bajo un manto de perfección y hermosura, se perpetuara.

A poco que se hurgase, tan pronto como se rascara la superficie, se encontraban la miseria y el atropello.

Aquí en las Baleares, quizás el clima, el sol y hasta la misma brisa suave y cálida, hiciesen más difícil el descubrimiento que allá en su tierra húmeda y fría. En la montañosa Asturias, especialmente en las cuencas mineras, tan pronto como soplaba el viento del norte y se disipaba la niebla, la estrechez, el peligro en el trabajo y la muerte quedaban al descubierto junto a la mezquindad de quienes preferían mirar a otro lado.

En aquel momento de lucidez, Pedro se juró que no dejaría de intentar, por cuantos medios tuviese a su alcance, cambiar la situación. Sabía que él, solo, no podía hacer nada, pero en unión de otros sus posibilidades crecerían, aumentarían hasta convertirse en una ola gigantesca que terminaría con la tiranía y los atropellos.

VIII

PABLO 1926/1930

Las horas habían transcurrido con tal rapidez que las dos semanas concedidas como permiso por matrimonio se deslizaron sin sentir. Mi mujer y yo nos encontramos de vuelta en Oviedo casi sin haber tenido tiempo a hacer nada de lo mucho que nos habíamos propuesto realizar en mi tierra.

De modo apresurado, apenas deteniéndonos lo imprescindible para darnos cuenta de donde estábamos, pasamos por la Cartuja de Valdemoso, las cuevas de Artá y del Drach, el torrente de Pareis, el puerto de Soller y poco más. Por supuesto, descansamos unos días en Son Olivet.

Tonet y Catalina habían dejado atrás la madurez y comenzaban a recorrer el camino que los conduciría a la vejez. Pero aquello no les impidió recibirnos tan afectuosamente como nos acogían a mis hermanas y a mí cuando aún formábamos una pandilla ruidosa y con ganas de ponerlo todo patas arriba.

El mutismo del piano en que mi madre interpretaba los Nocturnos de Chopin me resultó doloroso. Tanto que mi mujer, a punto de ocupar el taburete, sin duda para tocar algo, debió advertirlo y, volviendo a bajar la tapa en silencio, fue a asomarse a una ventana.

Aproveché aquella oportunidad para invitarla a que me acompañara a conocer el desván. Aquel lugar inmenso siempre había sido mi favorito entre los muchos preferidos en la finca. Para mí era una especie de cueva encantada en la que no había más que buscar con paciencia para encontrar cuanto uno desease. Lleno de armarios que ascendían desde el suelo hasta el techo, repleto de viejos baúles y descomunales arcones con herrajes, ofrecía a nuestra insaciable curiosidad todo lo que la más desbocada fantasía pudiera reclamar.

Allí se juntaban antiquísimos ropajes, capas, gabanes, abrigos, escaarpines, zapatos, botas, botines, calzas y jubones, faldas, camisas y justillos, en una mezcla que hubiera hecho las delicias de un ropavejero o del propietario de una tienda de disfraces.

No tengo ni idea de la cantidad de modelos distintos de sombreros, chambergos, chápíros y cubrecabezas de todo tipo acumulados por docenas en increíble amasijo.

Sin embargo, cuando logré que mi mujer accediera a ascender las no muy seguras escaleras que conducían allá arriba, recibí una desagradable sorpresa: la guardilla había disminuído de tamaño; parecía haber encogido. Por fortuna, continuaba conservando su antiguo encanto, del que no resultaba poco responsable la certeza de que quien se entretuviese en investigar podría tropezar con los objetos más insospechados.

Parece que cuando mis padres adquirieron finca y casa, los antiguos propietarios habían rogado a los nuevos que se deshiciesen de las antiguallas almacenadas bajo el tejado. El tiempo fue transcurriendo sin que la petición fuese cumplida y, además, a los anteriores fueron uniéndose nuevos trastos procedentes de la vivienda de Palma y de aquella misma.

A pesar del patente menoscabo que el paso de los años había operado -a mis ojos al menos- en el volumen de aquel depósito de sueños y objetos inútiles, pasamos un buen rato husmeando en roperos, cajones y arcas. Luego, con una última mirada desde la puerta, descendimos a la vida real. Al día siguiente regresamos a la ciudad, y dos días más tarde, a Oviedo.

La vida de un militar profesional, de guarnición en una ciudad norteña como la que me había tocado en suerte, era agradable y carente de complicaciones.

Dejando aparte las jornadas en que estaba “de semana”, durante las cuales me encontraba recluso en el cuartel casi las veinticuatro horas del día, el resto del mes era, en la práctica, dueño de mi tiempo. Bastaba con mi presencia durante la mañana y una breve aparición por la tarde para que el cometido que se me había asignado fuese debidamente realizado.

A medida que pasaron los meses fui estableciendo amistades con personas pertenecientes a la población civil de la ciudad, sin que esto quisiera decir que no tuviese relaciones muy estrechas con algunos de mis compañeros de profesión.

Entre las primeras, no sólo porque surgieron a poco de mi llegada a Oviedo sino por la intimidad que llegaron a alcanzar, estaban las que me unieron a dos excelentes personas casualmente bautizados con el mismo nombre. Ambos se llamaban Manolo, eran solteros y muy aficionados al fútbol y al billar.

Ellos fueron quienes me hicieron pasar por la experiencia, inexcusable para todo forastero, de trabar conocimiento con la sidra -la engañosa bebida regional causante de más de una sorpresa entre los incautos primerizos- a la que llegué a apreciar en todo su valor, si bien he de admitir que antes de conseguirlo transcurrió cierto tiempo sin concederle consideración alguna.

Mis dos amigos acudían casi a diario, y con frecuencia yo les acompañaba, a un acreditado establecimiento punto de reunión de entendidos catadores de la buena sidra. Era un viejo bar sobre cuya puerta de entrada campeaba un gran letrero de madera que decía: Casa Bango. Allí, frente a la antiquísima Plaza del Fontán, bajo los

arcos de piedra réplica de los del propio mercado en el que los campesinos venidos de los alrededores montaban a diario sus puestos de venta, se bebía sidra y se hablaba de lo divino y lo humano, sin más limitaciones que las impuestas por la educación y la locuacidad de cada uno.

Uno de los Manolos era funcionario de la Diputación Provincial; el otro atendía el negocio familiar, la panadería “El Relámpago”. Ambos pertenecían al “Círculo Mercantil”, instalado en un viejo caserón enclavado hacia la mitad de la calle del Marqués de Santa Cruz, frente al Parque de San Francisco, en el cual perseguían sañudamente sobre la mesa del tapete verde la carambola más complicada o el chapó más expeditivo. Pronto, presentado por mis dos amigos, pertenecí al Círculo en calidad de socio, lo mismo que al “Casino”, éste situado en un palacio edificado muchos años antes en la plaza de la Catedral.

Así, yo enemigo declarado de cuanto tuviese que ver con el baile, me vi obligado a asistir, unas veces de tiros largos y otras con más llaneza, a las numerosas fiestas que en aquellos centros de reunión social organizaban por un quítame allá esas pajas. La sospecha de que si en Oviedo lloviera menos no se celebrarían tantísimos festejos, nunca me sirvió de consuelo.

Me agradaba la ciudad, aunque no puedo ocultar que, especialmente al principio, aquella manera de llover me resultaba deprimente. El cielo dejaba caer agua como si le repugnara hacerlo, pero lo hacía con una tozudez desesperante. Para una persona como yo, habituada a un clima soleado y, por añadidura, procedente de Africa, la humedad omnipresente representaba algo inconcebible.

Mi primera mirada al levantarme iba dirigida a la torre de la Catedral, visible desde el balcón de la habitación que ocupábamos en casa de mis suegros en la calle del Rosal. Desde allá arriba, el punto más elevado del templo quedaba aproximadamente a la misma altura que me servía de atalaya. De diez veces ocho, la aguja de piedra de la basílica estaba rodeada por espesos nubarrones negruzcos. Ello representaba el inequívoco anuncio de que llovería durante todo el día. La profecía tenía su confirmación en un Monte Naranco encapotado y, por supuesto, en la presencia incansable, lenta y persistente de la lluvia.

Comenzaba a acostumbrarme, o por lo menos a tomar con filosofía la mortificante e insoslayable sensación de estar a remojo, cuando recibí la orden de trasladarme a Toledo para asistir a un cursillo de calistenia, al final del cual, de ir las cosas bien, obtendría el título de profesor de gimnasia.

A toda prisa hicimos las maletas -mi mujer se obstinó en acompañarme a pesar de encontrarse en estado- y a mediados de junio nos vimos formando parte del para mí bien conocido paisaje toledano.

En aquella fecha aún no había finalizado el curso normal y por ello era imposible encontrar alojamiento en el Alcázar. Además, yo acudía acompañado de mi esposa lo que, en cualquier caso, hubiera impedido me acomodasen en la Academia.

Por entonces la ciudad no disponía de establecimientos hoteleros dignos de tal nombre, circunstancia que nos obligó a hospedarnos en una fonda de mala muerte.

Mi mujer comprendió enseguida que su empeño en viajar a Toledo había sido un error. Prácticamente se veía obligada a pasar el día en completa soledad -cosa que, por otra parte, hacía juego con su nombre- en una ciudad que, según decía, “le caía encima”, sin conocer a nadie, sin tener nada que hacer y, para colmo, soportando las molestias aparejadas a su estado de buena esperanza.

Hacía un calor excesivo para la época y en aquel ambiente sofocante salir cuando no tenía a dónde ir carecía de todo atractivo.

Por otra parte, asomarse al balcón del cuartucho miserable que nos había tocado en suerte para contemplar la fachada de enfrente situada a noventa centímetros, tampoco le hacía gracia.

Comprendí que su situación era sumamente desagradable y traté de convencerla de que regresara a Oviedo. Al menos allí, junto a sus padres, estaría acompañada y mucho mejor atendida. Yo haría el viaje con ella, pues ya contaba con el permiso necesario.

No obstante, todos mis esfuerzos resultaron inútiles. Aunque en una de las vomitonas que la aquejaban se muriese, me dijo, se quedaba conmigo.

Y allí, tercamente, permaneció a mi lado los tres meses que duró el curso; rebelándose contra el sofoco agobiante de junio, el tórrido julio y el asfixiante agosto; abominando de lo retorcido, estrecho y empinado de las calles, y manifestando, en privado, su animadversión hacia el ordenanza que me había tocado en suerte, del que me decía pestes. Pero se quedó hasta el fin.

Para mí las cosas eran muy distintas. Me marchaba a primera hora de la mañana y regresaba a media tarde. Hacía cosas que me agradaban, moviéndome en el medio que constituía mi vida.

El primer día, al salir del despacho del jefe de estudios donde había ido a presentarme, alguien con voz conocida inquirió:

— ¿Qué tal por Africa, Bayo?

Se trataba del teniente Bolín; pertenecía a mi promoción y era un gallego de La Coruña, simpático y dotado de un gran sentido del humor.

Como pudimos comprobar más tarde, él y yo éramos los únicos procedentes de la misma hornada, dos tenientes entre un montón de capitanes y tres o cuatro comandantes. Aquel hecho nos acercó aún más, y aprovechábamos todos los ratos libres para hablar de nuestras cosas. El también se había casado; lo había hecho tan pronto como abandonó la Academia y ya tenía una hija. Estaba destinado en Valencia.

Tuve que contarle cosas de Africa, por la que últimamente se le había despertado gran interés. He de reconocer que la presencia de Bolín contribuyó en gran medida a que la duración de la estancia en Toledo me pareciese más corta de lo que en realidad

fue. Y, por fin, tanto mi amigo como yo pasamos los exámenes y fuimos nombrados profesores.

Al día siguiente, dejando atrás el Alcázar otra vez, nos dirigimos a Oviedo donde, tan pronto llegué volví a incorporarme al Regimiento. A partir de entonces, a mis obligaciones corrientes se unió la de monitor de gimnasia, de acuerdo con la cual debía enseñar casi a diario lo que había aprendido en Toledo. Afortunadamente, mis nuevas obligaciones no cambiaron gran cosa el género de vida que hacía antes de lograr aquella titulación pues la gimnasia se realizaba por las mañanas.

En octubre, menos de un mes después de nuestro regreso a casa, nació mi primer hijo. Fue bautizado en la iglesia de San Isidoro, viejo templo situado en la plaza del Ayuntamiento, parroquia a la que pertenecía la calle del Rosal donde teníamos nuestro domicilio.

Se le impuso el nombre de Pablo, el mismo que llevábamos mi padre, yo, y antes que nosotros un montón de generaciones, pues en la familia existía la tradición de que a los primeros hijos varones se les impusiera el nombre del apóstol.

Nuestra alegría fue completa pues mi padre, a quien le había sido imposible estar presente en la boda a causa de una enfermedad, sí pudo ser testigo del bautizo de su nieto. Vino a Oviedo acompañado por mi hermana Antonia, la única soltera, la cual residía con él desde la muerte de nuestra madre.

Aprovechando su estancia en Asturias, región que ambos mallorquines desconocían, mi suegro organizó una larguísima excursión, en la que los acompañó, que les permitió percatarse de la variedad de paisajes y de la belleza acumulada dentro de los límites del Principado.

Nada quedó por visitar; desde los límites de la provincia con las limítrofes de León, Santander y Galicia, todo -costa, llano y montaña- fue contemplado con detenimiento.

Mi padre quedó tan impresionado que, a su regreso a Palma decidió realizar algo que se pareciese a un homenaje a las tierras y gentes conocidas en el transcurso de su viaje y, en calidad de Presidente Honorario del “Fomento del Civismo”, pronunció aquel mismo año en dicho centro una conferencia titulada: “¡Asturias! Rápida impresión de un viaje”.

Entre otras frases dichas en honor del Principado, creo que hubo una que resume perfectamente la sensación que le produjo la contemplación de la tierra de mi esposa. Alguien le preguntó qué le había parecido lo que acababa de ver, y su respuesta, que recuerdo, fue:

— No parece sino que la naturaleza creó Asturias en un día de gran borrachera.

Creo que, efectivamente, lo contemplado durante aquel viaje fue algo muy especial que no pudo olvidar mientras vivió. Lástima que no tuvo ocasión de repetir la experiencia pues su avanzada edad y, sobre todo, su deteriorada salud que le condenaba a sufrir un achaque tras otro, se lo impidió. Estoy convencido de su interés por volver a visitar los Picos de Europa, el Cabo de Peñas, el Mirador del Fito y

tantos otros lugares que le habían causado tanta emoción. Pero era totalmente imposible.

Si desde el fallecimiento de mi madre había intentado que solicitase el traslado a Palma, escribiéndome con cierta frecuencia, a partir de su estancia en el Principado inició lo que me atrevo a llamar una campaña en toda regla.

Me constaba que, a pesar de la compañía de Antonia se encontraba solo. Habitado a verse rodeado de mucha gente, el sucesivo alejamiento de tres de sus hijas -Concha se había casado con un notario, Margarita con un militar y Paquita con un industrial fabricante de licores- le había causado un penoso efecto del que nunca llegaría a recobrase.

Yo comprendía sus peticiones de auxilio aunque, por otra parte, sentía reparo en proponer a mi esposa que abandonara la ciudad donde había nacido y vivido desde entonces. Finalmente, no pude hacerme sordo a las llamadas paternas y solicité plaza en Palma de Mallorca. La obtuve a mitad de 1927.

El traslado no suponía grandes inconvenientes puesto que aunque buscábamos piso aún no lo habíamos encontrado a nuestro gusto y seguíamos viviendo en el domicilio de mis padres políticos. Así que, con el consiguiente disgusto de éstos, una vez más hicimos el equipaje y emprendimos el viaje hacia donde nos aguardaban con los brazos abiertos.

La severidad, nota predominante en el carácter de mi padre, había desaparecido dejando a cambio una excesiva tolerancia puesta de manifiesto en el trato con su nieto Pablo.

En aquel aspecto yo no le reconocía. El que reprochaba a su esposa la mínima muestra de flaqueza en la educación de sus hijos, se había transformado en un ser pleno de blandura para quien cualquier capricho de Pablo pasaba a ser una orden inexcusable que nadie debía discutir.

Mi hijo corrió mucho más peligro de convertirse en un niño despótico y antojadizo que yo mismo ante la benevolente indulgencia de mi madre.

En cuanto a mi existencia en el plano militar no había experimentado cambio alguno. Era exactamente igual a la que había vivido en Oviedo, y primero Africa, antes de entrar en acción. Las ordenanzas militares dejan escasos resquicios por donde puedan colarse aires de renovación. Los cuarteles se parecen entre sí como dos gotas de agua y los días se suceden tan semejantes unos a otros que incluso para quienes, como yo, llevan en la sangre el espíritu militar llegan a causar cierto tedio al que, insensiblemente, nos sobreponemos.

Por entonces, mi padre ya no ocupaba la alcaldía de Palma, habiendo presentado, también, la dimisión de su cargo de senador. En ambos casos la salud y lo avanzado de la edad le habían aconsejado llevar una vida apartada del trabajo y los compromisos sociales.

Las mismas razones le impulsaron a ceder a su socio la parte que le correspondía en la casa de banca. Para no aburrirse demasiado en aquella inactividad forzosa, leía, tocaba el piano y, mientras pudo moverse, paseaba caminando con lentitud desde la casa en la calle San Juan hasta el Contramuelle, dejando atrás la Plaza de la Lonja y el Paseo de Sagrera.

Otras veces se iba a la Plaza Atarazanas y de allí al Museo Naval donde pasaba un buen rato contemplando los numerosos modelos de buques, entre los cuales figuraba el correspondiente al que bastantes años antes lo había llevado a América.

Creo que el tiempo que pasamos a su lado, y sobre todo la presencia de su nieto, representó para él un período muy dichoso; quizás el más feliz desde la desaparición de mi madre.

En el mes de abril de 1928 nació nuestro segundo hijo, otro varón, a quien bautizamos en la Catedral imponiéndole el nombre del abuelo materno; José.

Aquel acontecimiento tuvo gran importancia para mi padre y contribuyó, al menos esa fue mi impresión, a que su salud experimentase cierta mejoría. Durante unos días se le vio bastante recuperado, ocupándose personalmente de todos los detalles referentes al bautismo del nuevo nieto y a la fiesta que se celebraría a renglón seguido en Son Olivet.

Por cierto, si no recuerdo mal, aquélla fue la última vez que nuestra familia - quienes ya estaban en la isla y los que tuvieron oportunidad de desplazarse desde la península- se reunió en la finca. En realidad, a partir de la pérdida de mi madre, mi padre comenzó a sentir por aquel lugar una prevención a la que no consiguió sobreponerse, y poco después de aquella concentración se deshizo de ella vendiéndola como si su posesión le quemara en las manos.

Meses más tarde, supe que la Academia General Militar abandonaba su domicilio en el Alcázar de Toledo y pasaba a establecerse en Zaragoza donde se decía que contaba con instalaciones más modernas y acordes con los tiempos actuales. Mi compañero, el teniente Bolín, con quien había coincidido en Toledo no hacía mucho, estaba bien informado.

Casi por las mismas fechas, S.M. Alfonso XIII firmó el decreto que autorizaba la reorganización del gobierno -uno nuevo identificado por su carácter cívico-militar- que, de acuerdo con lo que pensábamos en ambientes castrenses no serviría para otra cosa que para alimentar el apetito de poder de la clase política. Desdichadamente, la "Unión Patriótica" fundada por el General Primo de Rivera encontró la oposición de numerosos enemigos. Tantos y tan poderosos que su proyecto de reforma de la Constitución iba a quedar sin efecto. Llegó a decirse que el general se proponía dimitir.

En diciembre de 1928 ascendí a capitán, con la mala fortuna, si el aumento de categoría puede considerarse así, de que en mi Regimiento no disponía de plaza para el nuevo empleo. Aquello quería decir que si no deseaba renunciar al ascenso debía solicitar plaza en otra unidad.

Por suerte, en Oviedo, en mi antiguo Regimiento Príncipe, número 3, no sucedía lo mismo. En marzo de 1929 estábamos de nuevo establecidos en la capital del Principado. Esta vez habíamos encontrado un piso en la calle de Policarpo Herrero, conocida más tarde por Santa Susana. Tenía la ventaja de estar a dos pasos de la vivienda de mis suegros. No disfrutamos mucho de él pues, a poco de instalarnos, mi suegra cayó enferma de gravedad y, para mejor atenderla, regresamos a la calle del Rosal. Ni siquiera la visita a un renombrado especialista de París dio resultado. Antes de finales de año, mi madre política falleció.

El estado de mi padre, a quien dejamos muy disgustado por nuestra marcha, no era nada tranquilizador. Arrancar de su lado a dos nietos no contribuyó a darle ánimos.

A poco de llegar a Oviedo comenzamos a recibir sus larguísimas cartas en las que mostraba el absoluto pesimismo que su soledad le dictaba. No puedo negar lo acertado de algunos de sus vaticinios; sobre todo a la luz de los acontecimientos que habrían de producirse no mucho después. La dimisión del General Primo de Rivera, su salida de España para París, su muerte lejos del país y la concesión de la autorización para celebrar actos políticos públicos, fueron avisos; pequeñas catástrofes preludio de otra de mayores dimensiones y consecuencias incalculables.

La renuncia al poder por parte del General pareció la señal para que mi padre insistiera incitándome a abandonar la carrera militar.

“Ahí en Asturias estais sobre un barril de pólvora que terminará haciendo explosión”, nos decía en uno de sus escritos. “El día menos pensado todo saltará por los aires. Se falta al respeto a S.M. el rey y así, ya se sabe, vamos al desastre. Volved a Palma. Por el marido de Margarita he sabido que en los ambientes militares existe un gran descontento y mucha preocupación”.

Aquello último era cierto. Casi coincidiendo en las mismas fechas se redujo a un año la duración del servicio militar y se celebró el que se llamaría “Pacto de San Sebastián”.

Los dos hechos representaban un duro golpe para las aspiraciones militares y, poco después, cuando quedó restablecida la ley de asociaciones y reuniones públicas, comprendimos que o se tomaban medidas muy severas o la República, que llamaba a las puertas del país, daría al traste con cuanto había sido hasta entonces nuestra forma natural y tradicional de gobierno.

Aunque yo, como militar profesional, no entraba ni salía de forma activa en cuestiones políticas, había nacido y vivido en un hogar en el que la trilogía Dios-Patria-Rey era sagrada e indiscutible.

Mi padre -y antes que él el suyo- había considerado que una orden real equivalía a un mandamiento divino. Que ahora surgiesen personas poniendo en tela de juicio cuanto había constituido nuestro credo nos parecía inconcebible.

Sin embargo, lo que en principio llegó a tomarse como una moda pasajera, importada de más allá de nuestras fronteras, pronto se transformó en algo más grave.

Con la suspensión de la censura previa para la prensa, en vigor desde la subida al poder del General Primo de Rivera, ciertos periódicos iniciaron una etapa en la que, con subterfugios, incitaban a la rebelión contra el orden establecido.

Y cuando en septiembre de 1930, Alejandro Lerroux logró ser escuchado por más de quince mil personas en la plaza de toros de Madrid, las palabras pronunciadas en aquel mitin republicano pusieron en claro las intenciones de su partido.

“La solución a la crisis actual”, dijo con toda seriedad, “es la revolución y después una abdicación pura en la soberanía del pueblo”.

Las alusiones a la desaparición de la Monarquía fueron tan diáfanas que, a partir de entonces, nadie podía llamarse a engaño y quienes veíamos en la persona de don Alfonso XIII la encarnación del supremo poder y de la autoridad máxima no debíamos albergar falsas esperanzas.

Especialmente, en circunstancias tan anormales como las que se estaban produciendo entonces, cuando la fidelidad y adhesión absolutas a la corona convivían a diario con la lealtad a los principios republicanos, podía suceder cualquier cosa.

En el propio ejército, dentro y fuera de los cuarteles, soplaban vientos de falsa libertad que decían agitarse en nombre del pueblo y en defensa de los intereses de los humildes.

La autoridad desaparecía cediendo el paso a la posición de falsos profetas que predicaban doctrinas mixtificadoras, y si bien era cierto que se realizaban gestos tranquilizadores, como la detención de Ramón Franco, comandante de aviación - piloto del Plus Ultra- y conocido republicano, todo quedó en mímica vacía de contenido pues pocos días después el rebelde se evadió de la prisión militar acompañado de un comandante detenido por estafa.

Dos jornadas más tarde, el comandante piloto acusaba al General Berenguer de ser el causante de la muerte de diez mil españoles en la guerra de Africa. La denuncia se formulaba en una carta escrita en términos injuriosos, remitida desde Bruselas, y constituyó una prueba de la descomposición reinante en el país.

Luego, a raíz de las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos, finalizadas con los fusilamientos de los capitanes Galán y García Hernández, se declaró en toda España el estado de guerra.

IX

PEDRO 1895/1905

Al entrar, el chiquillo dirigió una ansiosa mirada hacia el lugar en que, colgado de un clavo, la presencia del grueso cinturón claveteado denunciaba la ausencia de su padre.

En aquella ocasión él, Pedro, se le había adelantado, y la pesada correa permanecía en su sitio como un espantable recordatorio. Sin embargo, el hecho en sí mismo carecía de significación. Su seguridad personal dependía del humor con que el hombre regresara, del número de vasos de sidra trasegados o, simplemente, de su capricho.

Algunas noches, sin ofrecer explicación alguna, el cabeza de familia abría la puerta de la casa miserable, exigía a gritos la presencia de todos y, sin detenerse siquiera a quitar la chaqueta, descolgaba el instrumento de tortura e iniciaba un recital de cinturonzos sólo suspendido cuando apretaba la fatiga.

Cierto que los cinco hijos recibían su parte, incluso su madre fue ocasional receptora de algún golpe, pero no podía negarse que Pedro, el menor, era el predilecto destinatario de la brutalidad paterna.

No siempre había sido así. Cuando nació el chico, aquel pedazo de bestia que lo había engendrado pareció humanizarse, llegando hasta sentarlo sobre las rodillas mientras entonaba con voz cavernosa canciones apropiadas para un prostíbulo, aunque totalmente inadecuadas para inducir al sueño a una inocente criatura. No obstante, cuando contando seis años su hijo comenzó a ocultarse negándose a acompañar al trabajo al autor de sus días, el carácter desabrido de éste se convirtió en algo endemoniado. El hombre era una absoluta contradicción hecha patente desde cualquier punto de vista que se le considerara. Comenzando por su nombre, Homobono, que en aquel ser agresivo, violento e impaciente resultaba una auténtica burla, continuando con su aspecto inofensivo, de corta estatura, pese a lo cual poseía una fuerza hercúlea, y terminando por los ojos de mirada bondadosa, desmentida por la voz tosca y el vocabulario soez, parecía poco dotado para desempeñar su oficio,

aunque, en realidad, perfectamente capaz de inmovilizar una res y despacharla en un espacio de tiempo brevísimo.

Homobono era matarife. Ejercía en el matadero municipal de Oviedo, y de aquella profesión, odiosa a los ojos de Pedro, procedían los escasos ingresos que mal o bien permitían a los siete seres mantener unidos cuerpo y alma.

Dos veces había conseguido a base de derrochar energía, amenazas y golpes, que Pedro lo siguiese hasta el macelo, pero fue tanta la repugnancia y tan grande el terror experimentados por éste ante lo que vio, escuchó y olió que estaba dispuesto a soportar cuanto se le viniese encima con tal de no volver a repetir la experiencia.

El espectáculo de los pobres animales conducidos entre garrotazos y maldiciones al lugar en que se procedería a terminar con su vida resultaba aterrador. Vacas, terneros y puercos parecían dotados de un especial instinto indicador de lo que se avecinaba.

A raíz de aquellas involuntarias visitas el hijo del matarife comenzó a experimentar pavorosas pesadillas durante las cuales conmocionaba la casa con sus gritos. Sólo las manos de su madre sabían cómo hacer desaparecer las alucinaciones. La mujer, envuelta en el astroso chal que formaba parte integrante de su cuerpo, acudía al cuarto donde se amontonaban los cinco hijos y, caminando descalza para no hacer ruido, procurando no pisar el revoltijo de cuerpos tendidos en colchones esparcidos sobre el suelo, se acercaba al afligido, se arrodillaba a su lado y le acariciaba suavemente la frente. Allí permanecía temblando de frío hasta que cesaban los gemidos. Entonces, regresaba en silencio a la otra habitación en la que compartía el lecho miserable con su marido y se acostaba con movimientos cautelosos para no despertarlo.

Sin embargo, nada de lo que hiciese aquella mujer que le había dado la vida lograba hacerle olvidar el hedor a sangre, a vísceras y a excrementos. El recuerdo de aquella fetidez, más exactamente aún, de aquella amalgama de olores le acompañaría a lo largo de su existencia, si bien todavía no era, no podía serlo, consciente de ello.

Por el momento, aquel tufo insoportable le seguía a todas partes como si hubiera ocupado sitio tan hondo en su interior que ya, jamás, sería capaz de arrojarlo fuera de sí, y a partir de entonces, en su mente infantil y enormemente despierta en la que toda impresión permanecía profundamente grabada, quedaron asociados para siempre la idea de la muerte y la de la pestilencia olfateada al lado de su padre imperturbable.

Pedro supo muy pronto que estaba destinado a seguir los pasos de aquel bárbaro a quien debía obediencia y respeto. La madre se oponía. Rotunda e incansablemente argumentaba utilizando cuantas razones le sugería su escasa preparación. Ella quería que su pequeño estudiase. Tenía que ir a la escuela para empezar a ponerse en condiciones de alcanzar algo mejor, algo más importante que la indecente tarea de su marido.

— Será todo lo indecente que quieras -gritaba Homobono-, pero, cuando te traigo algo de allí, ¿es que no te gusta?. Además, aquí se hace lo que yo mando.

Las discusiones acerca del futuro del benjamín de la familia estallaban tan pronto como la pareja se reunía. Los gritos se convertían en rugidos, sin que los vecinos del piso superior sintieran la menor curiosidad. Únicamente de tarde en tarde, si la agarrada pasaba de los términos archiconocidos, Ramón, perteneciente al servicio de limpieza a punto de jubilarse, aplicaba dos o tres enérgicos porrazos en el suelo con el primer instrumento contundente que tuviera a mano.

En casos así, Homobono dirigía la vista al techo y con tonante vozarrón se limitaba a chillar:

— ¡Ya...!

Y, tras la tácita promesa de conversación más pacífica y menos bullanguera, continuaba desgañitándose para afirmar que Pedro sería, como él, matarife.

Encarna, la mujer del energúmeno, tampoco prestaba mayor atención a los designios de su marido. Parecía imposible que aquella escuálida mujer poseyese tanta energía y constancia para rebatirle sin desmayo ni temor.

Finalmente, la debilidad triunfó sobre la fuerza y, aunque a regañadientes, Pedro fue presentado al maestro de la escuela a la que, desde el día siguiente, acudiría todos los de la semana, excepto los jueves por ser jornada no lectiva.

Su madre, después de peinarse con desgana las greñas y cambiar las zapatillas por unos viejos zapatones -pero sin apejar la eterna manteleta- lo acompañó a casa de don Hipólito. En realidad, no era precisa una ceremonia excesiva. Además, quedaba allí cerca, sin salir del barrio de Teatinos donde todos se conocían.

Pedro, asiendo fuertemente la mano de su madre, caminaba contento aunque un poco intranquilo. Desde luego prefería mil veces la escuela al matadero, pero también conocía a don Hipólito, el maestro, un atlético individuo que rondaba los dos metros de estatura, de ojos amenazadores bajo enormes cejas pobladas de negríssimos pelos, tiesos como clavos.

Los alumnos de don Hipólito contaban de su profesor las cosas más peregrinas. Se decía que si al preguntar la lección a un alumno lo miraba con fijeza, aquel olvidaba al instante cuanto sabía; aunque conociese de carrerilla la respuesta. Se rumoreaba que en una ocasión, después de observar con persistencia a un escolar, éste no pudo despegar los pies de la tarima a la que se había encaramado para escribir en el encerado. Aseguraban que fueron necesarios los esfuerzos combinados de media docena de chicos y que el maestro dirigiese la vista a la ventana para lograr apartarlo de allí.

Claro que, ya se sabe, los chavales son muy impresionables y exagerados.

De todos modos, el nuevo alumno del extraño pedagogo, no tuvo ningún motivo para lamentar el encuentro pues, desde el primer momento, Pedro disfrutó de su indulgencia. Claro que el vástago de Homobono era inteligente, estudioso y su comportamiento en clase fue siempre ejemplar.

El sistema educativo seguido por don Hipólito no formaba parte de plan pedagógico alguno. No figuraba y probablemente no se incluiría jamás en ninguno. Exigía un nivel de conocimientos demasiado alto y una pasión por la enseñanza tan elevada que se encontraba más allá de las posibilidades de los enseñantes normales.

Y, no obstante, era algo sumamente sencillo. Consistía, simplemente, en no exponer nada fuera de su contexto. Por ejemplo, si hablaba de la caldera de vapor no se limitaba a decir por quién, en dónde y cuándo había sido inventada, sino que, con palabras sencillas, comprensibles para quienes le escuchaban generalmente con la boca abierta como ante la narración de un cuento maravilloso-, explicaba las condiciones políticas y económicas del mundo de la época, hacía la descripción geográfica que seguía ríos, mares y costas, comparaba las circunstancias de la vida de los naturales de las naciones vecinas a aquella a que se había referido en primer lugar.

Don Hipólito no se conformaba con tan poco. Decía, y no se cansaba de repetirlo, que la mente humana venía a resultar como una placa fotográfica, sólo que más dura y olvidadiza. Por esa razón recomendaba -y practicaba también- la continua lectura.

— Aunque los libros no se comen -afirmaba con acento convencido-, pueden quitarnos el hambre, pues cuando estamos sumergidos en sus páginas llegamos a olvidar el vacío que hace sonar nuestras tripas. O sea -terminaba fulminando con la mirada a sus perplejos alumnos-, la letra impresa alimenta.

El procedimiento preconizado por el original maestro no eliminaba de raíz la gazuza crónica que padecía Pedro aunque, ciertamente, la hacía más tolerable. Por otra parte, de su contacto con don Hipólito nació el insaciable afán de saber que habría de acompañarle hasta el fin de sus días.

Al principio, cuando el chiquillo salía de la escuela y tomaba el camino de la cueva infecta que le servía de domicilio, llevaba la cabeza repleta de palabras nuevas -la mayoría aún incomprensibles- de las que, como inagotable música de fondo, destacaba la de anarquismo.

Más tarde, aunque continuaba sin penetrar en el significado de las ideas preconizadas por Bakunin, Kropotkin y otros, sus nombres y andanzas comenzaron a resultarle familiares.

Especialmente, la agitada trayectoria del príncipe revolucionario Piotr Kropotkin le había cautivado desde la primera vez que la escuchó de labios del profesor. El relato de la pletórica biografía de aquella desbordante y contradictoria personalidad - sus exploraciones geográficas y geológicas en Siberia y Escandinavia antes de visitar Europa; su asociación en 1872 a la sección anarquista de la Primera Internacional; su vuelta a Rusia, donde había sido encarcelado; la posterior fuga a Inglaterra y más tarde el viaje a Suiza de donde fue expulsado; el traslado a Francia en donde, de nuevo, fue condenado a prisión; el regreso a Inglaterra, donde se estableció tres años más tarde- todas aquellas idas y venidas de un lejano país a otro más remoto aún excitaban su fantasía.

Tiempo después, al saber que, en ruso, Piotr quería decir Pedro, se sintió aún más atraído hacia aquel misterioso individuo de quien el propio don Hipólito hablaba con enorme respeto.

Luego, aunque entendiendo sólo a medias las explicaciones sobre aquellas cuestiones, fue habituándose a los vocablos “libertad social” y “justicia” que, algunos años después, formarían parte de su léxico corriente.

Por otro lado, la permanencia en la escuela le resarcía con creces del continuado vía crucis que la estancia en su propia casa suponía. En ella, con la única excepción de su madre, todos se dedicaban a la práctica de un nuevo deporte consistente en tomarlo como objeto de burla y paradero de golpes. Los hermanos, crueles como todos los jóvenes, se servían de él para vengarse despiadadamente de los mamporros que el padre distribuía un día sí y otro también sin el menor motivo que los justificase.

Años más tarde, Pedro reflexionaría recordando aquellos tiempos y no tendría inconveniente en reconocer que, con toda seguridad, los malos tratos recibidos de los de su misma casta habían tenido mayor influencia en su temprana comprensión del concepto de injusticia que cuantos libros había leído sobre el tema.

Homobono, entretanto, lejos de haberse resignado a la pérdida del aprendizaje aprovechaba cada oportunidad en que el benjamín se colocaba a tiro y, de palabra o de obra, o de ambas formas a la vez, abusaba de él propinándole dolorosos zurriagazos.

Si la madre, poniendo en evidente peligro su integridad física, se interponía, el bruto alcanzaba la cima de la irritación y profería terribles amenazas que ponían la carne de gallina al chiquillo.

— Te llevaré allí arrastrándote de los pelos. Y acabará gustándote; ya lo verás. Voy a terminar con tu jodida delicadeza -gritaba exasperado-. En cuanto pierdas ese miedo idiota al color de la sangre, lo demás, eso que tú llamas el olor a tripas y mierda, te sabrá a gloria.

El energúmeno permanecía en silencio unos instantes, como buscando en su interior redoblada inspiración y continuaba iniciando la nueva tirada con una horrible blasfemia.

— Ya sé, ya sé; hay un remedio que no falla. Te voy a restregar los morros con un buen montón de mierda; verás como se te quitan esos remilgos de señoritinga, marica, que eres un marica.

Después del desahogo verbal, venía el físico que finalizaba con una paliza monumental.

Las cosas empeoraron para Pedro cuando Homobono sufrió la fractura de un brazo y permaneció sin trabajar durante tres meses. La madre, para compensar la pérdida de salario, empezó a asistir por las casas a cambio de un escaso estipendio. A

pesar de su precario estado de salud pasaba la mayor parte de la jornada fuera del hogar dejando campo libre al marido amargado y rencoroso que aprovechaba la oportunidad para someter a sus hijos a nuevas y más inaguantables indignidades.

Manolo y Arturo, los dos hijos mayores -el primero de diecisiete años, y de dieciséis el segundo- incapaces de soportar durante más tiempo las arbitrariedades y malos tratos paternos desaparecieron del hogar sin dejar rastro.

Veinte años después, debido a una serie de circunstancias fortuitas, se supo que los dos hermanos habían logrado viajar como polizones hasta la isla de Cuba, a bordo de un barco que hacía la travesía partiendo del puerto del Musel, en Gijón.

El único comentario realizado por el matarife cuando transcurrieron varias jornadas sin que se obtuvieran noticias acerca del paradero de los muchachos fue que “sentía mucho no recordar cómo era lo que solía decirse en casos parecidos; era algo relacionado con el enemigo y un puente”.

Para la madre, por el contrario, aquella doble escapatoria representó un golpe cruel del que jamás llegó a reponerse: a partir de entonces, su salud empeoró y su aspecto se transformó repentinamente en el de alguien de mucha más edad de la que contaba en realidad.

Los tres hermanos que aún permanecían en la mal llamada casa familiar lamentaron sinceramente el inesperado eclipse de Manolo y Arturo. ¡Razones tenían para ello!. Las palizas y humillaciones que a diario se producían allí habrían de ser repartidas entre un número menor de destinatarios.

Nada tenía de extraño que Pedro procurara pasar más tiempo en la escuela que al alcance de Homobono. Don Hipólito parecía comprender la situación de su alumno más despierto y cuando, terminadas las clases, el resto de los escolares abandonaba el aula, armando una bulla fenomenal, encontraba para él una tarea suplementaria que le obligaría a permanecer a su lado un buen rato.

Durante estas sesiones educativas privadas el dómine solía dedicar unos minutos a narrar la vida y milagros de los apóstoles del anarquismo, algunos de ellos contrasentidos vivientes, que arrastraban una existencia frontalmente contrapuesta a lo que podía esperarse de su fortuna y posición social.

Uno de los personajes que más llamaron la atención del entusiasmado aprendiz fue Mikhail Bakunin, nacido cerca de Moscú en 1814 en el seno de una familia aristocrática. La biografía de este paradójico noble pasaba por tal cúmulo de circunstancias azarosas, aventuras, temporadas en la cárcel y fugas espectaculares que parecía la respuesta a las oraciones de un autor de novelas de acción falto de inspiración.

Pedro, con los ojos muy abiertos, escuchaba asombrado los lances del incansable excadete de la academia de artillería de San Petersburgo, sus correrías por Alemania, Suiza, Siberia, Japón, Inglaterra, Polonia, Suecia, Italia...

Bakunin era hombre dotado de un temperamento individualista, tempestuoso e impulsivo que le granjeó la enemistad del Zar, el cual confiscó sus propiedades y lo condenó por desertor. Habiendo tomado parte en una insurrección en Alemania, fue

condenado a muerte, si bien en vez de ser ejecutado fue entregado a los agentes del Zar, que le perseguían desde hacía años. Como consecuencia se le castigó a siete años de cárcel antes de ser enviado a Siberia de donde escapó a Japón a bordo de un barco americano.

Con todo, lo que más impresión causaba en el ánimo de Pedro era el hecho de que Bakunin, perteneciente a una clase privilegiada, rica y de sangre azul, despreciando aquellas prerrogativas que le correspondían por nacimiento, se entregara apasionadamente a organizar la revolución contra lo establecido, preconizando la destrucción del estado centralizado y la insurrección de las masas de campesinos y obreros como primer paso hacia un orden social basado en la total libertad, igualdad y fraternidad.

Don Hipólito, con paciencia franciscana, explicaba, repetía y aclaraba aquello que a su juicio podía no ser comprendido por su discípulo, y veía con satisfacción de artista cómo en aquel joven cerebro las ideas comenzaban a abrirse paso cada vez con mayor rapidez.

En una ocasión, hablando de lo fácilmente que las opiniones pueden conducir a la cárcel a quien las expresa con candidez, el maestro confesó:

— Si no me engaño, tienes ahora nueve años. En estos tiempos se madura pronto o no se hace nunca. Tú eres un chico despierto que no tiene pelo de tonto. Además, he comprobado que sabes mantener la boca cerrada. En resumen, pronto serás un hombre. Por esto voy a decirte algo que prefiero sepas por mí mismo en vez de enterarte en la calle. Yo he estado en presidio. Fue antes de venir trasladado a Oviedo, cuando ejercía en Badajoz, mejor dicho, en Don Benito. Allí dije cosas que mejor hubiera callado, me puse al lado de los jornaleros a quienes algunos hacendados trataban peor que al ganado; hubo una denuncia, me acusaron de lo que, de verdad era, en el juicio no lo negué, me encarcelaron tres años, y luego me desterraron aquí...

Pedro no sabía que decir. Ni siquiera se atrevía a mirar a don Hipólito. Finalmente, se levantó del banco en que se sentaba, recogió sus libros y cuadernos, y se dirigió a la salida. Desde la puerta, intentó decir algo, y no pudo hablar.

Al día siguiente, Pedro no acudió a la escuela. Un hecho desgraciado se lo impidió. A primera hora de la mañana, antes de que se levantase el más madrugador de los hombres de la casa, la madre se subió a una silla desvencijada para tratar de eliminar de los cristales de una ventana la suciedad que los empañaba permanentemente. Cuando se afanaba en alcanzar a la parte más alta, el asiento trastabilló y al intentar contrarrestar la oscilación hacia adelante la mujer se inclinó violentamente hacia atrás precipitándose al suelo y golpeando la base del cráneo contra el borde de una mesa. La muerte fue instantánea.

El fin de aquella engañosa mujeruca -engañosa, porque a su aspecto frágil y achacoso oponía un ánimo inquebrantable- significó el principio de una nueva vida para los tres huérfanos recientes. Tan pronto como regresaron del cementerio, el matarife explicó a sus hijos cómo se proponía que la casa funcionara a partir de entonces.

— Aquí se acabó lo de comer la sopa boba. El que quiera llenar la tripa tendrá que ganarse los garbanzos. Ninguno de vosotros perderá el tiempo con libros y pizarras. Ya que tú eres demasiado blando para hacer lo que yo hago, vendrá conmigo Lisardo -les dijo, dirigiendo al cinturón una significativa mirada-. Juan seguirá en la tienda de comestibles y tú, Pedro, vas a empezar en la carbonería de la calle Santo Domingo. El dueño es amigo y necesita un pinche. Mañana te despides del maestro. Tú, Lisardo, quedas encargado de la comida. Como vas a estar muy cerca de mí, ya te diré cada día a qué hora tienes que venir a prepararla. Si alguno no está conforme que lo diga ahora mismo- ordenó con una nueva ojeada al instrumento de tortura.

Naturalmente, ninguno de los muchachos se atrevió a manifestar su descontento. Hacerlo representaba enfrentarse con aquel cascarrabias que no precisaba de excusas para entrar en acción.

Si Homobono sintió la muerte de su esposa fue algo que nadie pudo saber. Continuó haciendo la misma vida de la que formaban parte el regreso a las tantas, la entrada con paso vacilante, la lengua tartajosa, los reniegos y las palizas, pero a la esclava que había sido la madre de sus hijos y criada para todo no volvió a mencionarla jamás.

Los días que siguieron al de la muerte de su madre Pedro, embotado por el dolor, no tuvo conciencia plena de lo sucedido. Después, cuando lo comprendió, careció de tiempo para lamentaciones.

La despedida de don Hipólito fue un trago muy amargo, suavizado, no obstante, por la oferta del maestro:

— Cuando hayas terminado en la dichosa carbonería, vete por casa; ya sabes dónde vivo. Allí no encontrarás más que libros y mi amistad. Seremos amigos; la diferencia de edad no tiene importancia. Yo te enseñaré algunas cosas y tú me mantendrás al corriente de lo que sucede en el mundo de los jóvenes. Ah, y será completamente gratis. Si alguien tuviera que pagar sería yo.

Pedro aceptó agradecido y cuando se fue de la escuela en la que se había presentado después de la hora de salida, explicó la razón de su abrupta despedida tres jornadas antes.

— Me contó que lo metieron en chirona. No quería que me viese llorar porque también me dijo que ya era casi un hombre. Por eso escapé sin decir nada.

— Comprendo, Pedro; pero, quisiera que me aclarases algo. ¿Cuál era el motivo de tus lágrimas?. Dime la verdad.

— Lloraba de rabia, porque aquello fue una injusticia.

— Puedes estar tranquilo, muchacho. Cuando lo que empuja hacia afuera las lágrimas es algo tan noble como la ira ante la injusticia, no existe motivo para

avergonzarse. Al contrario. Anda, ahora vete y vuelve cuando puedas hacerlo sin correr el riesgo de que se entere ese salvaje que tienes por padre. Recuerda que estaré en casa.

A las siete de una mañana fría y húmeda, Pedro salió de su casa después de beber un tazón de leche caliente. Para llegar a la calle Santo Domingo debía cruzar una zona en la que escaseaban las edificaciones. Ni siquiera el Ayuntamiento había llegado allí con el beneficio de la urbanización y, por esta razón, Pedro debía caminar dando traspies, atravesando prados y lodazales. Lo hacía con el espíritu ausente, aunque su estado anímico no le impedía mordisquear, de cuando en cuando, el trozo de pan bastante duro del que se había apoderado en un descuido de su padre.

El discípulo predilecto de don Hipólito entraba y salía de los charcos que el azar colocaba en su camino pensando en la tarea que le aguardaba en la carbonería. La única luz que iluminaba sus pasos era la difusa del amanecer en lucha con las tinieblas nocturnas.

El pan se había terminado hacía rato cuando Pedro se encontró ante el alto portón que daba entrada al establecimiento en que prestaría sus servicios desde aquel día. Estaba cerrado. En la calle larga, estrecha y empinada no se veía un alma. Entonces, decidido a aguardar lo más cómodamente posible, tomó asiento en uno de los guardacantones situados a los lados de la enorme puerta. Hacía frío. El silencio era tan grande que el muchacho pudo escuchar los latidos de su corazón.

Tras lo que le pareció una eternidad se adormiló y estuvo a punto de caer al suelo. En aquel momento, una viejecita arrebujada en un chal muy semejante al que usaba su madre salió de un portal cercano y mirándole con curiosidad pasó en silencio a su lado dirigiéndose hacia la parte inferior de la calle en dirección al Convento de los Dominicos.

Al poco tiempo, procediendo de la zona baja, comenzaron a oírse los pasos de una caballería. Se acercaban pausadamente arrancando de las viejas paredes extrañas resonancias.

Debían faltar escasos minutos para las ocho cuando, viniendo del punto más elevado de la solitaria vía, surgió un farolero que procedió a extinguir la mortecina luz de gas del farol adosado inmediatamente debajo del balcón principal de una casa próxima. Luego, después de dirigir a Pedro un “hola” rebotante de curiosidad, siguió los pasos de la anciana.

Casi inmediatamente un individuo alto conduciendo por la brida una mula de gran alzada se detuvo ante el portón, contempló durante breves instantes al chico y mientras rebuscaba en los bolsillos de la gruesa zamarra la llave que se negaba a aparecer, aventuró:

— Tú debes ser el nuevo, ¿eh?

X

PABLO 1931/1938

El nuevo año trajo a los españoles dotados de sentido común un nuevo motivo de preocupación. El General Berenguer presentó su dimisión como jefe del gobierno; habían transcurrido únicamente seis días desde el anuncio de la convocatoria de elecciones.

El Rey se encontraba cada vez más apartado del centro efectivo de poder, y si hasta hacía muy poco tiempo los monárquicos eran reacios a formar parte del gobierno, luego se declararon claramente enemigos de hacerlo.

Por otra parte, he de reconocer, aunque me duela, que en la opinión pública generalizada se estaba produciendo un giro favorable al republicanismo y, lo que era peor aún, en el ejército -o en gran parte de él- aumentaba progresivamente el descontento con la Corona ante lo que consideraban una acumulación de desaires.

Cuando el Almirante Aznar, encargado por S.M. de formar gobierno, se decidió a realizar la difícil tarea eligió el que habría de ser conocido por el nombre de “gobierno de concentración dinástica”. Estaba constituido por cinco nobles, un general, dos almirantes y tres profesionales pertenecientes a la alta burguesía.

Al mes siguiente fueron convocadas las elecciones municipales para el mes de abril. Cuando se celebraron, los acontecimientos desbordaron las más pesimistas previsiones de los monárquicos. Como, en general, a las elecciones se les había concedido el carácter plebiscitario y, a nivel nacional, los partidos monárquicos fueron estrepitosamente vencidos por los antimonárquicos, la oposición acabaría imponiendo un cambio de régimen.

Dos días más tarde, el 14 de abril de 1931, la República fue proclamada en el país. En algunos medios cercanos a la Corona se adujo que el desastre había sido obra de los propios monárquicos con la aceptación de la Dictadura de Primo de Rivera -autoritario, clasista e incapaz de resolver los auténticos problemas de España-. No faltó gente que afirmó que también el gobierno del General Berenguer, dando largas al asunto de las elecciones consiguió radicalizar la oposición y volver recelosos a los simpatizantes del Rey.

El ejército, en su mayoría, no tuvo otro remedio que apoyar el triunfo republicano y consentir que en el último Consejo de Ministros se tomara la decisión

de invitar a S.M. a que abandonase el país, cosa que hizo, a las nueve y cuarto de aquella misma noche, emprendiendo viaje hacia Cartagena donde embarcaría rumbo a Marsella.

Aquellos que, como yo, nos sentíamos engañados hubiéramos deseado que los acontecimientos se hubieran desarrollado de manera diferente, pero ¿qué podíamos hacer?

Finalmente, al igual que otros cinco mil jefes y oficiales, opté por la única solución que mi dignidad me ofrecía y el 29 de aquel mismo mes solicité el retiro del ejército. Yo había jurado lealtad a la Monarquía y no estaba dispuesto a servir a la República ni a acatar sus disposiciones.

El cambio de régimen representó para mí mismo, en primer término, y para mi familia, después, un profundo cambio. Nuestra vida ya no sería la misma. Para ninguno de nosotros, pero especialmente para mí que a los treinta y seis años me veía obligado a cambiar de profesión. Haciendo balance de lo que había sido mi existencia hasta aquel momento, debía reconocer que no resultaba nada brillante. Había soñado desde niño con ser militar y lo conseguí. En aquel momento renunciaba a todo; salía del ejército llevándome por todo bagaje tres estrellas, un par de condecoraciones, una cicatriz y el paludismo. Tenía esposa, dos hijos y un tercero en camino.

A pesar de que mi situación personal no era la más apropiada para estar muy al tanto de los acontecimientos podía comprender que mi negativa a permanecer en el ejército al servicio de la República había sido acertada. Continuamente se producirían hechos que iban en contra de mi manera de ser y de mis creencias religiosas. Por ejemplo, la quema de conventos en Madrid, en Andalucía y Valencia, el ataque a la redacción del diario ABC y la deportación del Cardenal Segura, primado de España, aduciendo el pretexto de la publicación, en el “Boletín” del Arzobispado de Toledo, de una pastoral poniendo en guardia a los católicos contra el nuevo régimen, han sido sucesos que no pude aprobar.

El antirrepublicanismo del Cardenal y su declarada afinidad con la Monarquía, no debían haberle acarreado problemas en una situación política que se preciaba de su amor por la libertad.

En noviembre del año en que la República se instaló en el poder, nació mi hija. ¡No todo iban a ser desastres! La bautizamos con los nombres de sus dos abuelas ya desaparecidas. Su venida a este mundo coincidió prácticamente con mi iniciación en el de los seguros de vida y el comienzo de otra actividad igualmente nueva: la venta al por mayor de taponos para botellas de cerveza y artículos de regalo.

Todo aquello me resultaba absolutamente desconocido, y al principio, pese al apoyo prestado por mi padre político y los buenos amigos con los que ya contaba en Oviedo, tuve que apretar los dientes y hacer de tripas corazón. Me veía envuelto en actividades que nada tenían que ver con lo que había hecho hasta entonces.

Poco a poco fui dominando las técnicas que determinan el éxito y el fracaso en el terreno de los negocios y aprendí a capear el temporal. Entretanto, me resigné a vegetar como civil, asistiendo con mi esposa a los conciertos de la Sociedad Filarmónica Ovetense, de cuando en cuando a la representación de una obra teatral y, con mayor frecuencia, al cine.

La clase de vida que se llevaba entonces no me impedía visitar con cierta asiduidad y en compañía de mis íntimos -los dos Manolos- el Círculo Mercantil y Casa Bango.

Si no recuerdo mal, por entonces o poco más tarde, fui incluido en la junta directiva de uno de los equipos de fútbol ovetenses, aunque he olvidado si fue en la del Stadium o en la del Real Oviedo, pues el segundo procedía de la absorción del primero.

La satisfacción que me proporcionó la aparición de mi hija en escena fue borrada muy pronto por la pena causada por la muerte de mi padre ocurrida en el transcurso del mismo mes. Dentro de la enorme tristeza, tuve el consuelo de llegar a Palma con tiempo suficiente para verlo vivo y hablar con él. A pesar de la extrema gravedad, de la que no se recobró, aún tuvo fuerzas para lamentarse del desastroso estado del país. Especialmente, deploró el alejamiento de S.M.

Me había desplazado a la isla completamente solo -mi mujer se había quedado atendiendo a los tres pequeños, la última de días-, así que tan pronto como pude volví a Oviedo, dejando a Antonia sopesando sus planes para irse a vivir en un instituto religioso en calidad de residente. Terminó adoptando aquella resolución, aunque lo hizo transcurridos algunos años. Entretanto continuó habitando, con el servicio, la casa de la calle San Juan.

Aquella no fue la última vez que visité mi ciudad natal, pues algo menos de un año después volví. Entonces me acompañaban mi mujer y la niña -los chicos se quedaron con su abuelo-. Yo no acababa de digerir los sucesos que se precipitaban en la península en una espiral de desorden y desbarajuste.

La exigencia de responsabilidades a quienes ocuparon cargos públicos durante la “dictadura”, la oposición del gobierno a la iglesia, la suspensión de la desamortización, la celebración de huelgas generales, la aprobación del proyecto de reforma agraria, los atentados con muertos y heridos y sobre todo el discurso de Azaña en el que afirmó que “el pueblo español ha dejado de ser católico”, me tenían muy preocupado y desconcertado.

Entonces, a poco de llegar a Palma, sucedió algo que mi padre había vaticinado: estalló la revolución en Asturias.

A Mallorca llegaban noticias confusas, e incluso contradictorias, de las que podía deducirse que el partido antirrepublicano de la CEDA había organizado una concentración en Covadonga el día 9 de septiembre. El hecho fue considerado una

provocación. Además, se produjo la confiscación de un yate que llevaba armas a Gijón. Inmediatamente se convocó una huelga general y los mineros se adueñaron de toda la región.

Afortunadamente, el gobierno reaccionó con la dureza que la gravedad del suceso exigía y envió varias unidades de regulares y la legión al mando del General López Ochoa. En catorce días la sublevación fue sofocada y el orden -relativo orden-restablecido. Al regresar de Palma, mi suegro me contó que el día 11 un grupo de revolucionarios había entrado en la casa. La registraron en busca de un militar, dijeron, y las armas que, seguramente, tendría ocultas. No encontraron nada y se fueron sin causar ningún daño.

El estallido revolucionario fue, simplemente, otro aviso de que algo muy peligroso se estaba preparando. Los brotes de separatismo, la violencia contra cuanto se relacionaba con la iglesia y el clero, el desacato a la ley y la falta de respeto a la propiedad privada traerían secuelas desastrosas para todos.

En medio del desorden era preciso continuar viviendo y trabajando, aunque sólo fuese por sacar adelante a la familia.

En el mes de octubre de 1935, contrajo matrimonio don Juan de Borbón y Battemberg, príncipe de Asturias, con doña María de las Mercedes de Borbón y Orléans. La boda tuvo que celebrarse en Roma, donde se encontraba exilada la familia real española. El hecho que debiera llenarnos de alegría a quienes nos sentimos monárquicos de verdad, nos trajo el recuerdo del día aciago en que S.M. Alfonso XIII tuvo que abandonar la patria.

Poco después, se estableció el Frente Popular, en el cual se unieron el Partido Socialista Obrero Español, los comunistas y los republicanos en un momento clave, cuando el gobierno estaba en crisis y ya se conocía el decreto de disolución de las Cortes. La situación era cada vez más comprometida.

A pesar de todo, a primeros de junio de 1936 toda la familia nos trasladamos a un pueblecito cercano a la costa donde mi padre político había localizado y arrendado una gran casa situada en un otero desde el que se divisaba el mar.

Mi hermana Antonia, que había venido a Oviedo para pasar unos días con nosotros, fue también de la partida y cuando se encontró en el gran corredor encristalado desde el que se veía el bosque de viejos castaños sobre cuyas copas se podía vislumbrar el agua azul del Cantábrico, quedó entusiasmada.

Allí, en el gran caserón, teníamos pensado pasar los tres meses de verano, alejados de los problemas siempre presentes en las ciudades.

Sin embargo, el día 19 de julio -poco más de un mes después de nuestra llegada- escuchamos por la radio que el 17, en Melilla, se había iniciado una sublevación. La Falange, el ejército y la Legión se habían apoderado de la ciudad, encarcelando a miembros de sindicatos, masones y afiliados a partidos de izquierda. Quienes se

opusieron al levantamiento habían sido fusilados. El movimiento se extendía por Marruecos y Canarias, y comenzaba a iniciarse por la península.

Luego fuimos enterándonos de que, prácticamente, el país había quedado dividido en dos partes enfrentadas en una auténtica guerra civil. Asturias, con excepción de la capital alineada al lado de los sublevados, permanecía prestando su apoyo a la República.

Mi primera intención tan pronto comprendí la gravedad de la situación, fue trasladarme a Oviedo para tomar parte en su defensa contra las milicias que asediaban la ciudad. Sin embargo, aquello era más fácil de pensar que de realizar. Viajar los treinta y tantos kilómetros que separaban la aldea donde me encontraba de Oviedo, sin documentación ni medios de transporte, sería imposible.

Además, según supe por un buen hombre compañero de más de una expedición de pesca, en la Comisaría Política de Piedras Blancas, se había dado la orden de que me buscaran. La exactitud de la confidencia, que bien pudo suponer un disgusto serio para quien me la hizo, se confirmó aquella misma noche, pues a las doce y media un grupo de milicianos armados se presentó en casa y la registró sin olvidar un rincón.

En aquellos momentos, yo me encontraba escondido no muy lejos, en el interior de una cueva poco profunda formada artificialmente cuando, años antes, se creyó haber tropezado con un yacimiento carbonífero que poco después resultó un fiasco. Desde entonces había transcurrido mucho tiempo y el agujero que me servía de guarida había sido olvidado y su estrecha entrada cubierta por la maleza. La misma persona que me había avisado de mi segura detención, me enseñó el lugar donde habría de pasar sesenta y dos días sin salir más que por las noches a recoger la escasa comida que mi mujer escondía en el hueco de un árbol quemado por un rayo.

Lo que más me molestaba, aparte del frío y la humedad contra los que luchaba con ayuda de un par de viejas mantas, era la falta de noticias veraces. De las otras no me faltaban, pues junto con el ocasional trozo de borona y el par de sardinas asadas, o las patatas hervidas, me dejaban un papel pasándome información resumida procedente de una emisora republicana -la única que se podía escuchar en el viejísimo aparato de que disponíamos-. La advertencia de que la casa estaba vigilada no faltaba nunca en aquellas comunicaciones. No obstante, una noche lluviosa del mes de septiembre, cansado de soportar el aislamiento y creyendo que el agua ahuyentaría a los posibles centinelas, me envolví en una de las mantas y, procurando hacer el menor ruido posible, salí del refugio dirigiéndome monte abajo hacia lo que consideraba en aquellos momentos el summum del bienestar.

Recuerdo que de los viejos castaños se desprendía un verdadero chaparrón que iba a unirse al aguacero que soltaban las nubes convirtiendo el cobertor con que me cubría en una esponja.

Dando tropezones, resbalando y hundiéndome en el fango hasta cerca de la rodilla, llegué a pocos metros del camino que descendía hasta el pueblo y la carretera general. No tenía más que cruzarlo y me encontraría en casa. Bajo uno de los últimos árboles hice alto y escuché con atención. Sólo se oía el rumor monótono del agua. Estaba seguro de que, salvo la que caía del cielo y la que descendía rápida por los bordes de la trocha, nada se movía cerca de allí.

Entonces, vacilando en la profunda obscuridad, avancé tentando el suelo con los pies y deteniéndome a cada paso. Pero toda mi cautela no valió absolutamente para nada porque, tan pronto como comencé a atravesar el estrecho camino, dos linternas se encendieron frente a mí. La luz de una de ellas, dándome en los ojos, me deslumbró.

— No se mueva, mi capitán -dijo una voz profunda con inesperado acento de respeto.

— Si quieres parecerte a un colador, intenta largarte -dijo otra en tono desafiante-. Estamos hasta los cojones de esperarte. Si no fuera porque tenemos orden de llevarte a Piedras Blancas ...

Después de aquella desagradable sorpresa y de los comprensibles desahogos, por suerte sólo verbales, mis captores tuvieron la delicadeza de permitir que me despidiera de la familia.

Mi paso por la Comisaría de Piedras Blancas fue fugaz. Al día siguiente de mi detención, por la tarde, fui trasladado a Avilés y desde allí a Gijón, donde me encerraron en La Ilesiona.

En ella permanecí incomunicado durante cuarenta y ocho horas. Luego, me pasaron a una celda en la que estuve encerrado con otros prisioneros. Mis compañeros de encierro cambiaban con frecuencia; inocentemente creí al principio que los que abandonaban la celda era porque los ponían en libertad. Poco después comprendí lo engañado que estaba; su marcha significaba la aparición ante el pelotón de fusilamiento.

Por fin, también a mí mismo me llegó la hora y una mañana, apenas amanecida, me sacaron conduciéndome a un patio. Me estaban atando las manos a la espalda cuando el miliciano que lo hacía dejó de hacerlo y me dijo mirándome fijamente:

— ¿Pero qué hace usted aquí, mi capitán? ¿No se acuerda de mí, eh?

— No, lo siento.

— Pues, tranquilo que a usted no lo matan aquí o me fusilan a mí también.

El hombre debía tener mucha influencia allí, pues tras un conciliábulo con el que parecía mandar el grupo armado, me acompañó a una oficina habilitada en lo que tenía todo el aspecto de haber sido una sacristía.

— Siéntese, mi capitán -indicó señalando una silla-. Tome, fume un pitillo. Usted ya no me recuerda, pero yo no olvidé que cuando estaba haciendo la mili en su

compañía, me dio permiso en dos ocasiones; una para venir a Gijón a visitar a mi madre, que estaba enferma, y otra para ver a la novia. Y encima, la última vez, me pagó el viaje porque yo no tenía un duro. Cuénteme cómo vino a parar aquí.

Aquel miliciano, llamado Ramón, según me dijo, no quedó satisfecho con lo que había hecho por mí y aquel mismo día me trasladó a la Comisaría Política de Piedras Blancas.

— Para que esté más cerca de su familia -comentó sonriendo.

Hicimos el viaje en una desvencijada camioneta requisada en un almacén de piensos; Ramón llevaba una hoja de papel enorme llena de sellos y firmas en la que decía que la Comandancia de Gijón respondía de mi lealtad a la República y que me habían destinado a la zona de Castrillón en la cual, como antiguo militar, enseñaría la instrucción a los movilizados.

Después de un trayecto bastante accidentado durante el cual el vehículo se averió tres veces, llegamos a Piedras Blancas. Debían ser alrededor de las tres de la mañana, aunque no podría asegurarlo con exactitud, pues había sido despojado del reloj y creí más oportuno no presentar la correspondiente reclamación cuando abandoné la Igllesia.

Aprovechando una de las paradas forzosas, mientras el conductor arreglaba el desperfecto, apartando a Ramón hacia un lado le confesé que había solicitado el retiro del ejército porque no estaba conforme con la República. ¿Cómo podía entonces ponerme a instruir soldados que se enfrentarían con aquéllos que contaban con mi simpatía?

— Lo que va a hacer usted -y a propósito, perdóneme pero a partir de ahora voy a tratarte de tú por lo que pudiera tronar- va a ser únicamente aquello de “sobre el hombro, derecha, alto, de frente” y otras tonterías como esas que ya sabemos no sirven para nada. ¿Qué daño les va a hacer a los tuyos que un montón de guripas sepan obedecer mejor o peor bobadas como esas? Yo tuve que enredar las cosas para sacarte vivo de allí, así que ahora no puedes hacer ascos.

Y así, por obra y gracia de Ramón, los que en teoría debían ser mis enemigos me concedieron un nuevo nacimiento.

A lo largo de diez meses representé la desagradable comedia del instructor preocupado por la puesta a punto de un montón de aprendices de soldados.

Vivía en la misma Comandancia a la que me había confiado el providencial soldado gijonés a quien no volví a ver nunca.

En aquel lugar extraño en el que se realizaban las más dispares actividades -lugar de movilización, almacén de víveres para repartir a los habitantes de la zona contra entrega de vales, ocasional polvorín y centro de detención- reinaba un descontrol absoluto.

Como los mandos en ejercicio cuando yo llegué habían desaparecido, siendo sustituidos por otros, empecé a sospechar que nadie sabía a qué obedecía mi presencia allí. De manera que cuando, a primeros de octubre de 1937, observé síntomas del derrumbamiento que se avecinaba a pasos agigantados, un anochecer salí a la calle aprovechando la ausencia de centinelas o de alguien que se preocupara de mantener una apariencia de orden y me fui a casa. Nadie me detuvo ni me preguntó a dónde iba.

Al llegar, no me detuve más tiempo que el necesario para recoger algunas cosas que necesitaría en la cueva en la que me proponía recluirme hasta la llegada de las tropas del ejército nacional. En la Comisaría de Piedras Blancas no se ocultaban para reconocer que la guerra estaba perdida y sólo era cuestión de tiempo la derrota total.

El día 21 las primeras columnas, viniendo de Arnao y caminando hacia Santiago del Monte, pasaron por la carretera de Naveces. No dispararon un solo tiro. Los frentes habían desaparecido, al igual que la resistencia. Asturias quedaba liberada a todos los efectos.

Me presenté al jefe que mandaba aquellas unidades, ofreciéndole incorporarme aunque sólo fuese en calidad de soldado raso. Conocía muy bien al Coronel. No obstante, no me sirvió de nada. Por el contrario, ordenó mi inmediato traslado a Avilés donde me haría cargo de la dirección de Correos y Telégrafos.

— Necesitamos gente de confianza, como tú -dijo cortando mis tímidas protestas.

Naturalmente, obedecí y durante cierto tiempo ocupé aquellos puestos cuando lo que, de veras, me hubiese agradado hubiera sido reintegrarme al ejército.

En noviembre recibí una comunicación en la que se me ordenaba presentarme en el Gobierno Militar, en Oviedo.

Cuando tomé el tren en Avilés, me preguntaba si mi solicitud de readmisión habría sido aceptada y podría volver a mi antigua profesión.

Pero, no se trataba de nada parecido. Por el contrario, tan pronto como llegué me condujeron ante el ayudante del Juez Instructor encargado de la tramitación de la causa que se seguía contra mí.

Cuando pregunté de qué se me acusaba, la respuesta fue bastante vaga y confusa. De momento, me informaron, pasaría a unirme a otros exmilitares y militares en mi misma situación que permanecían detenidos en el Convento de las Salesas, allí mismo en Oviedo. No debía preocuparme, pues la vista sería asunto de puro trámite.

El Convento ya albergaba entre veinte y treinta detenidos tan desorientados como yo mismo. Conocía a algunos de ellos -sobre todo los que habían tenido sus destinos en Trubia-, y otros me resultaban totalmente desconocidos.

Pronto se celebró el juicio. La lectura del acta de acusación me dejó aún más perplejo. El fiscal me acusaba de alta traición, ayuda al enemigo e incendiario de iglesias ...

Cuando mi abogado defensor -señalado de oficio pues nadie quería apechugar con nuestros casos- me recomendó que aceptase los cargos sin protesta alguna, pues todo aquello carecía de importancia, y repitió las palabras “puro trámite”, comprendí que la condena había sido formulada aún antes de que se iniciase el proceso.

El letrado que se encargó de mi proceso era un hombre muy conocido en Oviedo, carente de talento y, como todo el mundo sabía, medio chiflado.

Entonces, aprovechando los descansos entre sesión y sesión, empecé a escribir a toda prisa estas páginas, a través de las cuales pretendo que mis hijos me conozcan mejor de lo que, a su edad, pueden hacerlo hoy.

Entregaré estas hojas al Rvdo. P. Carmelita que viene a visitarnos con frecuencia; y con él confesaré por última vez.

Hoy nos han leído la sentencia; de uno en uno como ordena la ley, pero para todos la misma: condenados a la última pena. Seremos fusilados a primera hora del día 5 de enero, ante la tapia del cementerio. ¡Hermosa víspera de Reyes para mis hijos y mi mujer!

En el caso de que mañana no esté excesivamente nublado, puede que desde San Salvador alcance a contemplar la parte más alta de la torre de la catedral. Así sabré si el día de mi desaparición será soleado o lloverá como de costumbre.

Si la interrupción sangrienta de cualquier biografía, la más modesta o la más brillante, es por sí sola la suprema manifestación de barbarie, en mi muerte se dan cita, además, la estupidez y la arbitrariedad pues el hecho va a ser cometido por quienes se declaran paladines de mis ideales.